

42

F. LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario

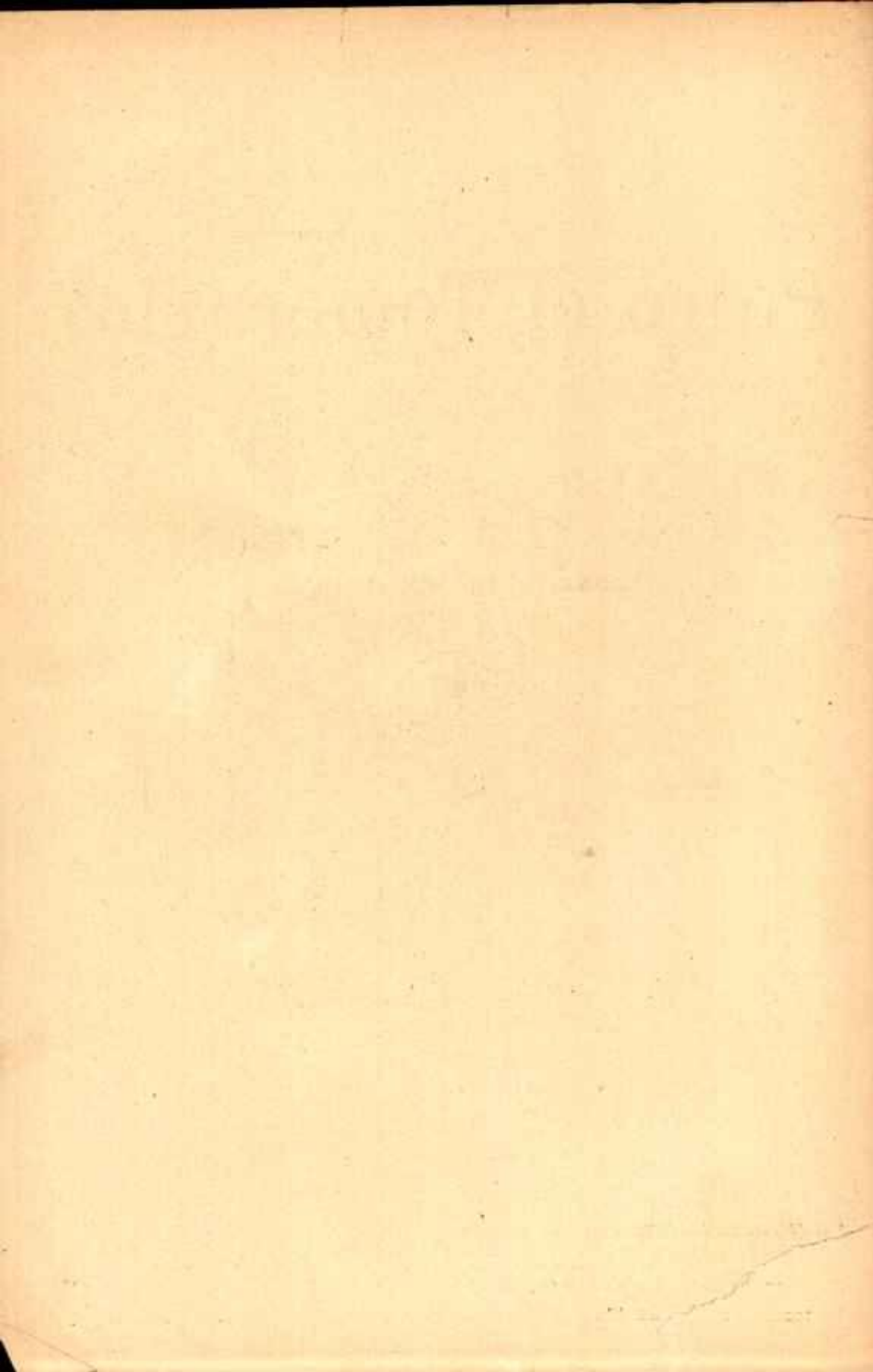


La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época ○○○ Año IV.

Número 85.



R 43.141



S-I-602/42

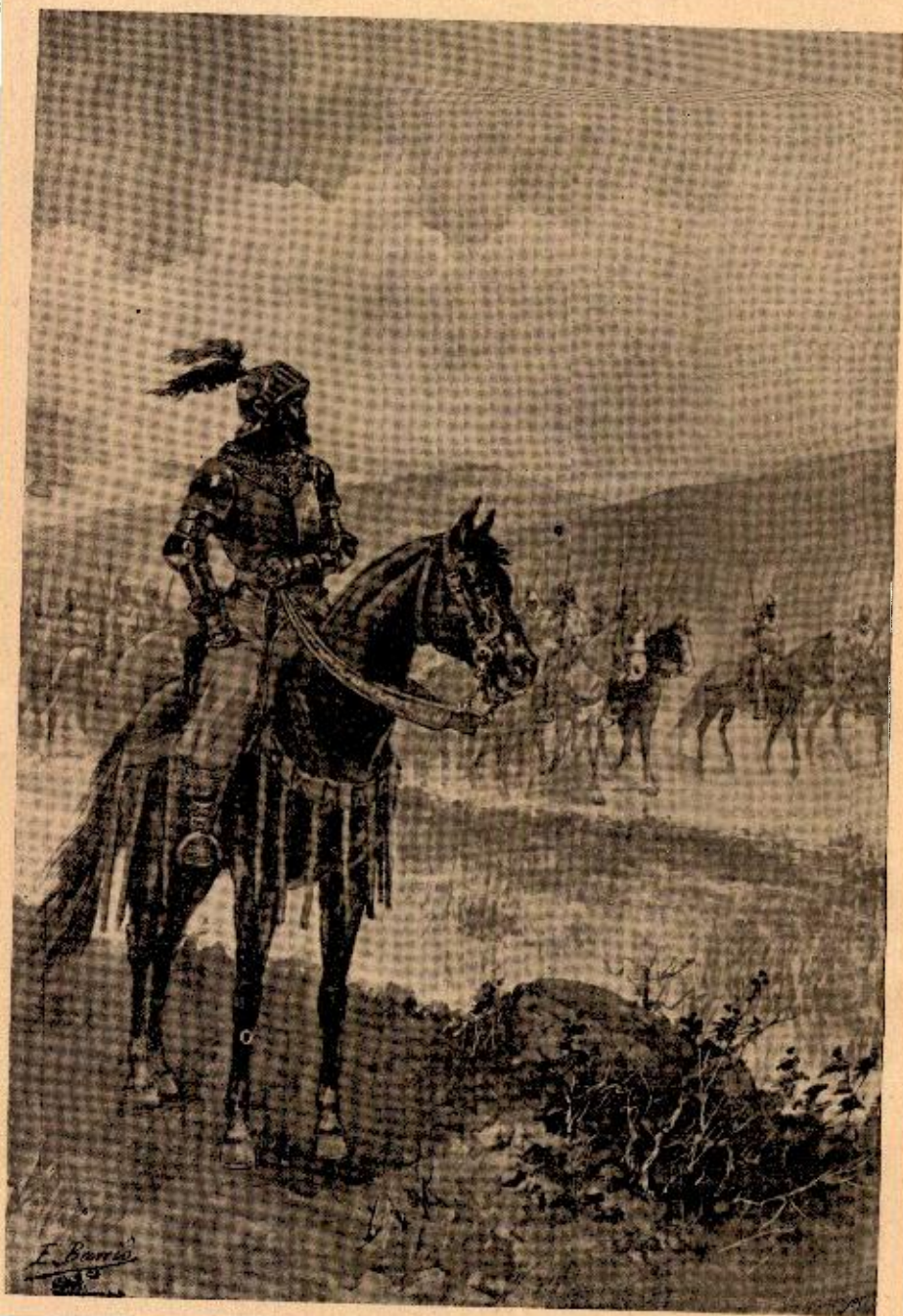
LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACION SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

85





...permaneció hasta perder de vista á los de Wamba.

FLORENCIO LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario.

TOMO II

Ilustraciones de E. Barrio.



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN 1876

Calle de Valencia, núm. 28.

**Reservados los derechos
de propiedad artística.**



PEDRO EL TEMERARIO

CAPITULO XV

Un incógnito.—Regia entrevista.—Virtud de Pedro.—Debilidad de una mujer.—Valor de la reina.

El valeroso conde de Lara caminaba al frente de su comitiva alegre, expansivo y jovial: su frente estaba completamente despejada, sus ojos llenos de animación, y su rostro, algo encendido, presentaba toda la varonil belleza con que Dios le había dotado. Iba sobre un hermoso caballo castaño, le cubría una preciosa armadura de acero con relieves de oro, y encima llevaba el blanco manto con la roja cruz de Calatrava; y entre jinete, traje y caballero, formaban un conjunto admirable de valor, gentileza y gallardía. Pedro marchaba entre varios de sus caballeros y amigos, conversando agradablemente sobre los acontecimientos que acababan de tener lugar en el palacio de su amada. El conde, que había odiado siempre instintivamente á su futuro suegro, desde que supo la conducta que observó con doña Blanca de Velasco, lo aborrecía cuanto le era posible, no pudiendo ver en él al padre de la encantadora y virtuosa Fátima. Así es que cuando sus amigos le preguntaban si la bella hija se parecía al padre en sus hechos y conducta, contestaba:

—No imaginéis que ese ángel pueda tener nada, absolutamente nada del tigre que se llama autor de sus días. No conozco hombre más perverso é infame que Mahomad Zegrí, ni mujer más pura, valerosa y encantadora que la hurí de Molina; ¡por María y la Cruz!, que la hija se pare-

ce tanto á un ángel celestial, como el padre á Lucifer; pero Dios es justo y acaba de asegurar la vida y tranquilidad de Fátima, mientras que Mahomad va en pos de la muerte que le espera en Granada, y luego bajará al infierno, en el cual debiera estar hace mucho tiempo.

Hablando así y caminando á buen paso llegaron nuestros viajeros á la venta del Judío, donde pararon y se detuvieron á comer, dando á la vez un pienso á sus caballos. El posadero recibió á Pedro con gran contento, y en menos de dos horas, entre él y todos los individuos de su familia, buscaron y dispusieron lo necesario para que pudiesen alimentarse los jinetes y sus cuadrúpedos. El Temerario se sentó en unión de ocho caballeros alrededor de una pequeña mesa, servida por el mismo ventero, y en la que había aves, salsas, frutas secas, un rico Jerez y agua cristalina en varias copas de barro, pero limpias y brillantes como el cristal.

—Maese Juan—exclamó Pedro—, tienes buen vino y mejor cocinero: si tratas lo mismo que á nosotros á los musulmanes, que en este sitio te favorecerán continuamente, pardiez que han de quedar contentos de la hospitalidad que reciben en este primer escalón de Castilla.

—Cuando vienen así muchos, juran por Alá y se marchan de aquí echando venablos; más cuando vienen pocos... para

cuando vienen pocos tengo yo un vinillo sevillano que los deja tan contentos que no vuelven á quejarse nunca.

—Pues, ¿qué tiene ese vino, maese Juan?

—Tiene, señor conde, el líquido de una uva muy buena, exquisita, que yo mejoro un poco con unos polvos blancos... ¡Qué polvos, señor!... Surten un efecto magnífico. Un judío, mi antecesor en esta casa, me enseñó á hacerlos, y por mi patrón Santiago, que los uso yo con mejor éxito que él.

—¿Qué hacen esos polvos?

—Nada, señor conde, adormecer un poco al viajero que llega cansado, y...

—Sí—añadió el Temerario con indignación—, ¡con ese infernal veneno, há poco intentaron matarme y á todos los míos! Maese Juan, no uses nunca esos medios contra tus enemigos, sean éstos moros, judíos ó lo que quiera; el hombre que profesa nuestra religión y se llama castellano, debe, en el caso de verse obligado á ello, herir frente á frente con armas iguales y presentando siempre su pecho al contrario. Ya sé yo que los moros usan de esos brebajes ponzoñosos contra nosotros, sus nobles enemigos; mas si hemos de distinguirnos de algunos de ellos, de los que practican tan infames acciones, ha de ser no imitándolos en hechos que avergüenzan á los hombres de corazón y á verdaderos católicos. Y te advierto, Juan, que estamos en paz con los moros de Granada, que nos van á ayudar en la difícil empresa de elevar al trono de Castilla al bravo D. Sancho, y que he dado orden á todos mis soldados de esta frontera para que castiguen con la muerte al que ofenda á un musulmán sin causa que lo justifique; con que entiende bien mi advertencia, y obra con cordura, pues sentiría que alguno de mis soldados ó montañeses te mandara á hacer compañía á esos moros que tienes guardados en el hoyo de tu cuadra.

Y dando fin la comida, obligó el conde al ventero á que aceptase cincuenta monedas de oro; montaron á caballo, y partieron. Maese Juan exclamó al verlos marchar:

—¡Cuando el Temerario lo dice, hay que obedecerle y callar! Desde hoy en adelante, esconderemos los polvos y los puñales;

mas el pícaro moro que entre aquí ha de entregar en dinero todo lo que coman los cristianos que lleguen el mismo día... y si se resiste y quiere irse sin pagar, entonces... toma, entonces, se justifica el hecho que dice Pedro, y va al hoyo.

El conde de Lara y su escolta descansaron aquella noche en un palacio situado á dos leguas de Ecija, á orillas del Genil, en donde residía Santiago de Velasco, amigo y pariente suyo, y al que conoció en Córdoba. El dueño de esta morada era primo de Fátima por línea materna; pero el conde no tuvo por conveniente participarle la existencia de la joven, su parienta. Al ser de día, partieron, llevando consigo el alimento indispensable para los jinetes y caballos, y deteniéndose sólo el tiempo necesario para comer, continuaron su marcha, hasta que, entrada la noche, se aproximaron á un caserío distante una legua de Córdoba.

Serían como las nueve; se habían adelantado cuatro caballeros en busca del más cómodo alojamiento para el Temerario, y éste y su comitiva veían ya las luces de los edificios en donde pensaban descansar aquella noche, cuando notaron que se dirigía desde la corte de Sancho IV hacia ellos un caballero, cubierto el rostro con la celada de su casco, haciendo correr á su potro cuanto era posible. Cinco minutos después el brioso jinete detuvo á su corcel y preguntó á los de Pedro:

—¿Viene entre vosotros el famoso conde de Lara?

—Sí—le contestó éste deteniéndose.

—¿Quién es?

—Yo—volvió á replicar el Temerario.

—¿Queréis adelantaros veinte pasos?

—Sí.

Y los dos se separaron de allí á la distancia indicada. Entonces sacó el caballero cordobés un pergamino enrollado y lacrado, y alargándoselo al conde, le dijo:

—Tomad, señor; la reina, mi señora, me encarga os lo entregue en propia mano, según lo verifico. Que el cielo os guarde, poderoso caballero.

Y sin darle tiempo para contestar nada, partió el incógnito con el mismo paso que había ido.

Pedro se incorporó á los suyos, se bajó del caballo, entró en el pequeño aloja-

miento que le tenían dispuesto, mandó que lo dejaran solo, y á la opaca luz de una ennegrecida lámpara abrió y leyó el siguiente escrito:

«Conde: deseo hablaros sin testigos, y no dudado que esta noche á las once estaréis en el palacio llamado del Califa, situado á la orilla derecha del Guadalquivir, y á una legua de Córdoba.—María Alfonsa de «Molina.»

—¡La reina!—exclamó Lara mirando la firma: y añadió: —¡Oh, todavía no he llega-

pues, y dormid hasta que yo os haga avisar. Decid al dueño de esta casa que baje á tener el estribo de mi caballo.

Y después que le hubieron limpiado el manto que le cubría, salió, montó, é inclinando cuanto pudo y á media voz preguntó al que lo hospedó:

—¿Conocéis el palacio del Califa?

—Sí, señor.

—¿Por dónde se llega á él?

—Seguid el camino real; á las doscientas varas hallaréis á la derecha un ancho sendero, en cuyo primer extremo veréis dos cipreses; entrad en él, andad una legua, y al final encontraréis ese edificio.

—¿Cuántas puertas tiene?

—Una sola, que da frente al sendero.

—¿Le defienden soldados?

—No, señor; desde que lo dejaron los Califas de Córdoba estuvo abandonado, hasta hace poco que la esposa de D. Sancho el Bravo lo mandó habilitar, y sólo cuidan de él algunos servidores de la reina. Os puedo asegurar que es un palacio delicioso...

—Está bien; ¿me conocéis?

—Gran señor, sé que sois el temible conde de Lara.

—Pues si alguno adivinase que yo me dirijo á ese sitio esta noche, el temido conde que acabáis de citar os mandará colgar de uno de esos árboles.

Y acariciando Pedro al caballo, empuñó su fuerte lanza, metió espuelas, y partió de allí como una exhalación.

Nada imponía á nuestro arrogante mancebo, ni se le ocurrió que la firma de la reina pudiera haber sido falsificada, ni que tenía enemigos poderosos, ni que éstos le tendieran una celada. Llevaba un buen caballo, su mejor lanza, un traje completo de guerra, y en alas de su indomable valor creía no hallar hombres capaces de detener su arrojo y rápido paso. Así es que siguió galopando primero por el camino real y luego por el sendero, sin cuidarse de otra cosa que de llegar lo antes posible



... y á la opaca luz de una ennegrecida lámpara...

do á la Corte y ya me llama alguna intriga hácia las deliciosas márgenes del caudaloso Bétis! Esto quiere decir que yo debo luchar, unas veces apoyado en mi valor y otras en mi talento; dicen que Dios me ha dado ambas cosas, y pronto he de ver si se han equivocado. Y llamando á sus caballeros les dijo:

—Señores, voy á partir solo; reservadme esta habitación para cuando vuelva, mas no cuidáos de mí para nada; cenad,

al sitio en que una dama había tenido la amabilidad de citarle.

Tres cuartos de hora despues vió delante de él una altísima verja de hierro, un ancho muro, y detrás un palacio rodeado de jardines regados por el caudaloso Guadalquivir. Pedro llegó á la verja, buscó la puerta, la encontró, detuvo su potro, y acto continuo se abrió aquélla, dejándole el paso franco, sin que le preguntaran nada dos hombres de armas que estaban á la parte de adentro. Se bajó el puente, y el conde, sin detenerse, cruzó los muros y jardines, hasta llegar al patio principal del alcázar. Allí echó pie á tierra, se le presentaron varios criados que le cogieron caballo y lanza, y acercándose luego el mismo guerrero que le había entregado el pergamino, lo reconoció de arriba abajo, y sin preámbulo alguno le dijo:

—Seguidme, señor.

Y ambos entraron en una galería arábiga, y después comenzaron á subir una ancha escalera de mármol, alumbrada por blandones, la cual concluyó en otra galería, y seguidamente penetraron en un hermoso salón, también árabe, pero adornado con sillones góticos y telas y demás muebles fabricados en Castilla. Al llegar allí el incógnito hizo un saludo á Pedro, diciéndole:

—Señor conde, esperad aquí.

Pedro se quitó el casco, volvió á limpiar el polvo de su manto y armadura, se arregló su larga y poblada melena, atusó la barba y bigote que cubrían parte de su rostro, y esperó tranquilo, pero entregado á profundas meditaciones. A otro que no fuera él le hubiera sorprendido el silencio sepulcral que reinaba en aquel opulento alcázar y la poca gente que encontró á su paso; más que una cita misteriosa, parecía una celada tendida al valiente joven, en aquella época en que se asesinaba lo mismo en el palacio del magnate que en la humilde cabaña del pastor. El Temerario, no obstante, se hallaba tranquilo, porque ni solo ni acompañado, ni en el campo ni en los salones, temía á sus enemigos viniendo éstos frente á frente y teniendo él espada en el cinto. La noche estaba algo oscura y tan apacible y silenciosa, que ni la más leve brisa pretendía chocar con las nacientes hojas de una primavera que

se acercaba lentamente, dando fuerza, belleza y vigor á los árboles y á las flores. Pedro paseaba por la regia estancia, intentando profundizar los arcanos del dudoso porvenir que tenía delante de sí.

Diez minutos llevaba el joven de estar esperando, cuando se abrió una puerta que había frente á él, y apareciendo un paje le dijo:

—Entrad, señor; cruzad este salón y penetrad en la cámara inmediata; allí os aguarda la reina mi señora.

Pedro, sin casco y atusándose el bigote, llegó á la puerta de la habitación que le indicaron; dos pajes corrieron el tapiz, anunciando á la vez uno de ellos:

—Un caballero de Calatrava.

Al extremo opuesto de esta nueva y deliciosa mansión se hallaba sentada en un sillón regio doña María Alfonsa de Molina, esposa de Sancho IV el Bravo. Vestía la reina una túnica de terciopelo verde, y medio cubría su hermosa cabeza con una red tejida con perlas y rubíes; sobre sus hombros tenía un ligero manto sujeto con dos cordones de oro, el cual llevaba un poco echado á la espalda, dejándole sin cubrir la parte de delante de su verde túnica; rodeaba su cuello una preciosa cadena de oro, cuyos eslabones imitaban á una flor abierta, formando el pétalo de cada una menudos brillantes y algunas esmeraldas; y del extremo de esta cadena perdía un pequeño retrato de D. Sancho el Bravo. La reina estaba como pesarosa y ensimismada cuando los pajes le anunciaron la llegada del conde; entonces alzó la cabeza, le devotó á éste el saludo que la hizo al aproximarse á ella, y con voz majestuosa le dijo:

—Sentáos, conde; hombres como vos pueden hacerlo delante de su reina.

Lara la obedeció, inclinándose nuevamente, quedando frente á doña María Alfonsa de Molina y separado de ella por un precioso velador, el cual contenía únicamente lo necesario para escribir.

Ambos se miraron queriendo profundizar lo que pasaba en sus corazones, si bien el uno lo hacía con cierto respeto y la otra con una gravedad y fijeza que demostraban claramente su talento y clase. Pero continuó callado y escudriñando, hasta que

la segunda rompió aquel instantáneo silencio, diciéndole:

—Conde de Lara, ni como esposa ni como dama tengo la costumbre de dar citas á estas horas y en tales sitios; mas la causa que me obliga á haceros llegar hasta mí de este modo disculpa á la mujer y ocupa á la reina.

—Sé, gran señora—replicó Lara con dignidad—que me hallo delante de mi reina y estoy dispuesto, como siempre, á obedecer sus mandatos, á darle cuenta de mis acciones como embajador y como grande del reino. Sé que V. A. no ha podido llamar al hombre; ha citado al súbdito y aquí lo tiene anhelando escuchar sus órdenes para cumplirlas.

Era la primera vez que doña María y el conde se hallaban frente á frente, aun cuando ambos habían oído hablar mucho el uno del otro y tenían una idea aproximada de lo que cada cuál era; no obstante, Pedro quedó maravillado de la belleza y majestuosa presencia de su soberana, y á ésta le admiraron sobriemanera los finos modales del montaraz, su arrogante y varonil figura, el talento con que había expresado sus anteriores frases, y la penetrante, aunque respetuosa mirada, que la lanzó después de sentarse.

La reina continuó:

—Mucho se habla de vos en la corte; se hace subir al más alto grado vuestro valor y bizarría; dicen que tenéis ingenio, y como es tan fácil hallan un valiente en esta época, tan difícil un hombre de talento y casi imposible un sér que reuna el talento y el valor, hé aquí por qué, entre otras razones, os he hecho llegar hasta mí para conoceros, pues á un hombre como vos, no se le distingue bien confundido entre la turba cortesana. Si unís á vuestro ingenio y valor la franqueza y la lealtad que sientan tan bien en un caballero como vos, nunca me arrepentiré de haberos dado esta cita, y vos nada perderéis, y mucho podrá ganar el vacilante trono donde se sienta hoy D. Sancho IV.

—Criado entre las agrestes breñas del Saucejo, educado por toscos montañeses y rudos selvícolas, no os extrañe, señora, mi falta de experiencia, de conocimientos y de ingenio. Sé guerrear, porque no he hecho otra cosa en el mundo; soy valien-

te hasta la temeridad, según dicen, porque Dios lo ha querido así y porque he corrido el camino de la vida sin parientes, amigos ni otro apoyo que el de mis propias fuerzas; y cuando se vive así, no se tiene apego á la existencia, se desprecia la muerte y se arrostran sin temor todos los peligros. Este conjunto, señora, es harto vulgar y vale bien poco; mas si buscáis un alma leal, inflexible, honrada, y un corazón fuerte y tenaz en sus propósitos, escudriñad mi corazón y mi alma, y Vuestra Alteza hallará esa lealtad que desea, invariable, segura y firme, en el mejor servidor de su reina. Os advierto, siendo así que no me conocéis, que yo no sé faltar á la verdad, que no mentiré nunca.

—Un hombre valiente, entendido, leal, inflexible y verídico en el siglo XIII, en la turbulenta y desastrosa era que atravesamos, entre el desenfreno de pasiones bastardas que por todas partes se desarrollan, agitan y demuestran sus inícuos intentos; un hombre así, podría sostener á mi esposo en el débil trono en que hoy se apoya, siendo por el resto de su vida su amigo, su consejero íntimo, el primer grande de Castilla y de León, el más elevado, después de su rey.

—Si yo reuno esas cualidades, si llego á inspirar á mis soberanos la confianza á que soy acreedor, si queréis, en fin, que yo, conde de Lara, sacrifique por mis reyes mi vida, la de mis soldados, mis tesoros y cuanto poseo, disponed de todo, señora; todo es de D. Sancho IV; mas no ofrecedme jamás el aura de la corte, el puesto del cortesano. Mientras vuestro esposo gobierne, como hasta aquí, y sea justo y llene cumplidamente la difícil misión que el cielo le ha deparado, me tendrá á sus órdenes en el campo de batalla, perderé mi vida por él; si necesitase de mis consejos, también sé los daré, mas desde lejos; yo no he nacido para habitar en la corte, pues ni he aprendido á adular, ni mi pecho resiste el aire que allí se respira.

Absorta, sorprendida, llena de admiración y placer, escuchaba la entendida castellana aquellas frases arrogantes, pero dignas de un buen caballero que en nada se parecía á los cortesanos de todas las épocas. Lejos de incomodar á doña María Alfonso de Molina aquel lenguaje al-

tanero y un tanto descortés, pero franco y leal, quedó mirando al joven Lara, comprendiendo lo que pasaba, todo lo que tenía de nobleza é hidalguía en su poderoso corazón. Después le dijo:

—¿A qué aspiráis entonces y para el momento en que la victoria haya coronado vuestros heroicos esfuerzos?

—Ese día me retiraré á vivir entre mis rudos montañeses y fieros selvícolas, donde solo hallaré cariño, obediencia y sumisión. Allí tengo yo un trono fuerte, seguro, desde donde reino sobre veinte mil corazones.

—Creo, señor conde, que al lado de mi esposo no estaríais mal, puesto que vuestros reyes ahogarían la envidia y torpes falacias de los que intentasen anteponerse á vos ú ofenderos. Allí, querido de nosotros y respetado por todos, está vuestro puesto, noble Lara; no entre gente ruda, á la que no pertenecéis, la que no os comprende y la que no os puede prestar un momento de dicha.

—Señora, entre las ásperas breñas del Saucejo se eleva hoy un opulento Alcázar circundado de muros y fosos, é inexpugnable á todo el que intente penetrar allí contra la voluntad de su dueño. Sobre este castillo se halla una altísima torre, en cuya cúpula existe una terrible campana. Ese palacio es mío; en él pienso pasar la mayor parte de mi vida, porque desde allí dicto órdenes, mando y dispongo á mi antojo, y con tanta tranquilidad y sosiego, cuanto que encerrada el águila en su encumbrado nido, está segura de que nadie, absolutamente nadie, puede llegar hasta ella. Permitidme un ejemplo: figuráos que un rey ó un grande de la tierra pretende imponerme una ley arbitraria é injusta, y yo no quiero ó no puedo amoldarme á sus intentos, y fiado en que es más fuerte que yo, más poderoso, piensa obligarme á que le obedezca y viene al frente de un ejército de cien mil hombres á tierras de Osuna; yo entonces, con mucha calma y sosiego, me retiro á mi Alcázar del Saucejo, y sin disparar un dardo, dejo que me sitien; y cuando ya me tienen cercado, cuando suponen que los dos ó tres mil hombres de armas que guarnecen los muros de mi fortaleza van á rendirse á discreción ante tan numeroso y valiente ejérci-

to, entonces, desde el salón principal de mi palacio, cogiendo el grueso cordel pendiente del badajo de la terrible campana, lo muevo fuertemente y transmito mis órdenes con los ecos aterradores de aquella á toda la montaña circunvecina. Hombres, mujeres y niños corren de un lado para otro, dejando sus casas, cabañas y cuevas, empuñando las armas y alentándose unos á otros á la voz de: «¡Pedro peligra; salvemos á Pedro!» Desde aquel momento no soy ya el sitiado, no es mi castillo; son los cien mil guerreros que se ven acometidos por la espalda de un modo tan feroz y sangriento, que ni el valor ni el número les daría la fuerza necesaria para resistir la brusca y tenaz acometida de cuarenta mil brazos que mirarian alzarse ó salir detrás de las piedras, de entre la maleza, de las copas de los árboles, de entre el risco, del suelo y del monte; de todas partes verían asomar dardos, piedras, puntas de lanzas, mazas de hierro, hachas y la muerte les sitiaria hasta dar fin de ellos, ó hasta que Pedro volviese á tocar la campana y les mandase perdonar á los pocos ó muchos que conservaran la vida. Decidme ahora, gran señora, si hay algún hombre en el mundo que disponga de ese poder.

—¿Y cómo mandáis á vuestro antojo á tantos miles de almas sin hallar un traidor, uno que no os quiera mal, que no os envidie, que no os guarde rencor, que no se pueda, en fin, vender á vuestros enemigos?

—Los hijos de la montaña son, señora, feroces, pero honrados y leales en demasía; todos dependen de mí; nunca he sido su señor, siempre su padre; he partido y partido con ellos mi pan, les alargo continuamente mi mano, y no hay uno que mendigue, que no sea propietario. Mis lagunas de agua salada son de ellos, de ellos los árboles de mi selva, los campos que cultivan, las tierras que labran; ninguno me paga tributo ni me da cuentas de los bienes que le he cedido; los mira como suyos, porque así lo quiere su padre; y ricos, independientes, y siendo su único juez el justiciero bienhechor que todo se lo da, se creen felices y obligados á mí como tiernos hijos de un bondadoso padre. ¿Y en qué mejor puede un grande emplear las rentas que le produce una pequeña comarca, quedán-

dole libres las de tantas otras que la suerte le ha deparado? Esto es solo con referencia á lo que ocurre en tiempo de paz; habiendo guerra, ya es otra cosa; cuando me hallo frente á frente del enemigo, cercado de unos hombres que, obedientes y sumisos, solo escuchan mi voz, el toque de mi bocina ó la señal que me digno hacerles, me lanzo á mis contrarios, me siguen en confuso tropel, y matan si yo mato, hieren si yo hiero, avanzan si yo avanzo, arden si ven fuego en mis ojos, destruyen y aniquilan si yo aniquilo y destruyo, y el mundo es poco para ellos, si el padre común, ensangrentado y temerario, les dice:—¡Adelante! ¡Por María y la Cruz! ¡Adelante, y ay del que se quede atrás ó vuelva la espalda!—Cada hombre se vuelve un león, cada brazo una roca, cada acero una terrible guadaña, cada montañés un rayo que anonada y extermina cuanto quiere que aniquile y destruya la poderosa mano que le guía. Y en tal estado, el padre común corre por todas partes, se abre paso doquier, y con su escudo y lanza los anima, defiende, les presta valor y expone su vida mil veces por todos en general, por cada uno en particular. ¿Lo comprende ahora Vuestra Alteza?

Al expresarse así, el rostro de Pedro se había encendido como en los días de combate; su frente se elevó, y su voz varonil salía de sus labios como el sonido vibrante de una aterradora campana. La reina, cuyo elevado talento comprendía el valor de este hombre extraordinario, permaneció absorta, escuchándole con indecible interés, admirándolo más que á cuantos había conocido hasta entonces. La majestad de doña María fué desapareciendo poco á poco, quedando como una débil mujer ante el poderoso atleta que tenía delante. El fuego que despedían los ojos del campeón fascinó á la altiva reina, hasta el punto de no hallar nada que contestar á la última pregunta de Pedro; fingió, pues, que meditaba, se repuso del dominio que había ejercido sobre ella la atmósfera magnética que envolvía al doncel, y todavía con la voz entrecortada, le contestó:

—Lo comprendo, conde de Lara; os acabo de conocer, y era todo cuanto yo deseaba; he llenado completamente el objeto de esta cita, y ahora solo me restaría pre-

guntaros si podemos contar con vos, si no fuese inútil esta pregunta, después de haberme convencido de vuestra lealtad.

—Es verdad, lo habéis adivinado: señora, podéis contar conmigo.

—Y confío que nunca abandonaréis la causa de Sancho.

—Cumpliré mi palabra.

—Comprendo que no necesito exigiros juramento.

—Si D. Sancho IV no falta á sus deberes como rey y no me obliga á defender nada contrario á la justicia ó al derecho, juro por el alma de mi madre sostener su causa hasta triunfar ó morir. Me contraigo única y exclusivamente, al rey y á su augusta esposa; en cuanto á los demás individuos de la familia real, no sé cuál será mi conducta en lo sucesivo, porque hay entre ellos un hombre tan perverso, tan inicuo, señora, que no hallo palabras con qué calificar su proceder.

—Conozco al infante D. Juan, conde; sé de lo que es capaz; mas no debe inquietaros por ahora. El sumario que me habéis mandado es suficiente para obligar á D. Sancho á que lo aleje de la corte.

—¡Ah, señora!; mientras ese hombre esté en Castilla ha de darnos á todos mucho, mucho que hacer. Escudado con su hermano y en brazos de sus miserables pasiones, nada respeta, nada respetará. Se atreve, señora, hasta llegar á la pobre huérfana, que no tiene más patrimonio que su honra, y mancillarla y perderla y burlarse de ella.

—Eso, Lara, es muy común en los poderosos de la tierra.

Estas palabras las dijo la reina marcándolas mucho y fijándose bastante en Pedro, el que, sin notar la doble intención de doña María, la replicó:

—¡Eso hacen los grandes del reino! ¡Y pretendía V. A. que yo viviera entre ellos!... Señora, en mis montañas nadie ofende el honor de una mujer. ¡Guay si un mortal atentase contra una sola! Los cuervos comerían sus malditas carnes, después de sufrir los más horribles tormentos; ni su clase, edad ni condición humana le libraría de morir. Allí no hay más que viudas que yo amparo, casadas que adoran á sus maridos y vírgenes que aman á Dios y á su honor, y á las cuales de-

fiendo yo y facilito su casamiento. Allí, señora, tiene su trono la virtud; allí se sienta Pedro de Lara.

La reina escuchaba al conde pendiente de sus labios, y con un interés creciente, pero disimulando cuanto podía volvió á preguntarle con doble intención:

—Todo eso es muy bueno; más la ley, tan tirante y dura, no será aplicable al rey del Saucejo, al señor de vidas y haciendas; ¿no es eso?

—¿Y por qué no? Pues qué, ¿mis torpes hechos no empañarían la honra de una montañesa lo mismo que los de otro cualquiera? ¿No soy yo el padre común? ¿No soy el juez? ¿No lo esperan todo de mí? ¿No me dan su sangre, su vida y su cariño? ¿Y había yo de faltarles? ¿Les había de dar tan mal ejemplo, obligándolos luego á que fueran virtuosos? Señora, si yo cometiese la más leve falta, su amor se trocaría en odio, y me despedazarían como leones sangrientos, y harían muy bien. Más no hay temor de que Pedro de Lara cometa una villanía, ni allí ni en ninguna parte. Hoy aman al conde de Lara soltero; si éste necesita mañana de una mujer, la buscará digna de él, le dará su mano, nombre y cariño, la llevará al Saucejo, y tendrán mis hijos de la montaña una madre en la única mujer con quien habré partido mi lecho.

No podía la reina dudar de las palabras del valeroso y allivo mancebo que se las dirigía; tenía en este momento retratados en su rostro en tal disposición la verdad, la nobleza y la virtud, y se hermanaban tan bien con su varonil belleza, que doña María, á pesar de su talento y del predominio que su hermosa cabeza ejercía sobre el corazón, no se sentía bien frente á frente de aquel ardiente joven, cuyas palabras penetraban en su alma, dominándola con un mágico poder superior á sus fuerzas. La reina había dejado de serlo ante el poderoso virgen, rey de la montaña; su agudo ingenio y majestad, su indomable carácter, su voluntad de soberana dejaron de existir, y hasta su amor á D. Sancho y á su mismo honor se hallaban en peligro. Doña María Alfonsa de Molina, joven, dotada de gran belleza, de corazón ardiente, de talento, estaba ahora mirando al único hombre capaz de avasallarla. Mas era hon-

rada, conoció el peligro, ahogó el sensualismo que la dominaba, y levantándose, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!... Y dirigiéndose á Pedro, que también se había puesto en pie, añadió:

—Señor conde de Lara, cuento con vos y con vuestro apoyo; la reina os estima mucho, y os defenderá de D. Juan y de todos vuestros enemigos; id, pues, á la corte, y levantad con orgullo vuestra frente. Ahora, partid; mi esposo debe llegar á Córdoba al ser de día, y quiero recibirlo en mis habitaciones; presentáos á él mañana, á las tres, y puesto que sois el primer noble del reino, adelantáos y besad su mano antes que el infante D. Juan y don Lope de Haro, que se creen superiores á vos.

—¡Señora!...

—Os lo mando, conde; os lo ruego, rey del Saucejo.

—Lo haré así, señora. ¿Me permite ahora V. A. el honor de darme á besar la suya?

La reina iba, aunque con temor, á alargar su mano á Pedro, cuando vió iluminarse el salón con una luz rojiza, y acto continuo oyó una terrible detonación. Eran las doce de la noche poco más ó menos, y una tempestad atronadora aturdió el espacio; el huracán silbaba atrocemente, y el agua caía á torrentes. Doña María se acercó á una ventana; Lara se aproximó también y quedó junto á la reina; pero tan cerca, que ésta percibió el aliento de aquél. Convulsa, luchando consigo misma, y sin poder vencerse de un modo decidido, le dijo:

—¡Oh, que contrariedad!... Mirad, Pedro, ¡qué noche tan oscura, cómo llueve, y ved los destrozos del rayo y el rastro de las centellas! ¡Ah, no podéis partir!...

—¿Por qué, señora?

—¿No véis la muerte por todas partes? No os dejo salir de aquí con ese tiempo.

—No temáis—replicó Lara, sorprendido por el temblor que agitaba á la reina y el timbre de su voz—; es una pasajera tempestad, y estoy acostumbrado á ellas.

Dejaron los dos de mirar por la ventana, y se incorporaron, estando rozando los vestidos de doña María la armadura y manto del joven. Aquélla, con voz balbuciente, le contestó:

—¿No teméis al rayo?

—No.

—Pero yo debo velar por vos, y no os dejaré partir. Notad que no se distingue el camino, que el piso está inundado, y que os espera una muerte casi cierta. No marchad, Pedro; yo os lo ruego.

—El noble instinto de mi caballo me librá de esos peligros, y mi ángel bueno detendrá el rayo que amenace mi vida.

—¿Qué motiva vuestra prisa, conde?

—Señora —contestó Lara acercándose más y bajando la voz—, vuestro esposo llegará al ser de día, y os buscará en vuestras habitaciones; y como mi rey tiene tantos

—Es verdad, conde, ambos debemos salir inmediatamente, aun á trueque de perecer...Estrechad mi mano... ¡Y hasta mañana!...

Lara cogió la diestra real, y notó que abrasaba; entonces dobló una rodilla, estampó un beso en aquélla é hizo una respetuosa reverencia, y partió, exclamando:

—¡Que el cielo os proteja, mi bondadosa señora! Y marchó de allí, se puso el casco, y mirando al salón que dejaba atrás, volvió á exclamar:

—¡Qué hermosa es, y qué inteligencia tan grande tiene!... ¡Fátima, mi adorada Fátima, estamos en paz!... ¡Tu lucha con D. Juan fué heroica; pero la mía conmigo mismo ha sido sublime! Estas palabras acaban de explicarnos todo lo que había pasado por Pedro en aquellos momentos. Acto continuo montó el joven en su potro, cogió la lanza, y gritó en árabe á su caballo:

—¡A escape, Culebra!—Y dejando floja la brida, aguijoneó al animal, y éste corrió en la dirección que su amo deseaba, sin otro guía que su noble instinto.

La reina vió salir á Pedro, se asomó á la ventana, y escuchó; tres minutos después oyó la carrera de un caballo que partía con suma velocidad. En este instante, un nuevo relámpago alumbró la atmósfera, y pudo distinguir la figura del Temerario, que, cual rojo fantasma, desaparecía por entre la espesura de los árboles y sobre una espantosa laguna. Doña María se retiró de la ventana, alzó los brazos, y cayó en el sofá, exclamando:

—¡Dios te proteja, admirable doncell! ¡Cuán grande eres y cuán pequeña soy!... ¡Yo que me creía superior á todos!... Y pasó un pañuelo por su frente, limpió el sudor que la bañaba, se tranquilizó algo, y volvió á exclamar:

—¡Hé ahí el único hombre que podía dominarme! ¡El único que me haría dichosa!... ¡Dios mío, tú lo quieres así, cúmpla-



—Dame mi jaique, y á Córdoba.

nemigos, ambos debemos partir, para que su regreso nos halle en nuestros puestos defendiendo sus derechos y confundiendo sus contrarios.

Estas palabras, dichas con alguna intención, fueron un dardo dirigido á la pasión de la mujer; y la reina, que pudo al fin adquirir todo el predominio de su razón, contestó:

se tu soberana voluntad! Y tú, bravo esposo mío; cuenta siempre con mi corazón, pues cuando **ahora** no lo has perdido, estoy segura de que será tuyo el resto de mi vida. Luego llamó, entró el guerrero que le llevó á Pedro la cita, y le dijo:

—Ramiro, un vaso de agua, mi litera, y á Córdoba.

—Señora, ¿no ha reparado V. A. en la noche que hace?

—Sí.

—¿Y se atreve á partir por entre el rayo, el agua y el viento?

—Sí.

—¡Señora, se expone mucho V. A.!

—No importa.

—Es que puede perecer...

—¿Tienes miedo, Ramiro?

—Sí, señora; temo mucho por V. A.

—¿Has visto salir al conde de Lara?

—Sí, señora.

—¿Observaste su cara?

—Sí, señora.

—¿Qué notaste en ella?

—Nada, su *limada* *caída*.

—¿Es decir que partir sin temor al rayo, al agua ni al viento?

—Señora, á ese hombre no le arredra ni el mismo infierno.

—Pues bien, Ramiro, un vaso de agua y un caballo; no quiero que haya un hombre en Castilla con más valor que su reina.

—¡Señora!...

—Si me replicas, me voy á pie y sola.

El guerrero bajó la cabeza, salió, y al poco tiempo volvió con una bandeja de

oro y una copa de agua. Bebió la reina, y Ramiro la dijo:

—La litera os aguarda...

—¡Maldición sobre ti!...

—El caballo, señora; me he equivocado.

—Dame mi jaique, y á Córdoba.

Poco después salía doña María Alfonsa de Molina á caballo en medio de dos guerreros y seguida de veinte soldados; llevaba su túnica de terciopelo y un jaique moruno que la cubría de los pies á la cabeza; con la mano izquierda sujetaba las bridas de su leal trotón, y con la derecha oprimía un latiguillo, el cual le servía para indicar al potro el paso y la velocidad con que deseaba caminar. Bien hubiera querido en la presente ocasión correr, según vió hacer al conde de Lara; mas su caballo ni era tan fuerte, ni ella lo manejaba como *aquél*, ni le prestaba el fuego que el Temerario parecía transmitir al cuadrúpedo que montaba. Iba, además, sobre media vara de agua; y esto, unido al recio vendabal y á la obscuridad completa, retrasaba bastante la llegada de nuestros viajeros. Más á pesar del agua que tenían debajo de sus pies y de la mucha que les caía encima, á pesar de la tormenta y de todo, doña María Alfonsa de Molina entró en su alcázar real de Córdoba hora y media después, sin otros impedimentos que aquellos que el temporal le puso, los cuales ella venció con el valor digno de una reina.

Llegó, pues, al palacio, despidió la escolta, arrojó cuanta ropa llevaba, la vistieron de nuevo, la peinaron, esperó tranquila y desvelada á que entrase su esposo.

CAPITULO XVI

Llegada del conde de Lara.—La reina y el rey.—Presentación de Pedro en la Corte.

Desorden en la cámara real.

Luego que el Temerario salió del palacio del Califa, dejó, como hemos dicho, al caballo que corriese guiado por su noble instinto, y sin cuidarse de la tormenta que arreciaba cada instante más, del agua, del viento ni de los rayos, se entregó á profundas meditaciones sobre la entrevista que acababa de tener con doña María Alfonsa de Molina.

—Entre mujeres tan hermosas—se decía, de tanto talento y seducción, no es extraño que la corte se corrompa y debilite; que desaparezca el varonil arrojo y valentía de los hombres, y que éstos se cubran con la clámide de la hipocresía para ocultar sus pobreza humanas. Mas no será yo el que abandone por largo tiempo las montañas donde impero para habitar los salones en



que habría de ser esclavo. La reina no debía vivir entre esa atmósfera de corrupción y falacia; su hermosa frente es digna de ostentár su noble altivez entre seres más puros, más entendidos y más leales. Si mi pobre Fátima la hubiera visto esta noche sola conmigo, ardorosa y agitada como yo la he mirado, habría sentido celos y temido por el amor de su Pedro; mas fueran infundados, que aun cuando cruzaron por mi mente nuevas y torpes ideas, desaparecieron como el humo ante el potente soplo de mi indomable voluntad. Tuve un corazón, se lo dí á ella, y no me queda para el resto de las mujeres otra cosa que el apoyo fraternal de mi robusto brazo.

Así discurría Pedro, mientras que el agua empapaba su manto y filtraba hasta llegar á sus carnes por las hendiduras de la plateada armadura. Su caballo en tanto continuaba por la inmensa charca en que la naturaleza había corvertido aquel suelo; el fiero animal se detenía á cada momento guiado por su noble instinto, y marchaba otra vez sin perder el sendero que llevaba, cubierto ahora por el agua. Después de una hora de pararse, volver á caminar, tropiezos y dificultades, y Culebra, entonces, comprendiendo que su amo tenía mucha prisa, comenzó á correr sin necesidad de aviso y sobre un suelo libre ya de aquella inundación que dejaron atrás. Pocos minutos después llegaron al camino real, la tempestad quedó á la espalda, arribaron al caserío; Pedro se apeó, hizo una caricia á su valiente potro, y subió á la estancia que le habaín preparado. Sus caballeros, temerosos de que aconteciese algo al valeroso jefe que los mandaba, permanecieron en pie, mirando hacia el sitio por donde aquél había partido. Lara les dió las gracias, añadiendo:

—Ahora descansemos todos; podéis dormir hasta las ocho de la mañana. Después iremos á Córdoba, nos hospedaremos en el palacio de mi primo, y á las dos y media partiré solo al real alcázar.

El conde se desnudó tranquilamente y se acostó, quedando sumido al poco tiempo en un profundo sueño. Eran más de las dos. Sobre la almohada descansaba á la vez el ángel del bien, recostado en su noble y despejada frente. Este guardián celeste

velaba el sueño del huérfano que caminaba sin guía por el espinoso sendero de la vida. Dios es justo, y jamás ha dejado de proteger á sus fieles hijos.

Volvamos ahora al palacio real de Córdoba, y sepamos lo que pasa allí.

Eran las cinco de la mañana, y á pesar de ser tan temprano, las calles de la ciudad se hallaban llenas de soldados, caballeros y pueblo, y en todos los habitantes de la metrópoli morisca se notaba esa ansiedad propia del que espera; aguardaban, efectivamente, la vuelta del bravo pretendiente, rey á la sazón de aquella comarca. Media hora después se oyó el sonido de unas cuantas bocinas, y á poco entró en Córdoba D. Sancho IV seguido de dos mil caballos, yendo el monarca, caballeros, soldados y caballos, cubiertos de acero.

El pueblo victoreó al bravo soberano; éste saludó á sus súbditos, penetró en el alcázar, dió algunas órdenes al jefe de su escolta, se quitó el yelmo, y subió presuroso á las habitaciones donde le esperaba su esposa, la cual salió á recibirle hasta la misma escalera. En estos momentos sólo expresaba el rostro de D. Sancho amor y ternura. Abrazó á doña María, se hicieron mutuas preguntas sobre lo ocurrido durante su ausencia, y satisfecho el uno del otro del buen estado de salud en que ambos se encontraban, salió el rey, cambió su traje de guerra por uno ligero de corte, y volvió presuroso al lado de su bella esposa. Los dos se sentaron cerca de una mesa, y tras de nueva demostración de ternura, dieron principio á una interesante conversacion sobre el estado de los asuntos políticos del reino. La de Molina fué la primera que abrió el debate con la siguiente pregunta:

—Y bien, esposo mío, ¿qué habéis acordado en Valladolid?

—Lo mismo que en Sevilla, mi adorada María; por unanimidad se aprobó en Cortes la resistencia á los intentos de mi padre; han votado nuevos impuestos, han abolido la disposición de Alonso X desheredándome, y han condenado todo lo que se oponga á tan solemne acuerdo. Y no sólo he tenido mayoría sobre los diputados reunidos en Toledo con mi padre, si que también se han visto obligadas las Cortes toledanas á cerrarse sin poder deli-

berar por el escaso número de individuos que han acudido al llamamiento de don Alonso. En cambio, puedo asegurarte que tendremos guerra civil y muy pronto; mi padre no desiste de su tenaz empeño, desea combatir y vencerme para poder dejar asegurada la herencia de Castilla y de León al mayor de mis sobrinos.

—¡Vano empeño!—replicó doña María con resolución—; tú reinarás y el anciano Alfonso volverá á sufrir otro terrible desengaño.

—Medita bien lo que dices, esposa mía, pues mi padre tiene todavía muchos parciales; cuenta con la poderosa influencia del clero, y en breve desembarcará en nuestras costas el rey de Fez al frente de un poderoso ejército capaz por sí solo de darnos mucho que hacer.

—Todo eso es verdad, Sancho; mas hay en Castilla un hombre de tal valor y talento, que con los soldados que le obedecen puede vencer al rey Jacob y obligarle á que se retire á sus costas marroquises; y siendo esto así, no creo que te sea muy difícil contener y hasta derrotar á los parciales de tu padre.

—¿Quién es ese hombre de tanto poder que yo no conozco, y que se atreverá á hacer frente al poderoso Jacob?

—Pedro el Temerario.

—¡Ay María! los Laras son valientes; ese joven es, efectivamente, temerario y capaz de todo; pero en esa altiva raza no hay más que exigencias y veleidades.

—Sancho, no conoces al huérfano del Saucejo y no puedes juzgarlo. Ese hombre que no tiene igual en valor, ardimiento y denuedo, es el más noble y tenaz en sus empeños, el más generoso y caballero que tiene Castilla.

—¿Cuándo lo has conocido, María?

—Hace muy poco, Sancho. El conde de Lara no ha estado nunca en Córdoba; pero le confiaste una misión difícil, arriesgada, de dudosa solución, y se ha portado de un modo que da bien á entender lo que es, lo que vale.

—Supongo que te referirás á la embajada que le tengo encargada.

—Sí.

—¿Y qué ha ocurrido allí para que Lara haya dado esas pruebas de grandeza?

—De no ir él sería tu más encarnizado

enemigo el califa de Granada, viniendo además sobre tí en estos momentos á la tribu Zegrí y á todos sus amigos y parciales, que son muchos y muy valientes: es decir, que habrías de luchar con Alonso X, con el rey de Fez, con el de Granada y con Mahomad Zegrí, que pretendía nada menos que apoderarse del antiguo califato de Córdoba.

—¿Pues qué ha sucedido? Háblame, por Dios, que me tienes en la mayor ansiedad.

—Tu hermano D. Juan se vendió á Mahomad, y entre estos dos quisieron matar á Lara, á Muza y á Abenamar, y acto continuo encender la guerra civil en Castilla; otra nueva guerra civil, esposo mío.

—¡Mi hermano D. Juan! No puede ser, María.

—Es tan cierto, Sancho, como que Mahomad Zegrí se halla preso y próximo á morir, debido al talento y denuedo del conde de Lara.

—¿Y mi hermano? ¿qué es de mi hermano?

—D. Juan está bueno, en libertad y en las habitaciones de nuestro Alcázar, gracias á la generosidad de su noble contrario.

Todavía se resistía D. Sancho á dar crédito á las palabras de su esposa; pero ésta le enteró minuciosamente de cuanto había ocurrido en el palacio del Zegrí, concluyendo por entregarle la compulsa del sumario que le mandó Pedro, la que rápidamente hojeó D. Sancho, concluyendo por exclamar:

—¡Tienes razón, María! Por Dios, que no creí en mi hermano tan villana conducta.

—Quiero, esposo mío, dos cosas: que siempre que recibas al Temerario en la corte, sea el primero que se llegue á ti y te bese la mano; y que en lo sucesivo atiendas los consejos y advertencias de Lara como los míos, más aún que los míos, pues sabe más que yo y nos quiere cuanto es posible en el súbdito más leal.

—Lo primero es imposible; ¿cómo he de humillar á D. Juan delante de todos los cortesanos? Ya que me llamen mal hijo, evitemos el que me apelliden mal hermano.

—Pronto la corte y el reino sabrán quien es D. Juan, por sus inicuos hechos é inculcable conducta, y elogiarán que ante-

pongas la lealtad á la estirpe, los merecimientos al parentesco, la virtud al vicio. Esto ha de ser así, D. Sancho, ó renuncia al trono que te pertenece; y si luego tus hijos te echan en cara una torpe debilidad impropia de tu bravura, no vengas á quejarte á mí, ni á suspirar por la herencia que te dejaste arrebatar.

—María, yo te amo y te obedezco en todo; desear un trono y yo te lo daré, aun cuando tenga que ganarlo con mi lanza; mas no me obligues á que sonroje en público al que lleva mi sangre, mi apellido; á mi compañero de infancia, á mi único amigo, al que ha abandonado á su padre por mí. Yo quiero á Pedro de Lara; lo colmaré de honores, le daré cuanto me pida; será, en fin, mi íntimo consejero, mi amigo; pero anteponerlo á mi hermano, ¡no puede ser, María! ¿No he hecho bastante con sublevarme contra mi padre?

—Pues destiérralo de Córdoba y que marche á Sevilla; un hombre tan perverso, y que día y noche conspira contra el valeroso campeón que va á regalarte un trono, no puede estar á tu lado, y menos sobre su víctima.

—¡Imposible, María; eso es imposible!

—Pues bien: entonces retirémonos antes de ser derrotados; perdamos un trono, mas no añadamos á esa desgracia la humillación.

—¿Qué intentas?

—¿No me has dicho que me obedeces en todo lo demás?

—Sí, en todo.

—Pues bien, escribe sobre ese pergamino lo que yo te dicte.

Sancho obedeció maquinalmente á su esposa, y se dispuso á escribir. Esta, con acento solemne, le dictó:

«Mi querido padre y señor: es duro y tristísimo renunciar á un trono que me pertenece, teniendo esposa á quien elevar é hijos que en su día me echarán en cara este acto de suprema debilidad. Mas antes de que se derrame sangre humana, primero que hacer armas contra el autor de mis días, prefiero renunciar á mis derechos, abandonando desde este instante, como lo verifico, la regia herencia que pretendía. Mañana, gran señor, pasaré á Sevilla, entregaré mi espada á V. A., y si he delinquido sufriré el castigo á que

me haya hecho acreedor. Iré solo, padre mío; mi esposa é hijos me han abandonado, porque he nacido algo débil...»

—¿Y qué más, doña María Alfonsa de Molina?—preguntó D. Sancho, tirando la pluma, y mirando á aquélla con ojos chispeantes.

—Sigue, y luego rubrica, D. Sancho el Bravo.

—Nunca.

Y cogiendo el pergamino en que había escrito las anteriores frases, lo hizo pedazos, lo arrojó con ira, y añadió:

—Quiero mi trono y tu amor; no puedo vivir sin el uno y sin el otro. Hoy recibiré á la corte, y si Lara se acerca antes que D. Juan á mí, le daré á besar la mano. ¿Qué más desear, mi tenaz y adorada esposa?

—Ahora debes aspirar á ese sólio y á que te llamen Bravo; mas ten en cuenta que aún habrá que hacer algo contra tu hermano, si no quieres exponerte á que cada día te dé un disgusto, concluyendo por venderte, aunque el comprador sea el mismo Lucifer.

—¿Tan malo es?

—Sancho, tiende la vista en derredor; observa ese tristísimo cuadro de traiciones, falacias y villanías que presenta el género humano; y cuando vayas á retirar tu vista horrorizado al contemplar tal miseria, tanta degradación, exclama: No hay entre toda esa gente un hombre que iguale en maldades al que tiene mi sangre, mi apellido, á mi compañero de infancia, á mi único amigo, al infante don Juan.

—¡Ay de él, si en mi corte intenta llevar á cabo alguno de esos hechos indigno de su nombre!

—¡Ay de ti, esposo mío, si no le conoces á tiempo!

Los dos permanecieron hablando largo rato, pero ya de cosas indiferentes á D. Juan; avisaron que á las tres recibirían á la corte, y por último se pusieron á almorzar, estando tan expresivos y tiernos como era el amor que ambos se profesaban. D. Sancho IV adoraba y adoró el resto de su vida á su esposa, por su belleza, talento y majestad. Es indudable que doña María Alfonsa de Molina había nacido digna de ocupar un trono, pues á su

innegable ingenio reunía un valor y energía superiores á su sexo, y un gran conocimiento de los hombres y del corazón humano. Por eso dominó siempre á su bravo esposo, ejerciendo sobre él la influencia y predominio que le prestaban su talento y hermosura. Pero sigamos nuestra historia, que ella nos irá dando á conocer los personajes que llevamos en juego, por sus hechos, vicios y virtudes.

A las tres de la tarde se abrieron las grandes puertas del salón de embajadores del Alcázar de Córdoba, y comenzaron á entrar cortesanos y caballeros. Esta grandiosa estancia, construida como el resto del palacio por los califas, se había transformado en gótica, como igualmente los sillones y adornos que la decoraban, si bien conservaba todavía algunas molduras, arabescos y pinturas de sus anteriores dueños. D. Sancho quiso desterrar, en lo posible, lo árabe de su regia morada.

El salón de embajadores se había llenado con casi la mayor parte de los grandes del reino, y todos esperaban el momento de saludar á sus augustos reyes. Tres minutos después se oyó un murmullo en la extensa habitación, y acto continuo exclamaron:

—¡Pedro el Temerario!

Y entró efectivamente el conde de Lara, cubierto de oro y piedras preciosas, y seguido únicamente de cuatro pajes que se quedaron á la puerta. El joven penetró allí alegre, modesto y sin otra ostentación que la del lujo de su traje. Sus parientes, amigos y conocidos le abrazaron, y los restantes se apresuraron á estrechar su mano con la sola excepción del infante don Juan, D. Lope de Haro y los caballeros que acompañaban á éstos. Lara devolvió á todos con amable solicitud tan tiernas demostraciones, y fijándose luego en el infante, le lanzó una altiva y desdeñosa mirada, que vanamente intentó contrarrestar con otra su contrario; el fuego de los ojos de Lara cegó á D. Juan y le obligó á bajar la vista; su suegro D. Lope de Haro llevó la mano derecha á la empuñadura de la espada; pero el Temerario los miró con desdén, se sonrió, y les volvió la espalda, acercándose entre sus amigos y parientes al trono que tenía enfrente.

Un cuarto de hora después llegaron va-

rios guardias del rey, dos pajes y dos heraldos, y seguidamente D. Sancho IV, dando la izquierda á doña María Alfonsa de Molina; detrás penetraron las damas y mayordomos de palacio. Los reyes saludaron, se sentaron en dos regios y góticos sillones que había bajo el sólio; los pajes, soldados, heraldos, damas y mayordomos ocuparon sus puestos, y los grandes, por orden de jerarquía, comenzaron á adelantarse para ir besando las manos de sus monarcas.

Sancho y María se presentaron, según costumbre, cubiertos con preciosos mantos reales, túnicas, cinturones y ciclas bordados de oro y piedras de gran valor, ciñendo sus frentes las diademas reales. Los dos entraron graves, y así permanecieron hasta principiar el besamanos.

Tocaba á D. Juan ser el primero en inclinar su rodilla izquierda, á D. Lope de Haro después, por su cercano parentesco con los reyes, y luego seguía Lara, como jefe de la primer familia del reino; mas con sorpresa de casi todos los presentes, llegaron á la vez al almohadón el conde y el infante; al mismo tiempo se arrodillaron, y á la vez fueron á estampar el ósculo en la diestra de Sancho; pero éste se la alargó á Lara, que la besó haciendo lo mismo con la de la reina. D. Juan se puso en pie, y estallando sus venas de coraje, exclamó tirando de la espada:

—¡Nunca consentiré tal humillación!—Y fué á arrojarle sobre Pedro con ánimo de pasarle el corazón; mas la reina dió un salto y cubrió al conde con su cuerpo, mientras que el monarca bajó las gradas del trono, se puso frente á su hermano, y le dijo:

—¡Más que la estirpe la lealtad se aprecia! y siendo el conde de Lara el más leal de cuantos me obedecen, él es el primero que debe acercarse á su rey.

—¡D. Lope, amigos míos—gritó D. Juan fuera de sí—, matemos á ese hombre que nos abate, deshonra y envilece! Y su suegro y caballeros tiraron de las espadas y se arrojaron sobre Pedro. Este se cruzó de brazos y se dispuso á recibirlos con una glacial indiferencia digna de su indomable valor; mas D. Sancho tiró de su acero y lo cruzó con los de los asesinos del Temerario. Entonces la reina gritó:

—¡Grandes del reino, caballeros de Castilla, mis guardias y soldados, prended á esos traidores! Y en confuso tropel se echaron todos sobre D. Lope, D. Juan y sus caballeros, los desarmaron, y cuando estuvieron indefensos y en medio de los soldados del rey, volvió á gritar éste:

—Mis guardias, encerrad á esos hombres en diferentes calabozos y tornad á ocupar vuestro puesto.

Así se hizo, y acto continuo se sentaron de nuevo el rey y la reina como si nada hubiera ocurrido. Sancho preguntó al conde:

—Mi valiente amigo, ¿cómo dejásteis vuestro acero en la vaina, viendo que atentaban contra vuestra vida?

—Señor— contestó aquél—, en palacio y delante de V. A. jamás desnudaré mi espada, á no obligarme á ello mis reyes ó el peligro que á éstos pudiera amenazar.

—¿Y si os hubieran muerto?

—Eso era preferible á cometer un desacato en presencia de VV. AA.

—Muy bien, conde, vuestra lealtad y cariño hacia nosotros os hacen digno de nuestra amistad y aprecio.

Y continuó dirigiéndose á los restantes:

—Señores, me ha indignado la escena que acaba de tener lugar ante vosotros, grandes y caballeros de Castilla; mas espero que aprobaréis mi conducta, pues si mi hermano lleva sangre real en sus venas, el conde de Lara se sienta en el trono elevado á la lealtad y nobleza. Olvidemos lo que ha pasado hace un momento, y continuemos como si nada hubiese ocurrido.

Y los grandes caballeros fueron por orden de jerarquías besando la mano á sus reyes, sin que acontecimiento alguno viniera nuevamente á entorpecer la solemnidad de aquel acto. Cuando concluyeron, rodearon al trono los que allí estaban, pronunciando un discurso Sancho IV, en el cual les enteró de los sucesos que habían tenido lugar en el reino y del porvenir que presagiaba, terminando con pedirles su apoyo y lealtad para combatir los acontecimientos que él preveía cercanos. Varios quisieron contestar al rey, pero la mayor parte pidieron que hablase por todos el conde de Lara. No se hizo éste esperar mucho tiempo; dió las gracias á sus com-

pañeros, y con acento grave y elegantes maneras, expresó las siguientes frases:

—Señor, voy á contestar á V. A. en nombre de los grandes y caballeros reunidos aquí, y no dudo que llenaré los deseos de todos, pues mis palabras van dirigidas al valiente y bondadoso rey de Castilla y de León, y son inspiradas por el amor que profesamos á VV. AA., al bien común y al triunfo de una causa que hemós jurado defender. Pero antes, gran señor, permídmeme que á vos y á vuestra augusta esposa demuestre la gratitud y reconocimiento á que os soy deudor, por la innmerecida honra, por el señalado favor que acaban de dispensarme. Triste huérfano, nacido y educado en los confines de Castilla, entre unas ásperas breñas tan leales como innacesibles á nuestros enemigos; lejos, muy lejos de poder igualarme al infante D. Juan, soy aquí el último de todos, el que tiene menos merecimiento, el postre-ro que debía llegar á los pies de VV. AA. Mis soberanos han dicho que querían recompensar la lealtad; no trato de herir la susceptibilidad de nadie; pero si el rey ha premiado sólo lo lealtad, ha sabido premiarla, pues no hay nadie más adicto á SS. AA. que yo, aun cuando reconozco en vosotros más valor, más merecimientos, más poder y que sois más acreedores á toda consideración humana. El infeliz huérfano del Saucejo es tan tosco como las ásperas rocas que acariciaron su infancia y acompañaron su juventud; pero su corazón es tan fuerte como ellas y tan invariable como esa cordillera de peñascos, en la cual desde que yo tengo uso de razón se han estrellado los planes de nuestros enemigos, las traiciones de nuestros contrarios. Elogiemos todos la noble acción de nuestros reyes, y sirvanos de estímulo el saber que la lealtad se eleva en ese augusto trono sobre la estirpe del primer grande del reino. Ahora, gran señor, voy á contestar, si V. A. me lo permite, en nombre de mis compañeros, á las sentidas frases que acababa de dirigirme. Los grandes y caballeros que estamos presentes, hemos jurado por rey de Castilla y de León á D. Sancho IV; y reconocido por nosotros como tal, nuestras vidas, haciendas y soldados pertenecen á V. A., á la causa que defiende y á la

que todos nos hallamos ligados. No hay aquí, no puede haber un corazón castellano que no abrigue estos sentimientos, que no desee verter su sangre por su rey. Es cierto que el porvenir se presenta obscuro y tempestuoso; más, ¿qué importa eso? Si nuestros enemigos vienen en mayor número, les opondremos nuestro valor, arrojo y energía, y otra vez los menos habrán triunfado de los más. Un valiente vale por cien cobardes; un héroe por cincuenta valientes. Los mártires numantinos perecieron por no tener más que una ciudad; y Sagunto fué de Roma, por-

mote de nuestros escudos sea Numancia y Sagunto, y puesto que tenemos la misma enseña que nuestros abuelos, imitemos sus hechos; y Alfonso X, Jacob y demás aliados contrarios besarán el polvo que pise nuestra planta atrevida. Lo besarán, sí; VV. AA. cuentan con Pedro de Lara, sus tesoros, soldados y temeridad; y estos señores que tienen su misma sangre, no consentirán que yo les aventaje en valor, denuedo y bizarría.

Las dignas palabras del conde causaron honda sensación en todas las personas que se hallaban en el salón de embajadores; mas pasado el primer momento de sorpresa, un murmullo general felicitó al joven, aplaudió sus expresiones, y aclamó á Sancho IV. El oportuno recuerdo de Sagunto y de Numancia, hecho por Lara; sus atrevidas ideas, y el tacto exquisito con que excitó el amor propio de sus compañeros, enardecieron la sangre, entusiasmaron el corazón, y no quedó un solo hombre que no se amoldara á la arrogante actitud del Temerario. Hasta los reyes parecía que habían adquirido más valor y majestad, y una completa seguridad de vencer. Sancho se levantó, bajó las gradas y estrechó tiernamente al gigante del Saucejo; y ya en pie, conversó largo tiempo familiarmente con él y con los que le rodeaban, despidiendo después á los grandes y caballeros. Entonces la reina se cogió al brazo de su esposo, hizo salir á las damas, mayordomos, heraldos, pajes y guardias, y cuando se hubo quedado sola



—¿Hasta dónde va á llegar tu odio á mi familia?

que sus defensores no poseían más que un pueblo; no obstante lo cual, lucharon contra el primer imperio del mundo; nosotros tenemos ciudades, villas y aldeas, tantas ó más que nuestros contrarios; el enemigo que nos viene á combatir, aun cuando sea más numeroso que nosotros, dista mucho de abarcar el poder que tuvo el imperio romano: aceptemos la pelea; el

con su marido, se desprendió de éste, y con una altanería desusada, le dijo:

—Es preciso que el infante D. Juan salga inmediatamente de vuestros reinos.

—María—replicó el rey con enojo—, ¿hasta dónde va á llegar tu odio á mi familia?

—Yo no aborrezco á tus parientes, aborrezco sólo la infamia, la traición y la mal-

dad, y no consentiré nunca que nuestros esfuerzos y los de aquellas personas que verdaderamente nos aman, se estrellen ante la inicua conducta de hombres que debieran ser los primeros en apoyarte y defender nuestra causa y derechos. Te repito, Sancho, que es preciso parta tu hermano de nuestros estados, y ha de ser hoy mismo. Si esto parece injusto, que le formen causa por el atentado que acaba de cometer, y que sufra la pena á que se ha hecho acreedor: elije.

—Veo que eres inexorable, María. Está bien; hoy saldrá mi hermano de Córdoba.

—Y de los pueblos que te obedecen.

—Se hará así. ¿Y D. Lope y demás caballeros de su escolta?

—Sus caballeros pueden acompañarle: respecto de su suegro, ha obrado mal por

instigación de D. Juan; es poderoso y lo creo leal; se quedará aquí, más de este hombre me encargo yo: tú cuida sólo de que su yerno salga lo antes posible.

Sancho el Bravo había tenido por compañero de infancia al infante D. Juan, el cual, con una hipocresía muy común en él, lo ganó y hasta llegó á conseguir que le quisiera más que él merecía; pero el bravo rey no sabía resistir al acento de su bella mujer, y en esta ocasión, fluctuando entre la esposa y el hermano, creyó haber dado con un medio, á favor del cual complacía á la una y no disgustaba al otro; de modo que concluyó por acceder gustoso, al parecer, á las exigencias de doña María; le alargó á ésta el brazo para que se apoyase, y la acompañó á sus habitaciones tan tierno, amoroso y solícito como de costumbre.

CAPITULO XVII

Los dos hermanos.—La reina y D. Lope de Haro.—Sancho, María y el Temerario.

Despedida de éste.

Sus altezas reales se sentaron á la mesa una hora después; mas en esta ocasión estuvieron poco comunicativos; ambos parecían ensimismados y como dominados por una idea que les abstraía completamente: comieron poco, hablaron menos, retirándose acto continuo cada cual á su respectiva habitación.

El rey pasó escribiendo hasta que anocheció, en cuyo instante llamó á su capitán de guardias, y enterado por éste del sitio en donde se hallaba D. Juan, marchó sólo, hizo abrir la prisión, entró y cerró por dentro. El infante estaba en un saloncito del piso bajo, reclinado indolentemente sobre un sofá y como sin cuidarse para nada de su suerte. Al ver á su hermano, se puso en pie y le alargó la mano; pero Sancho hizo como que no veía esta demostración de cariño; se sentó, y obligándole á que hiciese lo mismo, le dijo:

—Juan, tu conducta en Mollina es propia de un villano, enemigo de su rey; el desacato cometido hace tres horas no es otra cosa que la consecuencia de mi tolerancia contigo, porque á mi regreso esta

mañana debí mandarte encerrar como á un reo de Estado. Hasta ahora te he aconsejado, defendido y velado por tí; desde hoy en adelante voy á ser juez inexorable que te sentenciará con la misma rectitud é indiferencia que al último de sus vasallos. Por vez postrera olvido tu antiguo proceder; más, ¡ay de tí, si en lo sucesivo cometes la más leve falta! Por lo mismo que eres hijo de un rey y hermano de otro, tienes que amoldar tu conducta al exacto cumplimiento de tus deberes como infante y caballero. Hoy ha concluido tu hermano; desde este momento principia el rey.

Calló Sancho, fijó sobre D. Juan una mirada severa é imponente, el infante bajó la vista, y luego le contestó con acento humilde:

—Me han calumniado, y has dado más crédito á las palabras de un extraño que á la voz de tu corazón, el cual estoy seguro te dice lo contrario de lo que tú mismo supones creer. Mi conducta en Mollina...

—¡Basta, infante, no añadas la mentira á la infamia!

—¡Hermano, te ciega el enojo que tienes contra mí!... Tranquilízate, y acaso pueda convencerte de que tus verdaderos enemigos te han engañado; y cuenta que en este momento está peligrando hasta tu honor...

—¿Qué dices, Juan?

—¡Digo, Sancho, que Pedro de Lara es un miserable, al cual le defiende tu esposa más!...

No pudo continuar. Ciego de ira el bravo rey, cogió á su hermano por un brazo, lo sacudió fuertemente, y lo arrojó al suelo, exclamando:

—¡Insensato! ¡Te atreves á atentar contra tu reina y señora; contra la mujer más pura que hay en Castilla! Pruebas; las pruebas de lo que has dicho, ó mueres á mis manos.

Aturdido D. Juan, sin aliento, y comprendiendo tarde la torpeza que acababa de cometer, se puso de rodillas, asomaron á su ojos dos lágrimas, hijas de la más refinada hipocresía, diciendo con voz entrecortada:

—¡Perdón, señor, perdóname si te he ofendido!... Yo, como ví que defendía á Pedro de Lara!... ¡Pero no tengo pruebas!... ¡No dudo que será inocente!... Perdóname, hermano mío, y yo te juro que en lo sucesivo no has de tener queja alguna de mí.

El rey lo miró con cierto desprecio, mezclado de compasión, le volvió la espalda, y comenzó á pasear aceleradamente por aquella estancia, convertida ahora en prisión. D. Juan se puso en pie, cruzó los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho presentando la actitud más humilde y sumisa posibles. D. Sancho continuaba paseando de prisa y como resolviendo un problema de dudosa solución. Cuando hubo concluido de meditar, se detuvo frente á su hermano, y sin demostrarle ira ni enfado, le dijo:

—Pues bien, Juan, siendo así que en lo sucesivo deseas hacerte digno del nombre que llevas, voy á encargarte de una comisión difícil y honrosa, y que sólo tú puedes desempeñar con éxito: vas á partir ahora mismo á Sevilla; entras sin detenerte en palacio; preséntate á nuestro pa-

dre, y haz de modo que nos perdone á ambos y vuelvan las cosas al ser y estado que antes de rebelarnos; ruégale, suplícale encarecidamente hasta conseguirlo. Si le extrañase nuestra determinación, demuéstrale las consecuencias terribles de una guerra civil y lo sensible que debe serle á nuestros corazones luchar contra un padre querido. Ve pronto, Juan, mira que aún no ha empezado á correr la sangre, y desde el momento en que se vierta una gota ya será tarde para transigir. Corre mucho, infante, y recuérdale á Alfonso X que nuestras avanzadas están ya frente á las suyas y que ninguno de los dos debemos perder un instante.

Calló Sancho, meditó D. Juan, brilló en su rostro hipócrita la alegría, y le contestó:

—Parto á Sevilla inmediatamente, y haré cuanto pueda por conseguir tu intento; más, ¿por qué no me entregas un escrito?

—Yendo tú mismo sería hasta ridículo que llevases órdenes ni declaración alguna.

—Marcho al instante. ¿Me das tu mano?

—He aquí mis brazos. Y los dos se estrecharon con fingido cariño, saliendo acto continuo el infante. Cuando perdió de vista al rey, exclamó para sí:

—Ni esperaba librar tan bien, ni mi hermano podía darme comisión que más conviniera á mis deseos; no hay duda que mi diablo familiar se ha portado hoy conmigo admirablemente.

Sancho subía á la vez aceleradamente las escaleras del alcázar diciéndose también:

—De este modo me deshago de D. Juan, doy gusto á mi adorada esposa, y en cuanto al trono... ¡pardiez que ya me he sentado en él y sólo me levantaré para ir á la tumba.

En este momento llegó á la puerta de la cámara donde le estaba esperando su capitán de guardias, al cual se acercó, y muy quedo le dijo:

—Montad inmediatamente, ponéos al frente de mil caballos, y partid con ellos á Ecija; á la derecha de esta ciudad, como á media legua, hallaréis quinientos jinetes y trescientos peones mandados por el capitán Aranda; caed sobre ellos, derro-

tadlos, aniquiladlos, y que corra la sangre. Este será el primer chispazo con que ha de prender la guerra civil; procurad que arda bien la tea para que no pueda apagarse hasta que seamos vencedores. Ocultad á todo el mundo la misión que lleváis. Vuestra cabeza me responde del éxito y la reserva.

Mientras tenía lugar en el piso bajo de palacio la escena que acabamos de referir, otra no menos interesante se representaba en la cámara de la reina. Cuando doña María Alfonsa de Molina concluyó de comer, se retiró á su estancia, como ya hemos dicho, é hizo que llevaran á su presencia á D. Lope de Haro, señor de Vizcaya y uno de los más ricos y poderosos grandes del reino. El apoyo de este hombre les era muy necesario, y la reina, haciendo uso de todo su talento y fina penetración, aumentó la gravedad del delito que aquel cometió horas antes, le enteró de la conducta de su yerno en Molina, de lo mal que hacía en defenderlo, hasta obligar á D. Lope á que reconociera su falta é implorase el consiguiente perdón. Doña María estuvo con este astuto y altanero cortesano hábil, ingeniosa y excediéndose á sí misma en talento y cordura. Cuando el señor de Haro hubo solicitado la indulgencia de sus reyes, y antes de contestarle la reina, le preguntó:

—¿Juráis por el alma de vuestra madre defender nuestra causa, sea la que fuese la opinión de vuestro yerno?

—Sí, señora.

—Si hay guerra civil, ¿armaréis á vuestros deudos y soldados y lucharéis por nosotros hasta triunfar?

—O hasta morir por VV. AA.

—Y en prueba de vuestra fe de caballero y del amor á nuestra causa, ¿tendréis inconveniente en ser el primero que tire de la espada y prenda el fuego de la guerra civil?

—No, señora.

—Pues bien, D. Lope de Haro: estáis perdonado y obtendréis todo nuestro aprecio y consideración si empezáis ahora mismo á cumplir vuestra palabra y juramento.

—Hablad, señora.

—Decidme antes: ¿Qué gente os obedece en Toledo?

—Mil jinetes y dos mil peones.

—Es bastante. Sin perder un momento, sin ver á nadie, sin que alguno se penebre de lo que váis á hacer, poneos al frente de vuestra gente y de mil caballos más que yo os daré; partid á Toledo, sorprended esa ciudad, haceos dueño de ella; y conseguido esto, extended desde allí la guerra civil en los demás pueblos donde todavía impera la voluntad de Alonso X. D. Lope de Haro, desenvainad vuestro acero y no volved á encerrarlo mientras quede en Castilla y León un sólo enemigo de mi esposo. Si hay necesidad de verter mucha sangre, que corra, D. Lope, que corra, con tal de que el estandarte de Sancho, fijo en vuestras robustas manos, no sea humillado una sola vez. Sé que tenéis celos del conde de Lara, y esto me agrada bastante, porque así imitaréis el arrojo, bizarría y lealtad de ese noble joven; y cuando regreséis á Sevilla victorioso no seréis ya señor de Vizcaya, sino conde de Haro. ¿Qué os hace falta?

—Vuestro permiso para partir ahora mismo—dijo con resolución D. Lope—, y los mil jinetes que me habéis ofrecido.

—Reunid los vuestros, y al salir de Córdoba hallaréis fuera de la puerta de Castilla los míos, que os secundarán admirablemente.

El suegro de D. Juan besó la mano de su reina y acto continuo marchó de allí gozoso, con la idea de llevar á cabo el difícil encargo que se le había confiado. Por una puerta de la regia estancia salía éste, y por la otra entraba D. Sancho IV. Los esposos se miraron demostrando una satisfacción que no tenían antes; y sentándose aquél, le cogió una mano á su bella señora, preguntándola:

—¿Qué motiva tu alegría, mi noble y leal esposa?

—Entre otras cosas, el verte, mi fiel y amado Sancho, tan satisfecho de tí mismo.

—Y bien, María, ¿qué has hecho?

—¿Qué hiciste tú, Sancho?

—He mandado á D. Juan que haga una visita á mi padre, y á mi capitán Wamba á que prenda la tea de la discordia civil.

—Me complace lo primero; en cuanto á lo segundo, no era necesario.

—¿Por qué?

—Porque en estos momentos se prepara á hacerlo el atrevido D. Lope de Haro.

—Temiste que me descuidase, y pensaste adelantarte á mí. ¡Aún no me conoces bien, María! Me crees débil, menos resuelto, y supones que la mayor parte de lo que hago es sólo impulsado por tí, obligado por tu amor. ¡Cuán mal me juzgas! Es verdad que me cuesta trabajo luchar contra un padre y castigar á un hermano con quien me he criado y el que se rebeló por mí; mas ya arrojado el guante, no retrocederé una sola línea hasta conseguir mi objeto ó perecer en la demanda. ¡Mal me comprendes si supones que Sancho IV ha de consentir que le arrebate su trono un nieto de mi padre, queriéndolo tú y necesítándolo yo para legarlo á mis hijos!

—Sé, esposo mío, lo que vales y de todo lo que eres capaz; mas en la crítica situación en que nos hallamos es indispensable no vacilar un solo instante ni detenerse un momento en el espinoso camino que hemos comenzado á recorrer.

El monarca y su esposa continuaron largo tiempo ocupándose de los asuntos del reino, concluyendo por dar la orden para que partiesen á las órdenes de don Lope de Haro los mil caballos que la reina le había ofrecido, retirándose después á descansar.

Volvamos al infante D. Juan. Este salió de la prisión brillando en sus ojos la alegría, mas destilando su corazón la más horrible ponzoña. Subió por una escalera de caracol á sus habitaciones del alcázar, entró en ellas, y halló á su escudero Ferran sentado en un sillón y como meditando.

—¿Qué haces, bergante?—le preguntó parándose delante de él.

—Señor—dijo el escudero levantándose—, pensaba en hallar un medio de librarnos de la tiranía fraternal de vuestro querido hermano D. Sancho. Mas ya veo cuán inútilmente torturaba mi cabeza, admirando á la vez vuestro ingenio é innegable talento.

El escudero del infante era un hombrecillo de baja estatura, delgado, algo con-

trahecho, de mal aspecto, intencionado, adulator y de peor índole que su amo. Pasaba por atrevido, pero nunca hacía uso de las armas sin tener una seguridad de vencer; era, en una palabra, digno escudero de su menguado señor. D. Juan le replicó:

—Pues déjate de discurrir vanamente, y piensa en que antes de dos horas salimos de Córdoba.

—¿Adónde vamos, señor?

—¡Al infierno!

—¿Qué preparo para el viaje?

—Todo cuanto tenemos aquí.

—Eso quiere decir que mi espada va á volver á brillar.

—No; afila tu puñal y dispón tus brebajes... Ferran, no quieren que seamos buenos... y tendremos que ser malos.

—Pues si se empeñan se saldrán con la suya. Se han estrellado con nosotros, y hasta ahora no les hemos dado motivo alguno de queja. ¿Con que el puñal, eh?

—Sí.

—Pues sangre habrá, y... voy á disponer lo necesario, señor infante.

Dos horas después salieron, efectivamente, de Córdoba, D. Juan, su escudero, caballeros y gente de armas que le obedecían. Dejémosle por ahora, que ya le hallaremos llevando á cabo sus inicuos planes. Este hombre, fatal al trono, á sus parientes, amigos y á enemigos, nació con índole perversa y tenía necesariamente que ser malo hasta que dejase de existir.

Se pasó aquella noche sin incidente alguno que merezca relatarse; mas á la mañana siguiente, rodeado el rey de todos los grandes que existían en Córdoba, fué enterándoles del nuevo plan que había concebido, para en el caso de que, como él suponía, estallase la guerra civil; añadiendo, que tenía motivos muy fundados para creer que en aquellos mismos momentos correría ya la sangre entre castellanos. En esta reunion se habló mucho de futuros proyectos, se discutió bastante conviniendo por último todos en que era indispensable la guerra, y hasta necesario el que principiase pronto, para saber con quienes se podía contar de una manera positiva, y salir de una vez de aquel estado de incertidumbre. La reina asistió también

á esta conferencia, y no fué la que menos discutió, demostrando en esta ocasion, como en todas, una energía, intrepidez y talento digno de su privilegiada cabeza y fuerte corazón. Optada la guerra, y aceptado un plan por los asistentes allí, fué Córdoba el punto elegido para cuartel general y sitio de reunión, y desde donde Sancho gobernaría y podría dirigir las operaciones para la nueva campaña. La mitad de los grandes debían partir inmediatamente, quedando los otros auxiliando al monarca. El conde de Lara se encargó de marchar á Osuna y al frente de sus amigos, parciales, deudos y vasallos, impedir la aproximación á Córdoba del rey Jacob, batiendo y destruyendo su ejército, dado que le fuera posible, para lo cual, si llegaban á tiempo, le apoyarían los diez mil jinetes del califa de Granada, mandados por su hermano el valiente Muza. La misión de Pedro era la más grande, la más difícil de llevar á cabo; más éste la aceptó gustoso, con aplauso de sus reyes y de cuantos allí se hallaban presentes. Su valor, talento y bizarría, unidos á la salvaje bravura de sus montañeses, respondían del éxito de tan árdua empresa. En consecuencia, recibió la orden terminante de partir cuando lo creyese conveniente; pero el conde pidió permiso para salir al siguiente día. Sancho le preguntó después si quería algunas gracias para sí ó para los suyos. Lara le contestó:

—Gran señor, para mí tengo de sobra; deseo no obstante dos cosas: una es el título de nobleza para mi escudero Lázaro Rueda; título, señor, ganado en cien combates contra la morisma enemiga, y al cual deberá ir unido el señorío de Marcia, que yo gustoso le cedo, en recompensa de los eminentes servicios que ha prestado á su patria y al trono de V. A. La otra gracia, señor, es para mí, pero me sería grato pedírsela á V. A. mañana al despedirme para Saucejo.

El rey accedió á los deseos del Temerario, y algunas horas después le fueron entregados de parte de sus reyes y por un jefe de palacio los títulos de nobleza y señorío de su amigo Lázaro.

Empezada ya la guerra civil en Castilla y León, nos es imposible relatar los

muchos acontecimientos que á la vez tenían lugar en unión de las intrigas, traiciones y cobardías que ocurrían al mismo tiempo. Sigamos pues al intrépido Lara, que, fiel á su juramento, y enemigo decidido de Alfonso X, iba á ser el alma de aquella lucha terrible ó de otro modo, el general en jefe de uno de los dos bandos que se disputaban el poder en Castilla; tiempo tendremos de saber lo demás.

El mancebo se retiró al palacio de su primo; á las cuatro comió con sus reyes; descansó aquella noche, y á la mañana siguiente dió la orden de marcha, y puesto al frente de su escolta, se dirigió al alcázar real, subió solo á la cámara de don Sancho, se hizo anunciar, y cinco minutos después se halló delante del bravo monarca, al que saludó diciéndole:

—Señor, parto á la guerra á hacerme digno de la confianza que V. A. ha depositado en mí. Dadme vuestro permiso para marchar y para despedirme de vuestra augusta esposa.

—Antes, conde, quiero concederos una gracia que me indicastéis ayer, y por Dios que desearía fuese grande, muy grande, para que lleváseis grata memoria del que os tiene en más estima de lo que vos os figuráis.

—Señor, todo lo que yo he hecho y haga en favor de V. A. será poco para recompensar la bondad con que me tratáis. La merced que os pido, grande para mí, única que anhelo en el mundo, es saber si mi padre vive, y á ser posible, dónde está y cuándo podré estrecharlo entre mis brazos. Llevo, señor, más de veinticinco años de horrible orfandad, de egra incertidumbre; por eso ansío penetrar una vez ese terrible secreto, tan oculto para mí como los arcanos del cielo.

Sancho quedó meditando algunos instantes, y luego le contestó con pesadumbre:

—Ignoro, amigo mío, si vive ó no vuestro padre, y en caso afirmativo, el sitio donde se halla. Ni Alonso X lo sabe ni ninguno de los grandes del reino; no sé si la curiosidad ó el interés obligaron á mi padre á tratar de averiguar el paradero del vuestro; pero todo fué inútil; ni ruegos, ni amenazas, ni las más exquisitas diligen-

cias bastaron para conseguir el objeto deseado.

Hay, no obstante, un hombre en el mundo, único en mi concepto, que podría satisfacer vuestro deso; más ¡ay Pedro! ese hombre que todo lo sabe; que está en todas partes, sin hallársele en ninguna, que vela por los desgraciados; que manda á los obispos, á los cardenales, y que impone su voluntad hasta al mismo nuncio del Padre Santo, se asemeja, si no lo es, á un sér sobrenatural; sér que sólo habla con los ministros de Dios; sér á quien tememos, de quien todos huyen espantados, y al que nadie se acerca. Ese hombre es el Solitario, al que acaso conozcáis y del que creo habéis merecido algunos beneficios.

—En espíritu, señor, con formas humanas, me ha salvado la vida en diferentes ocasiones, y le he mirado efectivamente tan cerca como á V. A.; pero ni mis ruegos ni mis súplicas han conseguido arrancarle una sola palabra.

—Algunos dicen lo mismo de él, y os aseguro, con harto sentimiento mío, que si el Solitario no habla, sólo el tiempo podrá daros á conocer el misterio que deseáis.

—¡Cómo ha de ser! Tendré todavía paciencia. ¿Me dáis vuestra mano y permiso para marchar?

—No, amigo mío, hé aquí mis brazos: estrechadme; despedíos de la reina y partid á la guerra; todo lo espero de vos, conde, porque de todo sois capaz; id, valeroso amigo mío, y volved victorioso á recibir mi cariño. ¡Qué otra cosa puedo yo dar al primer campeón de Castilla!

—Gracias, señor. Y estrechándose ambos, salió Lara con los ojos húmedos, y seguidamente entró en la cámara de la reina.

Llevaba Pedro el mismo traje que pocas noches antes, cuando vió á doña María en el palacio del califa, sin más dife-

rencia que la de sostener ahora con la mano izquierda el pesado casco que entonces dejó en la antecámara. La reina estaba sola cuando entró aquél, y un subido carmín encendió su bella faz, tembló, y sin querer, sus ojos se fijaron en el arrogante rey del Saucejo.

—¡Partid, conde — exclamó azorada —, partid á la guerra!, acordáos de vuestro juramento; amadnos como yo... os quiero, y... no expongáis demasiado vuestra preciosa existencia... ¡Si muriéseis por mi causa!... Marchad, conde; la reina os lo manda; María os lo ruega.

—Señora, ¿me dáis á besar vuestra mano?

—Tomadla, y salid pronto.

Pedro inclinó la rodilla, besó la agitada diestra de su soberana, y la dijo:

—Marcho, señora, por la corona de vuestro esposo.

—Sí; pero ¿y si os matan?...

—En el cielo rogaré por la felicidad de mis reyes y el bien de su causa. Quedad con Dios, señora.

—El os proteja, hombre incomparable; sed feliz, mientras yo ruego al Sér Supremo vele por vos!

Y la reina cayó sobre un sillón, agitada y llorosa, mientras que el Temerario montaba á caballo y partía en dirección del Saucejo con suma velocidad. La presencia de este hombre estremecía á la fiel esposa de D. Sancho, hasta el punto de tener que hacer uso de todo el predominio que la cabeza ejercía sobre el corazón de aquella ardiente y valerosa mujer. Doña María Alfonsa de Molina se hallaba á los bordes de un precipicio cada vez que se encontraba á solas con Pedro de Lara; pero una mujer de su virtud, talento y fuerza de voluntad, jamás llega á ser vencida por torpes pasiones, ni arrojada al abismo del vicio aun cuando se aproxime á su terrible umbral.

CAPITULO XVIII

Un espía de Alonso X.—La venganza.—Temeridad de Pedro.

El conde de Lara y su briosa comitiva continuaron corriendo sin detenerse más que el tiempo puramente necesario para que los jinetes y caballos tomasen el ali-

mento indispensable para poder continuar su veloz carrera. Los caballeros de Pedro se miraban, se sonreían y exclamaban:

—¡Ese gigante es de hierro!

Y otro replicaba :

—Pero notad que para vuestro valeroso jefe y señor no hay caballo malo ni pesado. Ved á Culebra que, prescindiendo de su especial instinto, carece de fuerza para sostener á su amo, cómo corre y gira á derecha é izquierda lo mismo que si no llevase carga.

—¡Es admirable!

—No. El conde de Lara es el primer jinete del mundo.

Mudo el Temerario y hablando así los que le seguían, llegaron á Ecija, y atravesando esta famosa ciudad, continuaron marchando; mas á poco, vieron á la derecha del camino real un pequeño ejército dividido en dos partes, mirándose unos á otros, y en medio de la línea divisoria á dos caballeros que, al parecer, cuestionaban con tanto calor, que se oían á gran distancia sus voces. Pedro mandó hacer alto; dió algunas órdenes, y se fué acercando solo, y poco á poco, al sitio donde hablaban. Eran los mil caballos del capitán Wamba, cuyos jinetes estaban salpicados de sangre, y más de dos mil hombres de armas que llevaba el infante D. Juan. Este se encontró con aquél, le pidió explicaciones sobre la terrible misión que acababa de desempeñar; Wamba se negó á contestarle, y ese era el motivo de la acalorada disputa que sostenían, hallándose á cien pasos de sus respectivas gentes de armas. Pedro se aproximó á ellos cuanto pudo y quedó parado. En estos momentos le decía D. Juan al capitán de guardias de su hermano:

—Me estáis desobedeciendo; faltáis á un infante, y os exponéis á que os manda ahorcar.

El otro le replicó:

—Solo á mi rey daré cuenta de mi conducta, y á nadie más.

—Eso quiere decir que al atacar á las tropas de mi padre y derrotarlas y cebaros en ellas, habéis faltado á vuestro deber; de no ser así, contestaríais á mis preguntas.

—Os repito, señor, que nada puedo decir.

—Pues vive Dios, que yo os haré hablar.

Y volviendo grupa, se fué á dirigir hacia los suyos; mas le dejó parado la imponente mirada del Temerario, que halló

frente á frente, y se fijó en él, helando la sangre de sus venas.

Pedro gritó:

—Capitán Wamba, acercáos; leed ese pergamino.

El jefe obedeció; devolvió el escrito, y saludando al conde, le dijo:

—Señor, os reconozco por jefe único de toda esta comarca; en ella representáis á S. A. el rey D. Sancho IV, y me hallo á vuestras órdenes.

Entonces se le acercó Pedro cuanto pudo, y le preguntó:

—¿De dónde venís?

—De empezar la guerra civil atacando un fuerte destacamento de Alfonso X.

—¿Quién os lo ha mandado?

—El rey.

—¿Qué ha sido de nuestros contrarios?

—El que no huyó, quedó muerto en el campo. No llevo un solo prisionero.

—¿Se han batido bien?

—No, señor.

—¿Y los vuestros?

—Me han obedecido.

—Habéis obrado perfectamente no enterando á D. Juan de nada. Partid á Córdoba, que Sancho os espera; decidle lo que os acaba de ocurrir.

—Señor conde, ¿os quedáis á la vista del infante con solo vuestra escolta?

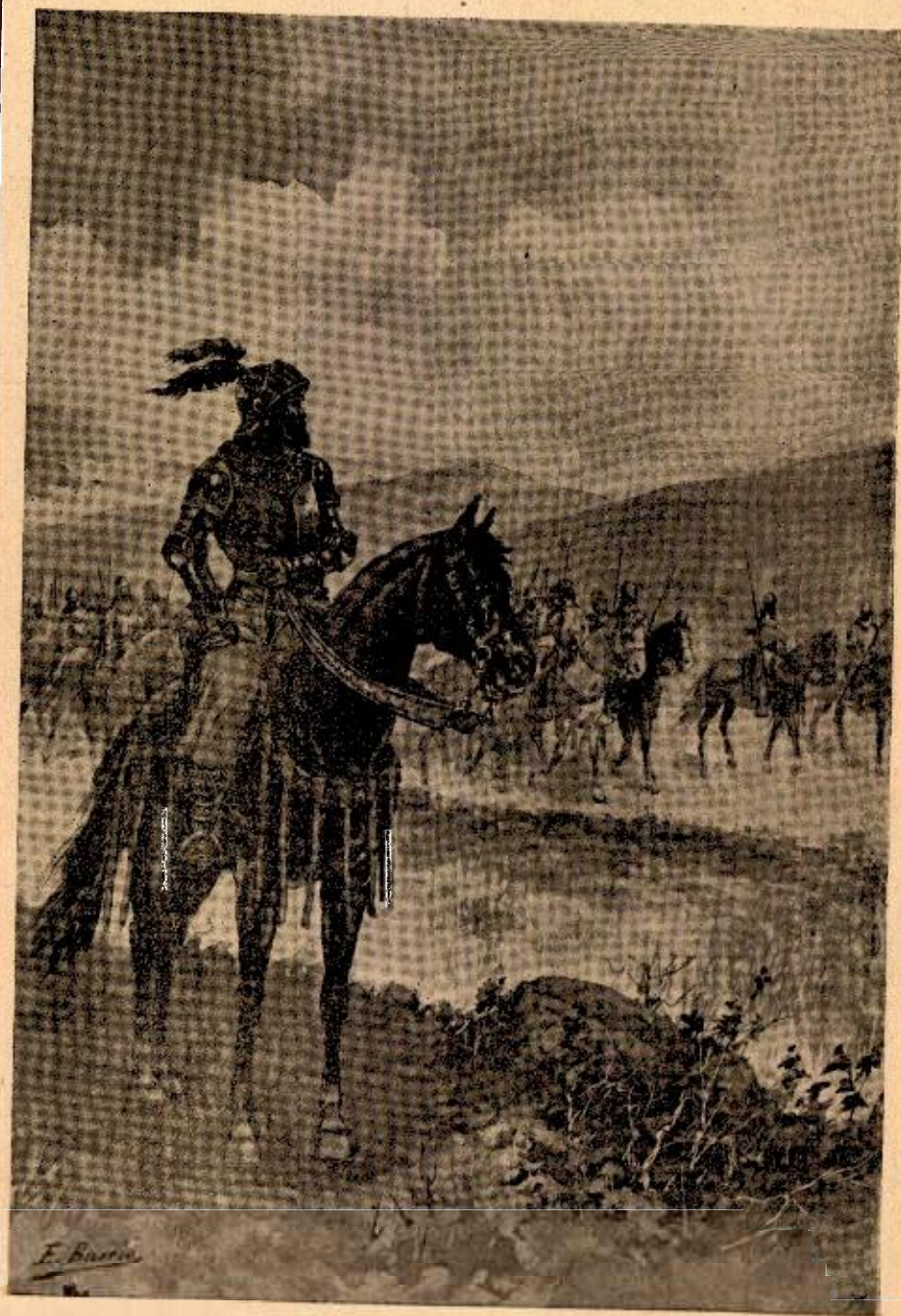
—Sí.

—Mirad que lleva mucha gente y es toda escogida; si queréis yo os acompañaré...

—Wamba, los hombres que sirven á ese menguado serán como él; para todos ellos me sobran con veinte de los míos. Partid á Córdoba, que no me muevo de aquí hasta que hayáis desaparecido.

El conde y el capitán se saludaron, y poniéndose al frente de sus mil caballos, marchó aceleradamente sin que nadie se lo impidiera. En cuanto al Temerario, solo, á doscientos pasos de los suyos y á la mitad de los del infante, vuelto de espaldas á éstos, permaneció hasta perder de vista á los de Wamba. Poniéndose luego á la cabeza de su escolta, continuó su camino muy despacio, dando á la vez á sus caballeros algunas órdenes.

D. Juan, en el momento que se halló libre de la mirada del Temerario, corrió y se confundió entre sus parciales que aún



...permaneció hasta perder de vista á los de Wamba.

seguían parados, rodeando ahora á su señor; estaban á la misma orilla del camino, de modo que Lara tenía que pasar rozándose con ellos; mas el intrépido mancebo, sin que le arredrase el excesivo número, llegó á los de D. Juan, levantó su lanza en actitud hostil, y viendo que aquéllos permanecían inmóviles, siguió caminando lentamente con la mirada y acción amenazadoras hasta que pasó de la línea que formaban aquéllos. Los suyos, imitando á su jefe y envalentonados por sus propios bríos y con los que les prestaba la actitud pasiva de los de D. Juan, amenazaban también con la acción, la sonrisa y hasta con las manos. No obstante todo esto, ni el infante ni los que le obedecían se movieron. Cuando Pedro estuvo á quinientos pasos de aquéllos, gritó:

—¡A escape, que esa gente no quiere pelear con vosotros! Y corrieron otra vez en dirección del Saucejo.

Estaba anocheciendo y se hallaban Lara y los suyos acampados en un espeso bosque de olivos situado á la orilla izquierda de un ancho sendero que desde media legua antes de Alcalá de Guadaira partía en dirección de Osuna. El camino real distaba del sitio donde descansaban los de Pedro solo unos doscientos pasos, y se hallaban ocultos de las miradas de los pasajeros por la espesa enramada y el gran declive del terreno. En morrales sujetos á los árboles comían el pienso los caballos, y los jinetes, unos en pie y otros sentados en el suelo, devoraban unos fiambres cordobeses, entretenidos á la vez en mirar un manso arroyuelo de aguas cristalinas que se deslizaba tranquilamente por el terreno donde estaban. El conde cogió un pedazo de pan y un trozo de ave, marchó á la orilla del camino real, y apoyado en un formidable olivo, observaba con atención á los transeúntes que se dirigían desde Córdoba á Sevilla. Comía, meditaba y escudriñaba cuanto se presentaba á su vista y le permitían los celajes de la noche que principiaban á extenderse por el espacio. De pronto vió nuestro joven dos hombres á caballo que, con trajes de paleta marchaban hacia Sevilla; mas veinte pasos antes de llegar al sitio donde estaba Pedro, se detuvieron y

dijo el que iba á la derecha de su acompañante:

—Ese es el sendero que debes tomar, y que te llevará á Osuna y luego al Saucejo.

La voz y acción del que hablaba, no correspondían al traje; así es que Lara se ocultó bien tras del árbol donde estaba apoyado y escuchó. El otro paleta replicó:

—Señor, os advierto que llevo poco dinero y acaso tenga que ganar gente y necesitare mucho oro.

—¡Maldita ambición!—exclamó el primero.—Es tu único defecto; sirves al rey bien; pero te haces pagar muy caro.

—Notad, señor, qué clase de comisión llevo, y que voy á un país donde no tiene enemigos Pedro el Temerario.

Al oír estas palabras, el conde desenvainó su espada. El primero de los dos paletos sacó un bolsillo, y alargándoselo al segundo, añadió:

—Toma, y cuenta con que D. Alonso te mandará ahorcar si no nos llevas noticia exacta de lo que pasa en Osuna y el Saucejo; ya has visto cómo en Córdoba hemos averiguado la cita de la reina y de Lara, y hasta los pensamientos de D. Sancho.

No pudo continuar; al acabar de expresar esta palabra, se bajó la celada el Temerario, dió un salto parecido al de la pantera, se echó sobre los dos jinetes, y sin dejarles tiempo para nada, cogió las bridas de los caballos, las sujetó con una mano y con la otra alzó la espada, exclamando:

—¡Ay del que se mueva ó espolínee á su potro! Y alzando más su terrible acento, gritó con voz que se oyó á quinientos pasos:

—¡A caballo!, ¡á mí, Rodrigo!

Los dos jinetes, pero muy particularmente el primero, repuestos instantáneamente de su sorpresa, hicieron un esfuerzo prodigioso, clavaron las espuelas con gran furia en los cuadrúpedos, hasta el punto de que éstos quisieron arrancar, dando un salto feroz; mas el Temerario sufrió sin moverse el atroz empuje de las fieras y dió á sus amos con el canto de la espada dos golpes en la cabeza, que los dejó sin sentido, y ni los caballos ni los jinetes volvieron á moverse, aprisionados por aquella mano de hierro.

Un minuto después comenzaron á llegar individuos de la escolta de Lara, el cual dijo á los primeros que se le acercaron:

—Bajaos tres, dad vuestros caballos, y que continúe el pienso y la comida. Y obedecido que fué, añadió á los desmontados:

—Coged á esos dos hombres, sujetadlos bien, y que vayan á Osuna entre vosotros. Y soltando el conde las bridas, envainando el acero y alzándose la celada, se aproximó cuanto pudo á sus dos prisioneros, intentando reconocerlos. Estos, al ver su rostro, exclamaron llenos de terror:

—¡El Temerario!

—¿Os asusta mi presencia?—les preguntó éste—, y añadió: Pardiez que á mí no me ha sucedido lo mismo la noche que entrásteis en mi prisión á leerme la sentencia de muerte, señor juez, secretario y espía del más vetusto de los monarcas. ¡Guay si yo mando que os la lean á vos! Por María y la Cruz, que aun cuando vuestras cadenas sean más delgadas, no conseguiréis hacer con ellas lo que yo con las que me amarrásteis vosotros. Esto dijo el conde al primero de sus prisioneros, y seguido de éstos se dirigió al sitio donde estaba el resto de su escolta.

Media hora después caminaban todos en dirección de Osuna, á donde llegaron ocho horas más tarde, alojándose en el opulento palacio de Lara, incluso los dos prisioneros, que ocuparon una de las habitaciones subterráneas.

Pedro entró en uno de los aposentos del alcázar seguido de su fiel escudero, se sentaron ambos, preguntando el primero al segundo:

—¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia, mi querido Lázaro?

—Nada de particular, Pedro; las obras del castillo del Saucejo quedarán concluidas esta semana, y tendrás entre esas ásperas rocas la primer fortaleza de Castilla; el convento de San Basilio, con su magnífica iglesia, se terminarán con la brevedad que permita su difícil construcción, y tu Fátima, esa hermosísima y virtuosa mujer, está buena, te ama cada vez más y es digna del acendrado cariño que tú la profesas.

Lara miró á su escudero con la ternura

de que era capaz, se aproximó á él cuanto pudo y le dijo:

—¡Con que la has visto, amigo mío!, háblame de ella. ¡Oh, cuánto la amo!

—Sí, Pedro, la he visitado tres días durante tu ausencia; la pobre niña me lo ha agradecido mucho y me ha rogado reiteradas veces que vaya á verla á menudo. Ya se ve, como yo la he dicho que eres mi hijo, siempre que voy se sienta á mi lado, me coge una mano y me contempla con un cariño filial que encanta. ¡Qué ojos tiene, Pedro, qué ojos! ¡Y qué manos! Su piel es más fina que la seda! Vamos, desde que me dijiste quién era y la he visto, la quiero casi tanto como á tí!

—¿No es verdad que es muy hermosa?

—¡Pardiez, si es bella! ¡No tiene igual en el mundo! Su rostro parece el de un ángel, y como le acompaña todo, forma un conjunto perfecto, el cual es preciso ver para apreciarlo y admirarlo.

—Me has dado un buen rato, mi leal amigo, el que te voy á pagar con una noticia que tú no esperas.

—¿Es buena?

—Sí; me la vas á agradecer mucho.

—¿Se refiere á mí solo?

—No; á tí y á mí.

—Pues bebamos una copa de Jerez y dame esa alegre nueva.

Y apurando cada uno el contenido de aquéllas, le dijo Pedro á su compañero:

—Por desgracia naciste plebeyo, mas por tu suerte, te dió el cielo un valor y lealtad dignos del hombre más bizarro; así es, que de simple peón llegaste á escudero de mi padre y mío, prestándonos á ambos muchos y buenos servicios, á la vez que al trono de tu rey y á tu patria. Por María y la Cruz, que tienes muertos más moros que cicatrices hay en tu agujereada piel.

—Es que á tu lado, Pedro, no se puede hacer otra cosa.

—Bien; mas no todos los que me han seguido han podido igualarse á tí, á pesar de tus cincuenta y seis...

—Cincuenta, Pedro, cincuenta nada más.

Este se sonrió de la interrupción del escudero, y continuó:

—Cincuenta y pico; ¿no es eso?

—Cincuenta y días.

—Sí, y muchos días; pero esto no merece que cuestionemos. Decía, pues, que ha lle-

gado el momento de que sean premiados como merecen tu acrisolada lealtad y honrosos hechos de armas. Plebeyo cordobés, tu rey te ha dado un título de nobleza, tienes ya un escudo de armas y eres dueño de mi señorío de Marcia, con sus rentas y prerrogativas, cuya cesión ha confirmado Su Alteza, y hé aquí los títulos de ambas mercedes, caballero Rueda.

El ex escudero cogió los pergaminos que le alargaba su antiguo señor, los dejó sobre una mesa que tenía al lado, y respondió:

—Gracias, noble conde.

—Parece que los recibes con frialdad.

—No, amigo mío, la acción es digna de tí y te la agradezco como ella se merece; mas como yo no he de habitar mi nuevo estado, ni he de dejar de ser tu padre, ni me he de separar de tu lado á excepción de lo puramente indispensable, hé ahí por qué no he recibido tan gran merced con el placer que tú suponías.

—Sí, pero mañana te casarás, tendrás hijos...

—¡Bah, quién piensa en eso!; más probable es que muera á manos de un moro ó de cien, y que siga el resto de mi vida obedeciéndote como hasta aquí.

—Vivirás siempre á mi lado, es verdad; mas has dejado de ser escudero para ostentar cerca de mí tu nobleza y señorío. Pero hablando de otra cosa, veo que el día avanza y antes de la noche he de visitar á Fátima. Haz que me sirvan aquí el almuerzo; descansaré una hora, y luego partiré.

—¿Es así como empiezo á ser señor de Marcia?

—Tienes razón; ya me había olvidado de tus títulos y honores.

—Se me figura que no te has de acordar muy á menudo.

—También es verdad; mas despacha y almorcemos pronto.

Un cuarto de hora después, y cuando se hallaban trinchando una ave el antiguo y el nuevo señor de Marcia, entró un criado y anunció al primero la llegada de Ali.

—Que pase al instante—gritó el Temerario agitado y fuera de sí.—Y viendo al africano que se acercaba, le preguntó:

—¿Qué ocurre, Ali? ¿Qué sucede en el palacio de Fátima?

—Tranquilízate, señor; nada hay de particular, sino es que, sabiendo mi señora que habías llegado, me mandó saludarte en su nombre y darte la bienvenida.

Y trocando Lara su sorpresa en admiración, preguntó al negro:

—¿Y cómo ha adivinado tu señora mi arribo aquí?

—Señor, en cumplimiento de tus órdenes hemos establecido entre tu escudero y yo una línea de vigías que, prolongándose cuanto es necesario y por medio de hogueras, supimos cuándo llegaste á Córdoba y cuándo regresaste á Osuna. De este modo tendrás conocimiento del daño que pudiera amenazar á tu amada, para lo cual es indispensable que nosotros averiguemos donde tú te hallas.

—Es decir, que la línea que yo os mandé establecer desde Mollina aquí...

—Nosotros la hemos extendido hasta donde tú vayas.

—Me gusta el pensamiento, lo apruebo y á ambos os doy las gracias. ¿Mas habréis tenido que luchar con muchas dificultades para dilatar tanto vuestro observatorio?

—No, todo era cuestión de hombres y de dinero; los primeros sobaban, y como mi señora y tú sois tan ricos, nos ha sido bien fácil llevar á cabo la idea.

—Muy bien. ¿Está Fátima contenta?

—No; suspira por la suerte de su padre, y llora por tí; ¡es tan buena!...

—No hablemos de eso, Ali; sal, dí á don Rodrigo que monten veinte jinetes de los que estén descansados, que te ensillen á tí un caballo y á mí otro, y espera, que antes de poco partiremos á Mollina.

Salió el africano, Pedro concluyó de almorzar, y luego le dijo á Lázaro:

—Esta noche dormiré aquí; pero no te cuides de mí para nada. Haz que inmediatamente y para cuando yo regrese de Sevilla, que será antes de ocho días, tenga armados, y en disposición de ir á la guerra, á todos mis montañeses; que no quede uno solo de los que puedan empuñar el acero sin alistar. Diles que la patria y su señor necesitan de ellos; que ha estallado la guerra, y que van á pelear á mi lado. Procura que lleven todos corazas y cascos de baqueta, y que nada les falte, Lázaro; recuerda que me quieren como á padre y

que debo velar por ellos con el más tierno interés.

—¿Con que estalló la guerra, Pedro?

—Sí, amigo mío; antes de quince días estaremos probablemente matando marroquies y partidarios de ese caduco Alonso, que tanto trabajo le cuesta dejar el mundo y la pingüe herencia que pienso arrancarle para su hijo D. Sancho.

—¡Bravo! ¡Ya se me crisan las manos del placer que me causa la noticia! Supongo que yo iré también.

—Señor de Marcia, vos mandaréis la vanguardia.

—Es decir...

—Quiero decir que ya no irás á mi lado, escudero de ayer; pero ya nos juntaremos durante la pelea. Dispón cuanto te he mandado, y hasta la noche.

—Dí á Fátima lo que quieras de mi parte.

Poco después caminaban, Alí delante, en pos el conde de Lara, y detrás veinte briosos jinetes, en dirección todos de Mollina, á donde llegaron cuatro horas después.

Fátima esperaba á su amante en uno de los miradores de su palacio que daban frente al camino de Sevilla. La infeliz huérfana suponía con razón que el conde no la haría aguardar mucho tiempo, habiendo regresado á Osuna; su palpitante corazón le indicaba la veloz carrera que llevaba el doncel y los sitios por donde iba pasando, hasta que, por último, distinguió en lontananza aquel manto blanco y aquella roja cruz que tanto hacían suspirar á la hermosísima huri. Fátima alzó los ojos al cielo, rodaron por sus bellísimas mejillas dos lágrimas más cristalinas que el rocío de la mañana, exclamando:

—¡Gracias, madre mía, sigue rogando á Dios por tu hija querida! Y se dirigió pausadamente á la escalera principal del palacio, donde esperó á su amante.

Muy poco después entraron á escape tendido en los patios del alcázar veintidós caballos haciendo estremecer el pavimento de mármol con el fuerte choque de sus férreas herraduras. Pedro el Temerario se tiró de un salto, arrojó su lanza, dió á Alí su yelmo, y corrió por la escalera principal en busca de su adorada. A los diez segundos se estrecharon los dos amantes, exclamando:

—¡Pedro!...

—¡Ángel mío!...

Y cogidos de las manos se fueron al gabinete de la damasquina y se sentaron en un diván. Acto continuo entró Alí, se dirigió á uno de los rincones de aquella estancia, y recostándose con indolencia africana sobre una alfombra y un cojín, le dijo á Pedro:

—Señor, ten paciencia si te incomoda el pobre Alí; mas quiere mi señora que permanezca á su lado, exceptuando el tiempo en que duerme y el que emplee yo en ir y volver á tu palacio.

Los dos amantes se sonrieron al ver la rigidez con que el valeroso negro cumplía los encargos que le daba su ama, y sin cuidarse para nada de su presencia y enlazadas sus manos derechas, preguntó la encantadora musulmana:

—¿Cuánto tiempo vas á permanecer á mi lado, bien mío?

—¡Ay, Fátima!, una sola hora, un instante, que pasará con la velocidad de una ráfaga.

—¡Es posible! ¿Por qué has venido entonces?

—He llegado aquí por verte, por contemplar tu faz arrebatadora, por estrechar tu mano de ángel, por abrasarme en el fuego celestial de tus ojos, por respirar ese purísimo aliento, más suave y embriagador que los perfumes del Oriente, donde tú has nacido, y por decirte, en fin, que te amo más que nunca y que necesito escuchar tu mágico acento para poder esperar el corto tiempo que me resta sin ser tuyo, sin que seas mía.

—¡Una hora, Pedro!, ¿sabes tú lo que es una hora?

—Sí, Fátima; á tu lado, un momento más dulce que el placer; lejos de tí, un siglo eterno salpicado de sinsabores, disgustos y malestar.

—¡Ingrato!, y sabiendo lo que es una hora, ¿por qué has venido? ¿Para qué me has engañado?

—De no verte hoy, de no escuchar tu voz, Fátima, ¿cómo había de poder mañana vencer á mis enemigos, combatir los peligros que me rodean y salir triunfante de todo?

—¿Y te basta ese corto instante para ver-

me, adquirir fuerzas y presentarte con brío ante tus contrarios?

—Fátima, si pudiera ser, pasaría los años que me restan de vida así, contemplándote, estrechando tu mano, aspirando tu aliento y bendiciendo á Dios que tan hermosa te ha hecho; y las horas, los días, las semanas, los meses y los años cruzarían como el frágil y ligero soplo de la brisa, dando envidia con mi dicha á los habitantes del paraíso. Mas ¡ay, Fátima!, cada momento que permanezco ocioso á tu lado, prolonga el tiempo que falta para nuestra unión; cada instante que me detengo aquí, da bríos á mis contrarios, más lugar para aprestarse á la lucha, y cuenta, amiga mía, que son muchos y que saben cuánto ganaría su causa con mi muerte.

—Pedro, ¿qué horrible lucha es esa que me hace estremecer? ¿Cuándo querrá el cielo que te vea sin enemigos?

—Eso, nunca; los perversos siempre serán contrarios míos; mas si Dios me ayuda, en breve comenzaré y daré fin de la guerra civil que ha estallado en los reinos de Castilla y de León, y entonces seré tuyo y nada más que tuyo.

—¿Y crees salir triunfante de esa nueva pelea?

—Sí.

—Pero tú, Pedro, eres valiente hasta la temeridad y desafías el peligro, y todo es poco para tu inimitable osadía.

—En esta ocasión conozco bien á mis contrarios, y aun cuando son muchos y lucharán hasta perecer, estoy casi seguro de la victoria; pero cada instante que pierda podrá perjudicarme mucho en el estado á que han llegado las cosas.

—Pues no aguardes á que concluya la hora—dijo Fátima con resolución—; marcha á la guerra y vive persuadido que si mueres, dejaré yo de existir, y si vuelves triunfante, yo añadiré á tu corona de héroe las flores de mi amor.

—¿Nada temes entre tanto?

—No, solo puedo perder la vida; mas viva ó muerta, á tu regreso seré digna de tí.

Todavía cruzaron los amantes algunas palabras; después dió varias órdenes Pedro al leal africano, partiendo en seguida con la misma rápida carrera que había llevado. La inconsolable huri volvió al mirador, y desde allí contempló largo tiempo

el manto blanco y la pluma encarnada del conde, agitados por el viento y la velocidad de su caballo. Después tornó á sus habitaciones triste, pero resignada con su suerte; el corazón de esta hija de la Siria era tan fuerte como el de un valeroso doncel. La infeliz vivía ahora en su alcázar como el reo en la prisión: ni le halagaban las flores, ni la distraía la música, ni el coral de sus labios presentaba el más leve asomo de alegría. Aquella mansión tan opulenta, animada y rica, se había trocado en el austero encierro de una huérfana guardada por ochenta soldados y acompañada de un negro y cuarenta mujeres, entre doncellas y esclavas. ¡Pobre paloma acechada por el terrible milano, que intentaba hacer presa de ella con sus negras y manchadas uñas!

Pedro el Temerario arribó sin impedimento alguno á su palacio de Osuna, entró y se sentó á la mesa; después llegó Lázaro y le entregó varios pergaminos que habían encontrado al reconocer á uno de sus dos prisioneros. El conde los leyó, brilló en sus ojos la alegría, concluyó de comer, se quitó su pesada armadura, y cubriendo el cuerpo con una túnica negra y un gorro del mismo color, pasó al salón principal de su alcázar, se sentó en un semiregio sillón, é hizo que le entrasen y dejasen solo con aquel de los dos presos que, al parecer, obedecía á su compañero. Este llegó á cuatro pasos de distancia de Pedro, sujetas sus manos con esposas. Pedro le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señor.

—¿Ignoras que puedo meterte en un tormento y después mandarte ahorcar?

El preso, agitado por un temblor nervioso, le contestó:

—No, señor.

—¿Y sabes también que yo no amenazo nunca sin que acto continuo lleve á cabo lo que he ofrecido?

—¡Tened piedad de mí, gran señor! Yo haré lo que vos queráis. Compadecedos, noble conde, de mi pobre mujer y de los cuatro hijos que dejaré á perecer si muero.

—¿Por qué no miraste eso antes de convertirme en un malvado espía?

—Señor, he tenido que obedecer las órdenes del rey á quien sirvo.

—¿Y si te hubiera mandado asesinar Alonso X, lo harías?

—Sí, señor.

—¡Luego eres un malvado que te prestas al crimen!

—¡Si el rey lo mandal...

—Se deja uno matar por el rey antes que desobedecer la ley de Dios. Villano, solo el cobarde asesino hiere traidoramente como tú; mas ha llegado el instante terrible en que te va á juzgar el señor de vidas y haciendas de esta comarca, á quien tú venías á vender, á espiar y entregar á sus enemigos.

El preso cayó á los pies de Lara, exclamando:

—¡Piedad, señor! Concededme la vida, y os juro pasar el resto de ella donde y como vos me ordenéis.

—Solo hay un medio de que yo te perdone y puedas recobrar tu libertad.

—Hablad, señor; sea el que quiera, lo acepto.

—Dime la verdad de todo cuanto yo te pregunte y te concedo la vida; pero si me engañas ó desfiguras algo en tu relato, te mando ahorcar inmediatamente.

—Preguntadme, señor, que no omitiré nada.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Laguna.

—¿Qué oficio ú ocupación tienes?

—Soy criado de S. A. el rey D. Alonso.

—¿Cuánto tiempo hace que saliste de Sevilla?

—Quince días.

—¿Dónde has estado ese tiempo?

—En Córdoba, á excepción del que hemos perdido en el tránsito.

—¿Qué has hecho en la metrópoli de D. Sancho IV?

—Ganar un criado de doña María Alfonso de Molina y llevarlo á la presencia del secretario de D. Alonso.

—¿Cómo se llama ese criado?

—Pérez.

—¿Qué os ha contado?

—Todos los planes de su amos y vuestra cita con la esposa de D. Sancho.

—¿Cuánto te costó ganar á ese hombre?

—Quinientos ducados.

—¿Qué mas hiciste en Córdoba?

—Espiaros y seguiros á Osuna.

—¿Los dos, ó tú solo?

—Yo únicamente.

—¿Y el secretario, dónde iba?

—A Sevilla.

—¿A qué?

—A dar cuenta al rey de los planes de su hijo.

—¿Y tú, qué proyecto traías aquí?

—Yo, señor...

—Si mientes, te mando arrancar la lengua ahora mismo.

—Yo, señor conde, debía penetrar vuestros secretos, seguiros á todas partes y dar continuamente aviso al secretario de cuanto hiciéseis ó tratáseis de hacer.

—¿Qué más?

—Solo eso, gran señor.

—¿Es decir, que el secretario y tú sois dos espías de Alonso X?

—Obedecemos al rey, señor.

—¿Has hablado de espionajes con el anciano monarca?

—No, señor; es el secretario únicamente el que merece esa honra.

—¿Cuánto tiempo hace que le servís así?

—Yo, muy poco; el secretario ha muchos años que se ocupa de eso.

—¿Sabes tú las horas y ocasiones en que trata con el rey de esos asuntos?

—Siempre que S. A. lo llama ó él tiene necesidad de verle, sea la hora ó el momento que quiera.

—¿Y si D. Alonso está ocupado?

—Para él nunca lo está.

—¿De qué medio se vale entonces para llegar cuando quiere cerca del rey?

—En la galería del N. del real Alcázar, existe una escalera angosta que comunica con el piso principal; al finalizar ésta hay un pasillo estrecho, y al extremo una puerta, cuya llave tiene el secretario y con la cual abre y penetra en un saloncito separado solo por un tabique de la cámara donde constantemente está S. A., y cuyo gabinete tiene otra puerta secreta. El secretario da un golpe disimulado en ella é inmediatamente llega el rey hasta allí, despidiendo antes con un pretexto cualquiera á las personas que le rodean, sin reparar en clase ni condición.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Señor, el secretario ha tenido que valerse de mí varias veces y no ha podido prescindir de enterarme de todo; soy el único que conoce ese misterio en palacio.

Pedro quedó meditando largo rato, volvió á brillar en su rostro una mal disimulada alegría, y cuando hubo concluido, llamó á Lázaro y le dijo:

—Que lleven á ese hombre á la prisión; si continúa diciendo la verdad, regresará á su casa; pero si llega á mentir, le mandas un sacerdote y media hora después al verdugo de Osuna. Que suban al otro preso, y cuando esté aquí, te sientas á mi lado, señor de Marcia.

Poco después volvió Rueda y quedó junto, al sillón de Pedro, sin que éste consiguiera que se sentase. El otro prisionero entró acto continuo, atadas las manos, in-

cerca de mí con una comisión funesta; y os advierto que yo oigo, juzgo, fallo, y en el acto se lleva á cabo la sentencia; sed, pues, verídico y no añadáis la mentira á vuestros anteriores delitos.

Calló Pedro, miró al espía, y viendo que continuaba en su actitud anterior, le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Pablo de Mendoza.

—¿Qué empleo, destino ú ocupación ejercéis?

—Soy secretario de S. A. el rey D. Alonso X y miembro de su Consejo privado.

—¿De dónde veníais cuando os encontré en tierra de Alcalá?

—De Córdoba.

—¿Qué hicisteis en esa ciudad?

—Desempeñar una misión secreta que me encargó S. A.

—¿Cumplisteis fielmente las órdenes de vuestro soberano?

—Sí, señor.

—¿Le habéis dado aviso de ello?

—Se lo llevaba ahora yo.

—¿Qué encargo os dió el anciano Alonso?

—No puedo contestaros á esa pregunta.

—¿Por qué?

—Porque soy leal á mi rey.

—Y muy reservado.

—Sí, señor.

—Pero poco precavido.

—No os comprendo, señor conde.

—De nada os sirve callar la honrosa misión que acabáis de desempeñar en Córdoba, puesto que tuvisteis la imprudencia de escribir lo que os mandaron hacer y cuanto habéis practi-

cado en virtud de esa orden, y esos documentos, con otros más preciosos aún, han caído en mi poder.

—No me era posible prever el encuentro que he tenido con vos en el camino de Sevilla.

—Eso prueba lo poco astuto y precavido que sois, como os he dicho antes. Vuestro octogenario señor conoce los astros mu-



... el otro prisionero entró acto continuo...

clinada la frente y como resignado con su triste situación. Lara le dijo:

—Tengo el mando en jefe de toda esta comarca; soy además señor de ella, y como representante de D. Sancho IV, como señor de vidas y haciendas, os voy á juzgar. Sois un espía de los enemigos de mi rey y escuché la orden que dábais á un asesino que os acompañaba, al cual enviábais

cho, más que á los hombres, y esto ha dado lugar á que se equivoque con harta torpeza al juzgar la capacidad y el entendimiento de su espía Pablo de Mendoza.

—Es decir, que soy un ignorante; ¿no es eso?

—Exactamente; y tan necio como malvado.

—No creo haber dado motivo, señor conde, para que me tratéis de ese modo.

—Tenéis razón; no merecéis que me digne dirigiros la palabra. Suponiendo un amor y respeto que jamás tuvisteis al viejo Alonso, y por solo una mira egoísta y menguada, os amoldáis á las exigencias y comisiones más bajas del mundo é indignas hasta del plebeyo más desgraciado. Sin violencia alguna, y despojándoos de la dignidad que debíerais tener, descendéis del elevado puesto de consejero para espíar al hijo de vuestro señor y á cuantos aborrece D. Alonso. Es verdad que tal amo no merecía otro criado. Sé cuanto habéis hecho en Córdoba; tengo pruebas irrecusables de ello; poseo la preciosa llave que os franqueaba el paso hasta llegar al gabinete secreto del viejo rey de Sevilla, y sé, en fin, más aún de lo que esperaba y de lo que á vos os convenía. Si fuéseis hombre de valor y digno de luchar conmigo, os mataría en el campo; pero esto no puede ser. Si no estuviese revestido con el carácter y consideraciones que mi rey ha tenido á bien conferirme, os arrojaría por ese balcón, como hice con el alcaide de Osuna y con otros traidores. Mas ya que nada de esto es posible, os condeno á una obscura prisión, interin dure la guerra civil, que ya ha comenzado, y cuando ésta concluya os entregará á la execración pública, para lo cual os pondré en libertad entonces. ¡Salid de aquí!

El prisionero quiso hablar, mas Pedro se lo impidió con un ademán imperativo, volviéndole luego la espalda y retirándose de allí con su amigo Lázaro. Cuando éstos hubieron salido, le dijo el primero al segundo:

—Haz que inmediatamente reconozca Laguna esa llave pequeña que habéis encontrado entre los pergaminos de Mendoza; y si aquél dice que es la del gabinete secreto de Alonso X, tráemela en seguida; y en cuanto á esos dos espías, que los lle-

ven bien custodiados á las prisiones de mi castillo del Saucejo. Acto continuo, se retiró á su alcoba, le desnudaron, y se acostó tranquilamente.

Poco después regresó Lázaro y le dijo:

—Laguna asegura que es la misma llave que tú suponías; en consecuencia, aquí la tienes.

—¿Y los presos?

—Van á salir para la montaña.

—Haz que me entren una cota de malla, un traje completo de selvícola, mi bastón-lanza, una daga, oro y los pergaminos hallados á Mendoza. Mi escudero Andrés Correa se proporcionará un traje igual y provisiones para veinticuatro horas; dile que me va á acompañar y que hemos de andar á pie catorce leguas sin detenernos en población alguna. Me despiertas, Lázaro, á las tres, y mientras yo regreso de Sevilla, dispón el vestuario y armamento de mis montañeses y todo lo necesario para partir á la guerra; que nadie sepa dónde voy hasta mi regreso. Ahora déjame descansar.

Un cuarto de hora después dormía el Temerario, mientras sus dos prisioneros salían de Osuna bien amarrados y custodiados para su castillo del Saucejo. Rueda pasó la noche en vela, dando órdenes y preparando á su amigo y antiguo señor lo necesario para su marcha. A las tres despertó éste, le ayudó á vestir, se estrecharon las manos y el conde de Lara, forrado de malla y cubierto con un traje de los que usaban los hijos de la selva, llevando en la diestra su terrible bastón-lanza y en el cinto una formidable daga, partió de allí, seguido de su escudero Correa.

Aún no había amanecido, y por caminos excusados, senderos desconocidos, cortando montes y evitando tocar en poblaciones, caminaba el noble conde de Lara, llevando su rostro, melena y barba tan recatadas como era posible. A las ocho de la mañana se sentaron amo y escudero cerca de un manantial de agua cristalina que salía por entre las grietas de una roca, almorzaron tranquilamente y volvieron á emprender su caminata. El valeroso joven andaba á las siete leguas de jornada, y á pesar de lo escabroso del terreno, con la misma ligereza y soltura que al salir de Osuna.

A las dos de la tarde comieron otros

fiambres cerca de un arroyo, y cuando concluyeron, le dijo Pedro á su escudero:

—Nos faltan tres leguas para llegar á Sevilla; es preciso ir despacio y con precaución, pues nos hallamos rodeados de enemigos.

Y continuaron su viaje con más calma, entregado Pedro á profundas meditaciones, y observando Andrés en torno cuánto alcanzaban sus ojos.

A las seis y media, y en los momentos en que el sol se escondía detrás de las cordilleras occidentales de Sevilla, dieron vista á la capital y luego al palacio de Lara, cuyas murallas, como saben nuestros lectores, estaban pegadas á las de la ciudad. El conde y su escudero entraron por un portillo sin ser molestados ni detenidos por nadie, y á poco penetraron en su Alcázar, después de ser reconocidos por su vigilante guarnición.

Pedro estrechó afectuosamente á Rodrigo, mientras que su anciano mayordomo y amigo lo contemplaba con una ternura casi paternal, demostrándole á la vez con cariñosas frases el placer que había experimentado al saber por Lázaro el merecido castigo que recibieron los Castros y lo bien que libró en casa de Mahomad Zegrí. Después le habló de Fátima, y admirado Pedro de que Rodrigo estuviese enterado de todo cuanto le ocurría, le dijo:

—Veo, amigo mío, que el nuevo señor de Marcia os escribe diariamente, y no tiene para vos secreto alguno.

—Lázaro, señor conde, os quiere como yo, y ambos hace veinticinco años cuidamos de vuestra hacienda é intereses y tenemos necesidad de estar en continuas relaciones; sois muy rico, y la administración de vuestro fabuloso patrimonio nos obliga á sostener tal correspondencia, ya que no nos es posible vernos á menudo; y cumpliendo Lázaro con la palabra que nos hemos dado, me entera, además de todo cuanto tiene relación con vos, pues ya sabéis que participo de vuestros pesares y de vuestras alegrías, y que os quiero como á un hijo.

—Gracias, noble amigo; fuisteis el compañero íntimo de mi padre, mi sabio maestro y el mejor administrador de mis bienes. Yo también os quiero y os respeto; y si siento que Lázaro os haya enterado de

los terribles acontecimientos que han amenazado á mi existencia, es sólo porque me ha quitado el placer de que yo os lo cuente. ¡Mas no veo á mi tío, ni me decís nada de él! ¿Está enfermo, ó ha salido?

—No, señor conde; D. Juan de Lara, que tiene vuestra sangre, arrojo y valentía, hace cuarenta y ocho horas que ha caído en poder de Alonso X.

—¿Qué decís!... ¿Lo ha muerto? ¡Hablad por Dios!

—Lo tiene encerrado, según acabo de saber, en el mismo calabozo en que vos estuvisteis.

—¿Pues cómo se ha dejado coger por sus enemigos?

—Han hecho con él lo que con vos. Valiéndose sus contrarios de una traición y arrojándosele cien hombres, le cogieron desprevenido, le desarmaron, y amarrado como á vos se lo llevaron á palacio y lo guardaron en el mismo calabozo.

—Enteradme minuciosamente de todo.

—Vuestro tío, cumpliendo fielmente vuestras órdenes, visitaba á menudo los demás castillos sublevados; enteraba á sus dueños de cuantos partes recibía de vosotros; ganaba gente, y trabajaba en fin por la causa de D. Sancho con un interés, valor y energía propios de un Lara. Según me había manifestado, hacía ya tiempo que nuestros parciales de Sevilla desconfiaban de D. Nuño Carbajal, pues supieron que varias veces entró en su palacio el consejero Mendoza, privado de D. Alonso; así es que ninguno de los nuestros quiso asistir á las citas que aquél les daba, pretextando siempre enfermedades ú ocupaciones. Hace cuatro días, como á las diez de la noche, se reunieron aquí todos menos Carbajal, y se enteraron del pliego que vos mandásteis, relativo á la conducta del infante D. Juan, desembarco del rey Jacob y del plan adoptado en Córdoba; se pusieron de acuerdo, y convinieron en apoyar vuestros intentos. Luego hablaron de D. Nuño, asegurando unos que se había pasado á D. Alonso, dudando otros y desconfiando todos. Vuestro tío cortó el debate ofreciendo ir á visitarle y averiguar la verdad aun cuando tuviese que sacarle las palabras á estocadas. A esto se opusieron la mayor parte; más D. Juan, que siendo Lara tiene algo de temerario, no desistió

de su empeño, despidió á los grandes, y á la noche siguiente salió del palacio, entró en el de D. Nuño, y aún no le he vuelto á ver. Cuentan que le franquearon la casa de Carbajal, y que cuando se hallaba esperando á éste en uno de sus salones, se echaron sobre él por la espalda muchos soldados, que, sin darle tiempo para defenderse, lo desarmaron, amarrándolo bien y conduciéndolo entre guardias á las prisiones del palacio real. Ignoramos si le están formando causa ó no; pero nuestros espías aseguran que no lo han muerto, ni hasta ahora han hecho otra cosa que asegurarlo bien. El rey teme á vuestra familia, y es probable que no atente contra su vida por miedo á las consecuencias. Los grandes, llenos de indignación, esperan vuestra anunciada visita para determinar.

—Muy bien; ya me tienen aquí; mas la noticia de mi llegada la han de recibir con asombro. Rodrigo: para las nueve, la cena; para las diez, un traje completo de guerra con manto negro, y para media noche, camas para mi tío y para mí; me acompañará mi valiente escudero Andrés Correa con igual traje al mío.

—Señor conde, ¿no habéis venido á pie?

—Sí.

—¿Luego anduvisteis catorce leguas hoy?

—Sí.

—Descansad esta noche, y mañana...

—Rodrigo de Haro, hasta que mi tío esté en el Alcázar no duermo.

—¡Y os váis solo, rendido por el cansancio y la fatiga, á salvar á D. Juan, que está entre seis mil hombres de armas! Eso no puede ser.

—Solo y cansado lo salvaré esta noche, anciano, que para eso me llaman Pedro de Lara y el Temerario del Saucejo.

—Señor conde, por la memoria de vuestra madre...

—Por ese sagrado recuerdo, y por María y la Cruz, juro marchar al palacio del viejo Alonso á las diez de esta noche. Ya está dicho y jurado, y aguardo la cena, que la noche avanza y deseo partir.

Nada se podía replicar á estas palabras, expresadas con una resolución y voluntad intransigibles.

D. Rodrigo miró á Pedro con ternura, bajó la cabeza, y obedeció. Media hora

después él mismo le servía la cena, y luego le ayudó á vestirse.

No eran todavía las diez de la noche cuando Lara se guardó varios pergaminos, tomó la llavecita cogida al consejero Mendoza, se embozó, abrazó á Rodrigo, y se despidió de éste diciéndole:

—Voy de caza amigo mío, y no quiero que me la espanten; procurad que nadie, absolutamente nadie, salga del palacio hasta mi regreso. El que contraviniera á esta orden perderá mi favor y estimación.

Y el anciano bajó la cabeza, dejando rodar dos lágrimas por sus mejillas.

El valeroso joven hizo que el escudero se pusiera á su lado, y sin detenerse en nada ni para nada, se dirigió al real alcázar, cruzando Sevilla á paso de corzo. La noche estaba algo obscura, y las estrechas y solitarias calles de la capital, tan tristes como de costumbre. No había palacio, castillo ni casa fuerte que no tuviese sobre sus murallas una docena de arqueros, vigilando las avenidas de la vivienda de su señor. Parecía la hermosa Sevilla en estos momentos un negro montón de severos edificios, salpicados de inmóviles fantasmas. Ni voces ni ruido alguno se sentía, imitando aquel silencio de la regia ciudad la pavorosa tranquilidad de los cementerios.

Y por entre aquellas negras sombras, bajo la certera flecha de los arqueros, é interrumpiendo el silencio de las calles y plazas, caminaban el atrevido Lara y su escudero, marcando fuertemente sus pisadas y chocando unas con otras las plateadas piezas de su armadura. Llegaron á una calle que desembocaba frente al palacio real, y una voz robusta les gritó:

—¡Alto!

Pedro y su acompañante se detuvieron. El centinela volvió á gritar:

—¡Gente armada! Y tres minutos después se presentaron veinte hombres mandados por un jefe, que acercándose á Lara y dirigiéndole la luz de una linterna, le preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿Adónde vais?

Pedro y su escudero llevaban perfectamente cubiertos los rostros con las celadas, y sus cuerpos con mantos negros, que desde los hombros les caían hasta el

suelo. El primero no contestó nada; pero sin desembozarse sacó un pergamino y se lo dió al jefe de la tropa. Este miró la firma del escrito, se descubrió, lo leyó y con el mayor respeto se lo devolvió al Temerario, diciéndole:

—Señor, podéis pasar y entrar en palacio si gustáis.

—Sí: acompañadnos hasta la puerta. Y delante de Lara y de Andrés, alumbrándonos la calle, caminó el jefe, yendo detrás la tropa. Al entrar en el Alcázar, dijo el último á los de la guardia de palacio:

—Paso á un consejero de S. A.

Y los dos embozados penetraron en los patios, y pronto se perdieron entre las galerías y tortuosos pasillos del complicado edificio donde habitaba el rey sabio. No había sitio en toda la parte baja del Alcázar que no estuviese ocupado por gente de armas, que recostados sobre el frío mármol del pavimento, descansaban tranquilamente, pero conservando cerca de sí sus aceros. Con una calma y tranquilidad admirables fué Pedro de Lara reconociendo la tropa que allí había, á favor de la pálida luz que daban unos cuantos blandones que ardían en esta parte del edificio. Cuando hubo concluido sus investigaciones, se dirigió á la galería del Norte, vió una puerta pequeña, la empujó, y, cediendo á sus esfuerzos, entraron, volviendo á entornarla según estaba anteriormente; hallaron luego una escalera angosta, y subieron por ella hasta llegar al piso principal; frente al último peldaño había un pasillo estrecho alumbrado por una sola luz, y como á la mitad de éste, vieron sentado en un taburete á un criado del palacio; mas sin que la presencia de este hombre les detuviera, continuaron avanzando hasta incorporarse á él. El sirviente, que estaba medio dormido cuando entraron aquéllos, se levantó, descubriéndose, y, dejándoles el paso franco, le dijo al escudero de Pedro, tomándole por Mendoza:

—Bien venido, señor; me complace que lleguéis bueno...

Los embozados cruzaron por delante de él sin dignarse contestar nada; pero al llegar al extremo opuesto del pasillo se acercó Lara al oído de Andrés y le dijo muy quedo:

—Fingiendo la voz y con tono imperativo dí á ese criado que haga subir inmediatamente al alcaide y que espere tus órdenes ahí.

El escudero obedeció, y, mientras hablaba con el sirviente de palacio, sacó Pedro una llave pequeña, buscó el resorte de una puerta secreta, y, dando con él, metió la llave, y bien pronto cedió aquella dejándole el paso franco. Miró luego á la espalda y vió con placer que el criado marchaba á cumplir la orden que le dió Correa, y que éste volvía en busca suya. Ambos penetraron por el hueco que les dejó la puerta secreta, cerraron ésta y avanzaron sin hacer ruido alguno hasta llegar al centro de un saloncito ricamente alhajado y en el que ardían dos luces.

El espía Juan Laguna, cogido por Pedro en tierra de Alcalá, había dicho la verdad en el interrogatorio que le hizo el conde de Lara. Aquel desgraciado, amedrentado con las palabras y actitud del conde, declaró cuanto era menester, vendiendo con sus palabras al consejero Mendoza y hasta á su mismo rey. Comprendiendo esto el Temerario del Saucejo, brilló en su rostro la alegría, y acto continuo se dirigió al tabique que le separaba de la cámara real, lo reconoció, y observó que tenía mucho espesor, y que en el centro había otra puerta secreta. Con la mayor sangre fría se sentó, é imitando la letra del consejero, cuya muestra tenía delante, escribió la siguientes líneas:

«Alcaide: subid inmediatamente al prisionero Juan de Lara, sin aparato ni fuerza alguna; lo dejaréis suelto en ese pasillo, y os retiraréis á vuestra habitación, donde esperaréis mis órdenes.»

Acto continuo, estampó en otro pergamino estas otras frases:

«D. Nuño Carbajal se presentará á S. A. á las doce en punto de esta noche.—El rey lo manda.»

Cuando hubo concluido, cogió el primer pergamino, y dándoselo á su escudero le dijo:

—Ahuecando la voz, y con ademán y acento imperativos, sales, entregas esta orden al alcaide, y con la mano le indicas que parta al momento; cuando haya desaparecido, le das este pergamino al sirviente que espera en ese pasillo, encargán-

dole se lo presente á D. Nuño de Carbaljal, y que se retire á descansar, que por esta noche ya no le necesitas. Luego esperas en el mismo pasillo la llegada del alcaide y de D. Juan; despides al primero con otro imperativo ademán, y obedecido que seas, en dos palabras enteras á mí tío de lo que ocurre, y ambos me esperaréis ahí fuera. Dá tu capa al preso, estornuda cuando esté solo contigo, y no te olvides un sólo momento que te han tomado por el consejero Mendoza y que representas á éste. Cuando oigas próximos los pasos del alcaide y D. Juan, echas á andar hacia ellos como impaciente por la tardanza; esto lo haces para evitar las sospechas del primero, viéndote solo y parado en ese pasillo. Ahora marcha, y que Dios te ayude, mi valiente Andrés. Este salió, dejando Pedro la puerta secreta entornada para observar con satisfacción que tanto el alcaide como el criado obedecían las órdenes que les daba Andrés, tomándolo por el consejero Mendoza. Seguidamente cerró, y con la mayor serenidad se llegó al tabique que dividía su habitación de la cámara real, dió un golpe disimulado, y esperó.

Cinco minutos después oyó crujir el resorte de la segunda puerta secreta, y en el mismo instante apareció la extenuada figura de Alfonso X, que con cariñoso acénto, y creyendo que se dirigía á Mendoza, le dijo:

—¡Te aguardaba con ansiedad, mi querido Pablo! ¿Cómo te ha ido?...

No pudo continuar; Pedro de Lara cortó sus palabras, cerrando la puerta que el rey acababa de abrir, fijando delante de esta una pesada mesa con cubierta de mármol, y alzándose la celada, le respondió:

—En nombre de vuestro secretario y consejero íntimo, os doy las gracias; más éste se halla en mi castillo de Saucejo, mientras os viene ha visitar el conde de Lara, jefe absoluto del ejército del Sur y representante en esta comarca del valeroso rey D. Sancho IV.

El anciano monarca reconoció al Temerario, y retrocedió seis pasos, exclamando con voz balbuciente y una agitación nerviosa extremada:

—¡Me vas á asesinar!...

Lara se sonrió, y con la mayor dulzura le replicó:

—Si habláis bajo y estáis comedido en vuestras palabras, nada temáis, que ni he nacido para regicida, ni jamás he puesto la mano encima de un anciano. Sentáos, gran señor, serenáos, y ved sólo en mí á un Temerario con los fuertes; á un hombre tierno y compasivo con las mujeres y con los débiles.

La sangre fría del conde de Lara, su ilimitado arrojo, su talento, sagacidad y suerte, le iban conduciendo admirablemente al fin de una terrible escena que, de veinte veces empezada, sólo una podría salir bien. Mas si á él se le presentaba todo á medida de su deseo, no era únicamente por su suerte y osadía. Tuvo la fortuna de encontrar en los bolsillos del incauto D. Pablo de Mendoza, su prisionero, un seguro para penetrar en todas partes por orden del rey, un salvaconducto que le abría los caminos, y ponía á su disposición los soldados, una preciosa llave, y otros documentos de gran interés. Tan poderosas armas en manos de un hombre del talento y valor de Pedro, estaban lógica y naturalmente produciendo las consecuencias que era de esperar y que él se había propuesto. El atrevido mancebo tenía medido el camino que debía andar aquella noche; todo lo había previsto, y, seguro de triunfar, desarrollaba su intento matemáticamente. Es verdad que inesperados accidentes podían descomponer sus planes y hasta salirle al contrario de como él suponía. Para este caso contaba con la suerte, con su inimitable temeridad y con el arrojo y probado valor de su escudero Andrés. Pero dejémoslos de comentar, y sepamos pronto el fin que tuvo esta trágica escena.

Con la mayor cortesanía y afectada dulzura, hizo Pedro que se sentase el intranquilo monarca; cuando lo hubo conseguido, se arrellanó él también en otro sillón, y continuó diciéndole:

—Don Alfonso: un día llegué á vos en demanda de un acto de justicia; hasta entonces había sido un sostén de vuestro trono contra la morisca enemiga, y esto era otro motivo para que fuéseis conmigo justo, ya que no bondadoso. Es inútil que yo os recuerde vuestra torpe conducta é

inicia acción con el desgraciado huérfano que os amaba y que hubiera dado por vos su vida, sus tesoros y la sangre de sus soldados.

Calló Lara; el rey se limpió el sudor que bañaba su frente, y aquél continuó:

—Nací noble, con intenciones rectas é incapaz de cometer una villanía, y así he vivido los veinticinco años que pasé en el Saucejo; mas vine á la corte, respiré su corrompida atmósfera, me hirió vuestro ponzoñoso aliento, y he aquí al noble, al hidalgo, al incorruptible mancebo, que no puede defenderse de vosotros sino haciendo uso de vuestras mismas armas; es decir, de la astucia, de la sorpresa y hasta de la traición. Sin culpas, sin delito alguno y sin el más leve motivo me insultásteis queriendo empañar mi nombre, sepultándome en un oscuro calabozo y sentenciándome á muerte. ¿Qué había de hacer el león? ¿Dejarse matar como una oveja? No; debió, como lo hizo, romper sus cadenas, empuñar vuestras alevosas armas y con ellas batiros, venceros y exterminaros. Vos, que tanto elogiáis el talento, que tanto condenáis el poder de la fuerza bruta, como vos la llamáis, ¿cómo no comprendéis que aquel dón pudo otorgársele Dios lo mismo á vuestra regia cabeza que á la curtida frente del montaraz del Saucejo? Si despreciábais la fuerza de mi puño y la entereza de mi corazón, ¿por qué no mirásteis á la vez la nobleza de mi alma y la luz de mi inteligencia? Pues bien, astuto y sabio D. Alonso, el toscó montaraz ha burlado la vigilancia de vuestros centinelas, ha cruzado por medio de vuestros soldados, ha entrado en vuestra casa, se ha abierto todas las puertas, ha llegado hasta vos y os tiene asustado y temeroso de que con un soplo de su potente aliento aniquile vuestra débil existencia.

Calló Pedro, el rey volvió á limpiarse el sudor de la frente y con voz entrecortada le contestó:

—Ya es tarde para retroceder, Lara; os he conocido cuando no era tiempo de llamaros; me hallo fatigado y enfermo; os ruego que me digáis de una vez lo que queréis de mí, que harto he sufrido ya.

—Voy á complaceros, mi generoso bienhechor.

En este instante se oyó ruido de pisadas en el pasillo inmediato, y tornó á callar Pedro, fijando toda su atención en aquella parte del Alcázar. Los dos hombres que por allí andaban fueron aproximándose; de pronto se detuvieron, y poco después se escucharon otros pasos que se alejaban, hasta que dejaron de percibirse. Acto continuo se oyó un estornudo. Lara y el monarca permanecían ansiosos durante estos momentos. Por fin el Temerario exclamó con alegría:

—No esperéis nada bueno, D. Alonso; ese estornudo que oísteis antes me dice que los míos han triunfado y que mi vasto y difícil plan está á punto de terminarse.

—Lara, ¿qué pensáis hacer?—preguntó el rey azorado y creciendo cada vez más su agitación.

—Ya me resta muy poco, D. Alonso: tened paciencia, que no tardaré en concluir. Comprendo lo mucho que estáis padeciendo, la incertidumbre, la terrible ansiedad que os devora; mas, ¡cuántas penas, cuántos dolores y martirios habréis hecho vos sentir á los desgraciados, á quienes durante cincuenta años hayáis tratado con la injusticia que á mí! ¡Cuántas lágrimas se habrán vertido por vos! Bueno es que sepáis lo que es padecer, siquiera sea momentos antes de bajar al sepulcro. D. Alonso, yo que no sé mentir y que he obrado siempre como enemigo generoso, os voy á decir, os voy á manifestar una verdad ante la cual cerrásteis siempre los ojos. Dios os otorgó talento; pero en vez de emplearlo en labrar la felicidad de vuestros pueblos, lo habéis ocupado en querer penetrar los misterios de la creación, las evoluciones de los astros que giran sobre nuestras cabezas, y en mandar á sabios extranjeros que os escriban unas leyes, que forman un gran Código, mas sin aplicación en la época presente. Alcanzaréis la gloria póstuma; pero no os bendecirá vuestra generación. Acaso las venideras elogien vuestro nombre; pero la nuestra lo odia y lo maldice. Con un gran talento, no habéis podido conseguir la más leve muestra de agrado de un pueblo que adorará á vuestro hijo D. Sancho, que no tiene otra cosa que un corazón fuerte y una mano de roca. Aunque os pese, le veréis rey

de Castilla; y porque vos no queréis que lo sea después de vuestra muerte, los grandes y los chicos de Castilla y de León tenemos empeño en que esto suceda, y lo es y lo será, pese á vuestro encono. Esto os lo asegura el conde de Lara, que conoce mejor que vos la situación en que os halláis. Nada más tengo que deciros. Esta es la única venganza que empleo contra la iniquidad que hicisteis conmigo. Pensad en lo que vos hubiérais hecho en mi lugar, y sacad la consecuencia. Como jefe absoluto de esta comarca, nombrado por el rey D. Sancho, podía lleváros conmigo prisionero, inutilizaros para siempre, y vengarme de vos como quisiera; mas sois mi enemigo y os dejo en libertad de obrar contra mí. Mañana estaré al frente de mis soldados, y en las calles de Sevilla, en el campo ó en donde vos queráis, os reto á la lucha; y estad seguro que al primer llamamiento que me hagáis, me encontraréis frente á frente, sin reparar en el número de los que os sigan. Si esta noche os he vencido, llamadme mañana á otro terreno, y acaso tenéis más fortuna.

Y levantándose el Temerario y dando un fuerte puñetazo sobre un velador que había en medio de aquella estancia, añadió mirando al rey con chispeantes ojos:

—Mas si dáis una voz, si llamáis á los vuestros mientras permanezca yo en este Alcázar, encomendad á Dios vuestra alma, D. Alonso.

Y sin detenerse, abrió la puerta secreta, la volvió á cerrar, salió al pasillo, abrazó á su tío, y sin aceleramiento le dijo:

—Embozáos, D. Juan, y seguidme ambos.

Y poniéndose delante, bajó la escalera, cruzó con calma las galerías y patio del

palacio, esperó á que le abriesen la puerta, y salieron los tres sin impedimento alguno y sin demostrar prisa, agitación ni ansiedad. Ya en la calle, le preguntó á su tío:

—¿Conocéis bien á Sevilla?

—Sí.

—Pues marchemos directamente y sin dar rodeo alguno á casa de D. Nuño Carbajal. Un poco antes de llegar enseñadme su palacio. Ahora caminad deprisa.



—¿Veis ese palacio de la izquierda, á la conclusión de la calle?

Y los tres continuaron aceleradamente, cruzando las estrechas y tortuosas calles de la capital.

La noche seguía oscura, tranquila y silenciosa, y serían como las doce. Pedro, D. Juan de Lara y Andrés, mudos é indiferentes al grave peligro que todavía les amenazaba, marchaban en la dirección que hemos indicado: de pronto se detuvo D. Juan y le dijo á su sobrino:

—¿Véis ese palacio de la izquierda, á la conclusión de la calle?

—Sí.

—Pues es el de D. Nuño.

Lara miró en torno y vió cerca de ellos una callejuela angosta que cruzaba la en que ellos estaban, y muy quedo dijo á su tío y al escudero:

—Ocultáos en esa calle; en breve saldrá Carbajal de su palacio y pasará por aquí. Silencio, y no os mováis á pesar de lo que viéreis.

—Pedro—replicó D. Juan—, ese hombre me pertenece.

—Es verdad, mi querido tío, mas acabo de libraros la vida y soy el jefe de vuestra familia: por lo tanto vos me pertenecéis, y os quito á ese hombre de quien me encargo yo solo; á no ser que salga acompañado, en cuyo caso todos tendremos en qué ocuparnos para concluir pronto. Por si acaso acontece esto último, tomad mi espada, pues no recordaba que venís indefenso.

—¿Y vos?

—Llevo daga y puños, y me sobra con los últimos.

—Conde—replicó D. Juan cogiendo el acero—, por la memoria de vuestro padre, cededme...

—Callad—dijo Pedro interrumpiéndolo y empujándolos hacia la callejuela:—¿no sentís que abren una puerta?

—Sí.

—Pues es la del palacio de D. Nuño, y saldrá él... Callad, que ya se percibe el ruido de sus pisadas.

Y el Temerario se acercó á la esquina y escuchó.

—¡Viene solo!—añadió desembozándose y alzándose la celada—, y trae armadura: ¡me alegro!

Dos minutos después apareció un hombre alto, con traje completo de guerra, embozado con un manto encarnado. Pedro le salió al encuentro, diciéndole:

—Detenéos. ¿Sois Carbajal?

—No sé—contestó el embozado sin pararse.—Lara le cogió por el brazo izquierdo, añadiendo:

—¡Alto, pardiez!

—¡El Temerario—exclamó Nuño reconociendo á Pedro y sacando un agudo puñal.

—Sí—replicó el conde sacudiéndolo fuertemente—el Temerario, miserable traidor, bien puedes temblar.

Y ambos se abrazaron y forcejearon terriblemente, cayendo al suelo y rodando los cascos de uno y otro. Carbajal tiró una puñalada á Pedro, y éste le dió un puñetazo en la sien derecha, habiendo sido acompañadas estas acciones homicidas de la exclamación:—¡Muere!—que el uno pronunció—, y de un ¡ay!— que el otro dejó escapar.

Un silencio profundo siguió á estas medidas ahogadas palabras de desesperación, últimas que se oyeron á los contendientes.

D. Juan y Andrés presenciaron desde muy cerca esta instantánea lucha, cuyo término heló la sangre de sus venas, dejándolos sin aliento. La obscuridad de la noche les impedía distinguir quién había caído debajo, cuál había muerto, ó si los dos eran cadáveres. D. Juan fué el primero que se acercó á los dos bultos que yacían en tierra, y lleno de emoción exclamó:

—¡Pedro, Pedro!...

—Callad—le dijo el Temerario, alzando la cabeza—; estoy escuchando. Y luego añadió: Sí, son caballos que se dirigen hacia aquí. Juan, el rey nos busca.

—No; su puñal no pudo romper mi armadura; pero mi puño ha deshecho su cabeza.

—¿Con que ha muerto?

—Sí, D. Juan; éste no se venderá otra vez. Mas notad que se acercan los del rey. Coged esos cascos, y seguidme.

Y arrastrando Lara el cuerpo inanimado de su contrario, se fué con él hacia un recodo que formaba la callejuela próxima, á favor del cual, sin ser vistos, sintieron cruzar por el sitio donde acababa de tener lugar la lucha, un cuerpo de caballería, que indudablemente iba en busca de ellos.

D. Juan le dijo á su sobrino:

—Pedro, marchemos por la derecha, y por calles excusadas llegaremos al palacio.

—No tengáis prisa; cuando concluyamos, entonces partiremos.

—Ved, conde que os exponéis por mí más de lo que es conveniente, y yo no puedo consentir...

—Callad, pardiez; yo nunca dejo las cosas á medio hacer.

—Mas, ¿qué intentáis?

—Ahora lo veréis.

Mientras los tres permanecieron escondidos detrás del recodo, Lara se puso el casco y se entretuvo, primero en quitarle al muerto su espada, y luego en hacer tiras muy anchas su rico manto de grana, las que fué anudando hasta formar un trozo de cuatro ó cinco varas de largo. En seguida ató uno de los extremos de la tira al cuello del cadáver, y le dijo á su tío:

—Puesto que ya no se sienten soldados, id, D. Juan, vos que no lleváis armadura, y que por consiguiente no podéis hacer ruido, y observad la parte del palacio de D. Nuño que no tiene arqueros.

Poco después volvió éste y le dijo á su sobrino:

—Todos se han retirado.

—Muy bien. Y Pedro cubrió la cabeza del muerto con el casco, y dijo á Andrés lo siguiente:

—Coge á D. Nuño, y sígueme. Y los tres se fueron á uno de los costados sin muralla del palacio, y examinado por Lara, añadió:

—Sube á esa reja, Andrés. Toma esa tira, y átalala al último hierro. El escudero cumplió la orden.

—¿Sostendrá el peso del cadáver?

—Sí, señor.

—Pues sujetálo bien, y bájate.

A la vez sacó Pedro un pergamino, y á la altura de su mano lo clavó con su puñal, dejando ambos fijos en la pared y tocando con el rostro de Nuño. Aquél tenía sólo una línea que decía:

«Por traidor, lo colgó aquí—Pedro de Lara.»

En este momento comenzaron á tocar á arrebato casi todas las campanas de Sevilla; los balcones y ventanas de la ciudad principiaron á iluminarse; volvieron á ocupar sus puestos los arqueros, que antes vigilaban los castillos, palacios y casas fuertes de sus señores; los cobardes escondían su rostro debajo de las sábanas; y los valientes y curiosos se asomaban á los balcones, si bien con ese recato hijo de la prudencia. Cinco mil hombres del rey, esparcidos por la capital, corrían de un lado para otro, intentando todos prender al Temerario del Saucejo, al cual buscaban con tanto afán como miedo. En una palabra, el silencio sepulcral, que poco antes reinaba en Sevilla, se había troca-

do por el pavoroso estruendo de los caballos que corrían, de las armaduras que chocaban y de los aceros que se arrastraban por el suelo. Por todas partes, y á favor de las muchas luces que alumbraban por doquier, se veían brillar las terribles moharras de las lanzas, el mortífero acero de las espadas y el grueso metal de las hachas. Y en tan confuso tropel, los unos corriendo y los otros escuchando, nadie sabía lo que pasaba, ni había otra consigna que la de prender al diablo del Saucejo.

Cuando Pedro de Lara concluyó de colgar á su enemigo y se apercibió del toque de campanas, luces y carreras de la tropa, exclamó con acento jovial:

—¡Pues no ha ocasionado poco ruido la visita que he hecho esta noche á ese débil anciano!

—Mi querido sobrino, celebro como siempre tu serenidad; mas es lo cierto que no hay medio de llegar á tu casa sin abrirse paso por entre los soldados del rey; de lo cual deduzco yo que, ó quedamos muertos en las calles de Sevilla, ó vuelvo á mi calabozo honrosamente acompañado de vosotros dos.

—Pues vive Dios que no ha de ser ni lo uno ni lo otro, mi valiente tío; envainad esos aceros y seguidme, procurando que no os vean el rostro, D. Juan.

Y poniéndose Pedro delante de ellos comenzó á andar muy deprisa y en dirección del sitio donde se oía más ruido de soldados.

Armado D. Juan de Lara con la espada del muerto, embozado hasta los ojos en el manto de Correa, ostentando este último su blanca armadura, pero sin divisa alguna, seguían al Temerario con valor, pero como dos autómatas que nada comprendían; y en la seguridad de no poder adivinar lo que Pedro meditaba, ni aun se tomaban la molestia de discurrir.

El atrevido joven del Saucejo se aproximó á una plaza por donde veía pasar varios soldados, unos con picas y otros con hachas; y cuando estuvo cerca de ellos, les gritó:

—¡Guardias del rey, á mí!

Al oír aquella voz se detuvo la tropa, girando á la derecha y en dirección del hombre que les llamaba con aquel imperio. Lara, caída su celada y embozado en su

manto, se metió en medio de ellos y les preguntó con altanería:

—¿El jefe?

—Yo soy, señor—, le contestó uno de ellos.

—Ved esa orden del rey. Y le dió un nuevo pergamino, del cual aún no había hecho uso. El otro, á la luz de un hachón leyó fuerte:

«Mis guardias, soldados y gentes de armas obedecerán en todos mis estados de Castilla y de León las órdenes del que les presente este pergamino.—Yo el rey.»

El jefe se descubrió, devolvió á Lara el pergamino, y le dijo:

—Señor, estamos á vuestras órdenes.

—Pues al palacio de Lara—replicó éste con imperio.

—¡Señor, no somos más que cuarenta, y vosotros tres!...

—¿Tenéis miedo?

—No, señor.

—Pues marchad delante al sitio indicado.

—¿Necesitáis más fuerza?

—Me basta con vosotros.

Y sin más explicaciones, el jefe delante, seguidamente Lara, en medio D. Juan y su escudero, y detrás los treinta y nueve soldados, comenzaron á andar muy de prisa hacia el Alcázar del conde. La tropa, sin meterse en averiguaciones, obedecía sumisa la orden de su rey. D. Juan cada vez se confundía más entre aquel cúmulo de acontecimientos, que ni podía explicarse ni menos comprender; el escudero Correa oprimía fuertemente la empuñadura de su espada y miraba á su amo, sin cuidarse de otra cosa que de estar alerta para obedecer al más pequeño movimiento de su señor; y éste con su admirable tranquilidad é incontestable valor se decía sonriéndose:

—Pardiez que el tal Mendoza desempeñaba mal oficio; pero en cambio disponía de la firma del rey como de la suya propia; y en la presente ocasión, sin sus mágicos pergaminos, no hubiéramos nosotros librado tan bien. De este modo cruzaron calles y plazas, entre el ruido de las campanas, las carreras de la tropa y las pálidas luces de las casas y de los hachones de los soldados. Varias veces fueron detenidos en su marcha por otras patrullas del rey; mas el jefe que guiaba á Lara se

adelantaba siempre, se daba á conocer, y los dejaban pasar sin impedimento alguno. Así llegaron frente al palacio del conde, el cual se hallaba igualmente iluminado, y asomaban por todas partes en él los largos bigotes y rostros cicatrizados de sus defensores. En el balcón que había sobre la puerta principal estaba el anciano Rodrigo, con los ojos húmedos, temblorosos y mirando á Sevilla, con un pesar y temor, que demostraban bien claramente el cariño que tenía á Pedro.

Cuando Lara estuvo á doscientos pasos de su casa, exclamó:

—¡Alto, esperad aquí mis ódenes!

La tropa le obedeció, y acompañado de su tío y escudero, avanzó con la mayor calma; vió á su anciano amigo al balcón, y le dijo con cierta precaución, que el anciano comprendió:

—Rodrigo, mandad abrid. Este reconoció á Pedro, y exclamó lleno de alegría:

—¡Dios sea loado! Y corrió inmediatamente, gritando por las habitaciones del castillo:

—¡El conde! ¡abrid! ¡abrid!

Un minuto después entró Lara, mandó cerrar la puerta, subió y escribió las siguientes líneas:

«Señor: os doy las gracias por el toque de campanas, la iluminación y la brillante escolta que me habéis facilitado para que regrese á mi casa, en unión de mi tío D. Juan y de mi escudero, sin impedimento ni tropiezo alguno. He arrancado de vuestras prisiones al primero; mas en cambio, os dejo colgado de una reja á vuestro leal amigo D. Nuño Carbajal. Salí de mi palacio acompañado únicamente de mi escudero; así entré en el vuestro, y unido después á mi tío, tuve un desafío en medio de las calles de la capital; maté á mi contrario, y paseamos luego por el centro y barrios extraviados de aquella, sin que nadie nos haya molestado. Los soldados reales son tan bondadosos como su señor. Si mañana necesitáseis de mí, me hallaréis á vuestras órdenes, según os manifesté antes—El conde de Lara.»

Cerró Pedro el escrito, lo lacró, le puso el sobre dirigido al rey, y llamando á su escudero le dijo:

—Toma ese pergamino y bolsillo; sal y di al jefe de la fuerza que nos ha acompa-

ñado, que el caballero á quien antes ha obedecido le manda retirarse á palacio, entregar al rey ese documento, y repartir entre sus soldados esa cantidad de oro.

Andrés salió y obedeció á su amo en los términos que se le había prevenido; el jefe oyó al escudero, quedó meditando, se encogió de hombros, tomó ambas cosas, y se retiró. Correa regresó al Alcázar, se cerró éste, se apagaron las luces exteriores, quedaron cuarenta hombres de centinela, y los restantes se acostaron, á excepción de D. Juan, Pedro y Rodrigo, que concluido de cenar el primero, pasaron largo rato oyendo asombrados las explicaciones que les daba el segundo sobre los medios de que se valió para llevar á cabo su arriesgadísima empresa. Después se recogieron y durmieron tranquilamente. Todavía las campanas, las luces y las carreras de los soldados duraron media hora más. Al cabo de este tiempo volvió á establecerse en Sevilla el silencio y una obscuridad completa.

Es preciso retroceder ahora para saber las resoluciones adoptadas por el sabio rey, y por qué alarmó la capital de aquel modo tan ruidoso.

D. Alonso sufrió terriblemente durante la cruel escena de su inesperada entrevista con el Temerario; cada frase, cada gesto, cada movimiento de éste fué un dardo dirigido al corazón del monarca. Primero pensó que lo iba á asesinar; luego que se lo llevaría prisionero; y por último se confundió y quedó como anonadado ante aquel cúmulo de palabras altivas que encerraban verdades, á las que el hijo de San Fernando no podía contestar. Tembló ante el valor y osadía de Lara, y quedó humillado bajo el peso de las acusaciones exactas que le lanzaba en su duro lenguaje. Cerca de hora y media permanecieron juntos; y tan corto tiempo pareció al rey un siglo, durante el cual sufrió más que en su pasada existencia. A pesar de su fácil comprensión, experiencia y claro juicio, no podía explicarse de qué medio se valió para llegar hasta él el conde, suponiendo por un momento que todos los suyos le tenían abandonado ó se habían vendido al arrogante campeón del Saucejo. Así es que cuando éste salió de allí quedó como petrificado sin atreverse á llamar, y de este mo-

do permaneció hasta que dejó de percibir el ruido de las pisadas de Pedro y de los que le acompañaban. Respuesto luego, quiso salir por la misma puerta y gritar; más apoderándose de él un nuevo temblor nervioso, ni veía, ni daba con el resorte de la puerta secreta, ni sus ojos tenían luz, ni escuchaba otra cosa que el eco terrible de la amenaza de Lara. Quedó nuevamente parado, se volvió en seguida, y fué á quitar la mesa que aquél colocó delante de la puerta; mas no pudo mover la hoja de mármol, que el Temerario había levantado con la misma facilidad que si fuera un taburete. Entonces se abalanzó á la pesada mesa, y forcejeó hasta que concluyó por arrojarla al suelo; abrió la puerta que tenía detrás, la volvió á cerrar, entró en su despacho, y cayó sudando y fatigado sobre el regio sillón. Poco después llamó é hizo subir á su capitán de guardias; cuando tuvo á éste cerca de sí, con voz temblorosa le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, capitán?

—Nada, señor—contestó éste—, sorprendido por las palabras y actitud del rey.

—¿Quién falta de mi palacio?

—Nadie, señor.

—¿Y mis guardias y soldados?

—Todos ocupan sus puestos.

—¿Y nada os ha llamado la atención esta noche?

—No comprendo á V. A.

—Capitán—gritó el monarca cobrando cada vez más ánimo—, ¿no habéis visto al conde de Lara?

—No, señor.

—¿Pues quién ha salido hace poco de mi Alcázar?

—Un consejero de V. A. y dos caballeros más que le acompañaban.

—¿Nadie más?

—No, señor.

—¿Y cómo los dejásteis entrar?

—Porque presentaron al jefe que los reconoció una orden firmada por V. A.

—¿Por mí!

—Sí, señor. ¿Pues no era uno de ellos D. Pablo de Mendoza?

—¿Estaba el escrito extendido á nombre de ese?

—Sí, señor.

—¿Maldición!... ¡Ahora todo lo comprendo! ¡El miserable Mendoza se vendió ó se

ha dejado sorprender por ese Temerario, á quien Dios confunda!

Y repuesto el rey, lleno de ira, y hasta ensoberbecido contra el talento y habilidad del conde, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Capitán, uno de esos tres que acaban de salir es el rebelde Pedro de Lara, que valiéndose de documentos mal adquiridos se ha burlado de nosotros; haced que inmediatamente salgan en su busca cuantos soldados y jefes hay en mi palacio; dejad sólo la guardia precisa, y los demás que corran en todas direcciones, que manden tocar á rebato é iluminar los edificios de Sevilla, y que me traigan vivo ó muerto á ese hombre tan osado y perjudicial; ofreced al primero que lo coja el oro y los honores que quiera; todo se lo dará su rey con gusto: ¡corred, capitán!

Salió aquél; D. Alonso inclinó la cabeza, y luego hizo que se le presentara el alcaide de palacio. Cuando éste llegó á su presencia, le dijo:

—Alcaide, en este mismo instante buscáis un sacerdote del Alcázar, lo encerráis un cuarto de hora con Juan de Lara, y al acabar aquél su misión, volvéis con el verdugo y sels hombres. Que lo ahorquen inmediatamente, y luego lo colgáis de una almena de palacio, para que mañana lo puedan contemplar todos los habitantes de Sevilla.

—Señor, ¿en dónde está el preso?

—¿Pues no lo sabéis?

—No, señor.

—Alcaide, ¿quieres que te mande ahorcar también á ti?

—Señor, yo deseo sólo obedecer á V. A.; mas ignoro qué es de D. Juan de Lara.

—Estará en su calabozo.

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—Hará poco más de una hora, que en virtud de una orden que me dejó vuestro secretario, se lo entregué á la puerta de vuestra antecámara reservada.

—¿De qué secretario hablas?

—Señor, de D. Pablo de Mendoza.

—¿Tienes ahí la orden?

—Tomadla, gran señor.

El rey la cogió, y arrojándola con indignación, exclamó:

—¡Miserable! ¿no has reparado que esa

letra es una mala imitación de la del conde de Lara? ¿No has podido comprender que ese escrito está hecho por el conde de Lara?

—¡Señor!...

—¡Alcaide, ve á ocupar el puesto del prisionero, y encomienda tu alma á Dios!

—¡Señor!...

—Sal de aquí inmediatamente, y obedece mi orden.

En este instante oyó el rey el ruido de campanas, voces de la soldadesca y el estrépito de caballos, armaduras y aceros, é impulsado por la rabia y terrible ansiedad que le mortificaban, abrió un balcón y vió con placer que la ciudad se había iluminado, que sus soldados corrían en todas direcciones, y que ningún peligro amenazaba á su augusta persona; D. Alonso exclamó con cierta satisfacción:

—¡Ah! ¡miserable Lara, si llegas á caer entre mis manos! Y volvió á cerrar el balcón, dirigiéndose á su mesa de despacho, de la cual sacó un mapa trazado por él mismo, y en el que estaban delineadas todas las calles, castillos y palacios de Sevilla. El rey se fijó en la casa de Lara, y luego fué recorriendo con la vista las muchas plazas y calles que el conde tenía que atravesar antes de llegar á su morada.

Sí—se decía con cierta satisfacción—, él habrá marchado por aquí; en seguida tiene que andar todo este barrio solitario y lleno de callejuelas, que le harán perder mucho tiempo, y aún le queda más de la mitad del camino. El es muy valiente; la victoria habrá engreído su loca fantasía; irá despacio, contándole á su tío la manera sangrienta con que se ha burlado de mí. Yo no he perdido más que el tiempo preciso para dar las órdenes; y lo probable es que en este momento esté luchando con mis soldados, porque no es hombre que se dejará coger como su tío; pero ellos son tres, y no tendrán más remedio que sucumbir al mayor número; y, ¡ay de los míos si consienten que se escape! Pero no, que es gente de arrojo, y además la recompensa que les aguarda los convertirá en temerarios.

Y el anciano monarca comenzó á pasear por la cámara real tan aceleradamente como la flojedad de sus piernas se lo permitía, dándole vueltas á la escarcela que

pendía de su cinturón, y enredándose á cada momento en la túnica y regio capellar que le cubrían. De este modo, y abriendo y cerrando con impaciencia á cada instante el balcón, permaneció más de tres cuartos de hora, sentándose al fin fatigado por sus achaques, la edad y las diferentes emociones que había experimentado en aquella horrible noche. Poco después le anunciaron que uno de los jefes de sus guardias quería hablarle; y creyendo que le llevaban el cuerpo animado ó inanimado del Temerario, exclamó:

—¡Que entre inmediatamente!

El anunciado lo hizo así, le saludó, y quedó parado. El monarca le preguntó con ansiedad:

—¿Hebéis muerto al conde de Lara?

—No, señor.

—¿Me lo traéis vivo?

—No, señor.

—Pues entonces, ¿á qué venís aquí?

—Gran señor, me hallaba al frente de cuarenta hombres recorriendo las calles de la capital, según me había prevenido el capitán de guardias de V. A., cuando fui imperiosamente llamado por un guerrero, el cual me dió á leer una orden firmada por V. A., en la que se disponía prestasen auxilio vuestras tropas al poseedor de aquel escrito. Me mandó seguirle; le obedecí, y fuimos con él y dos más que le acompañaban al palacio de Lara; frente á este edificio nos detuvimos por disposición suya, y á poco se entraron los tres en dicho Alcázar. Un cuarto de hora después salió otro guerrero, y me dió de parte del que me enseñó la orden este pliego para V. A., y este bolsillo lleno de oro para que lo distribuyese entre mis soldados. Todo esto me pareció extraño y misterioso; mas á un hombre que poseía un documento tan

terminante, no podía menos de obedecer, puesto que así lo quería V. A.

—Dadme al momento ese pergamino.

Y el rey con mano convulsa, arrancó el lacre y leyó el contenido. Según pasaba la vista por aquellas líneas llenas de sarcasmo é ironía, se iba nublando la frente del



... por indicación de su padre cerró las puertas de la cámara.

monarca, enrojeciendo su rostro, y acardenalando sus labios por la ira y el despecho, hasta que por fin exclamó ciego de enojo:

—¡Maldición!... Y se cubrió la cara con las manos, como avergonzado de haber sido vencido por un hombre á quien él odiaba, y al que no podía negar la serenidad, valor y talento que sobresalían en Pedro de Lara. Así permaneció algunos

minutos, llenando de espanto y terror al desgraciado militar que tenía delante. Mas aparentando luego una tranquilidad que estaba muy lejos de poseer, dijo al guerrero:

—Mandad que dejen de perseguir á Lara; que cesen de tocar las campanas; que apaguen la iluminación, y que mis guardias y soldados vuelvan á ocupar su puesto en el Alcázar, pues el milano que buscáis se encerró en el nido, y todavía no es tiempo de que podáis subir hasta él.

El jefe comprendió entonces el engaño de que había sido víctima, hizo á su rey una humilde reverencia, y se retiró temblando de que volviese á llamar D. Alonso.

El monarca, aguijoneado por el agudo dolor que le produjo el escrito de Lara, aquella última estocada tan admirablemente dirigida, cayó en una especie de estupor, que le tuvo algún tiempo sin ideas y hasta sin aliento para nada. Pensó luego muchos planes, y cuando hubo concluido de meditar, se dijo para sí:

—Es inútil perseguir á ese hombre con la fuerza; mas hay otro medio, único por el que acaso pueda vencerse. Y volvió á reflexionar sobre la idea que buñia en su mente.

Se hallaba el soberano en su despacho, sentado sobre un gótico sillón y apoyado

su codo izquierdo en una mesa que tenía cubierta de libros, instrumentos astronómicos, pergaminos esparcidos sin orden, con recado de escribir. El ruido de campanas iba cesando, las luces se apagaban, y el silencio volvió á imperar como anteriormente.

—Que venga el infante D. Juan—ordenó Alonso el Sabio á dos guardias que se le presentaron después que llamó—; y quedó aguardando á su hijo con alguna impaciencia y una vaga esperanza que sus ojos dejaban traslucir bien claramente.

Llegó el infante; por indicación de su padre cerró las puertas de la cámara, se sentó á su lado, y comenzó entre ambos, primero una interrogación y luego una plática, en la cual se acordó un plan contra el Temerario del Saucejo, que podía muy bien envolver á éste y perderlo. En la presente ocasión, el vetusto Alonso, con tal de vengarse de Lara, exponía la vida de su hijo, sin escrúpulo, á la vez del medio indigno que empleaba para perder á tan noble y valiente enemigo. Vió probabilidades de buen éxito, y no reparó en lo demás.

El padre y el hijo continuaron hablando hasta la madrugada, en que ambos se retiraron á descansar.

CAPITULO XIX

Comentarios y actitud de los habitantes de Sevilla.—El obispo Mendoza.—Regreso de Pedro á Osuna.—La maga de la montaña.

A la mañana siguiente despertaron los habitantes de Sevilla asustados y anhelosos de averiguar los grandes acontecimientos que habían ocurrido la noche anterior. Al principio comenzaron por asomarse á los balcones y rejas, y comprendiendo que la ciudad continuaba tranquila, y que los soldados del rey no molestaban á nadie, se fueron echando á la calle con un poco de miedo y un caudal inmenso de curiosidad. Se llenaron las tiendas de espectadores, se formaron corros en las plazas y sitios más públicos, y todos se preguntaban, sin poder ninguno explicar la terrible alarma que

habían escuchado como á la mitad de la noche. Poco después se presentó un partidario de D. Sancho, y afectando conocer el secreto de cuanto pasaba, contó á varios lo siguiente:

—Según mis noticias, y os advierto que están tomadas de la mejor fuente, ha llegado esta noche á la capital el valiente, el incomparable conde de Lara; ha batido á los soldados del rey, los ha derrotado, entró en el Alcázar, sacó á su tío, y se lo llevó tranquilamente á su casa. Después asaltó el palacio de D. Nuño Carbajal, que según dice fué el que vendió á don Juan, y sugetándolo por la garganta lo

ató con unas tiras de su mismo manto á los hierros de una reja de su casa, poniéndole un letrero que decía: «Por traidor». Señores, vino el conde de Lara, y acabó Alonso X; para ese demonio no hay hombres en el mundo; con que ¡viva Sancho IV! y nadie tema mientras esté aquí el valeroso Lara.

Esta noticia corrió de boca en boca por plazas, calles, tiendas, casas y palacios como un chispazo eléctrico, dando gran fuerza moral á los partidarios del pretendiente, y causando espanto y debilidad en los de su padre. El solo nombre del desgraciado huérfano servía ya de áncora salvadora á sus parciales, y de aterrador fantasma á sus contrarios. La noticia del veterano circuló y se exageró tanto, que llegaron á ser apedreados é insultados varios soldados del rey que andaban solos por la capital; se dieron muchos vivas á D. Sancho IV, y una gran parte del pueblo corrió al Alcázar de Lara, lo victoreó, y no se separó de aquel sitio hasta que Pedro les mandó á decir con uno de sus caballeros que marchasen á sus casas y permaneciesen tranquilos.

Los grandes del reino amigos de aquél mandaron inmediatamente á saber si era cierta su llegada; y contestando afirmativamente, todos corrieron á su Alcázar á felicitarle, creciendo su asombro al ver á su tío D. Juan, y hallar confirmadas en parte las noticias que circulaban por la ciudad. Y aumentó más su admiración cuando supieron que todos aquellos milagros los había hecho Pedro, acompañado únicamente de su escudero Andrés. Hoy estos arrogantes y altaneros grandes miraban al mancebo del Saucejo como á un ser privilegiado, ante cuya frente y mano de hierro se humillaban, reconociéndole una inmensa superioridad. Lara, siempre modesto y agradecido ahora á las tiernas y lisonjeras frases que sus amigos le dirigían, estuvo con ellos afectuoso y cortés, concluyendo por rogarles se quedasen en su Alcázar y le acompañasen á la mesa por aquel día, lo que todos aceptaron gustosos. Se reunieron en conferencia, se enteraron de los planes políticos de D. Sancho, de que había estallado la guerra civil, y puestos de acuerdo sobre lo que debían hacer en lo

sucesivo, llegó la hora, y todos se sentaron alrededor de la espléndida mesa con que los obsequiaba el opulento y generoso jefe de la casa. Estarían como á mitad de la comida, cuando un paje anunció á su señor que estaba á las puertas del palacio el obispo Mendoza. Pedro se disculpó con sus convidados, les rogó que continuasen comiendo, y bajó hasta el mismo zaguán, donde recibió á su libertador, besándole la mano con respetuoso cariño. Sabiendo el obispo que el conde se hallaba comiendo cuando él llegó, le suplicó siguiera al lado de sus amigos, y que él esperaría hasta la conclusión del banquete; mas como aquél se negase, entraron en el despacho, y tomando la palabra Mendoza, le dijo:

—Vengo á pedir os una gracia; pero al concedérmela, si es que podéis, es indispensable tengáis muy en cuenta que no me debéis favor alguno, pues si un día contribuí á libertaros de una muerte casi segura, no lo hice por vos, sino en virtud de una orden superior, la que no podía desobedecer.

—Hablad, señor; los ministros de Dios no necesitan méritos ni recomendaciones para mí; les basta ser sacerdotes para que yo les obedezca.

—Gracias, señor conde; solo os ruego seáis franco conmigo en lo que os voy á preguntar. ¿Es cierto que tenéis en una prisión á D. Pablo de Mendoza?

—Sí, señor.

—¿Qué causa ha motivado esa prisión?

—Una muy grave: el consejero y secretario de Alonso X desempeñaba el indigno papel de espía; lo cogí en mis dominios conspirando contra mi rey y en los momentos en que mandaba un asesino cerca de mi persona.

—¿Está todo eso probado?

—Sí, señor.

—¿Luego ese hombre merece la muerte?

—Ciertamente.

—Pero no se la impondréis.

—¿Lo queréis vos así?

—Sí, señor.

—Pues vivirá.

—Deseo más; quiero que quede mañana en libertad.

—¿Habéis meditado las consecuencias?

—Sí.

—¿Y persistís en la misma idea?

—Sí.

—Pues voy á extenderos la órden ahora mismo.

—¿Os violentáis al hacerlo?

—No, señor. Os estoy agradecido, y es muy poco lo que me pedís para lo que yo fuera capaz de daros.

—Gracias, noble conde. ¿Más no teméis las consecuencias de que me hablábais antes?

—Las preveo; mas en cuanto á temerlas... Señor, yo nunca he temido nada.

—Pedro de Lara, vuestro prisionero es hijo de mi hermano; debo salvarlo, y ya véis que lo he procurado; pero á la vez lo inutilizaré para que no os pueda hacer daño.

—Sí, evitadle el que sea enemigo mío, porque pudiera acontecer que mis montañeses, que no tienen la honra de conoceros, hicieran con él lo mismo que con todos mis contrarios que hallan á mano.

—¿Me dáis vuestro permiso para retirarme?

—Esperad á que os dé la órden...

—No la necesito.

—¿Desistís acaso de libertar á vuestro sobrino?

—No.

—Pues entonces...

—Ya la dará el Solitario.

—¡El Solitario! Mis soldados se reirán de su mandato.

—Le obedecerán; estoy seguro, conde.

—¡No os comprendo!

—Para el Solitario no hay puerta cerrada en tierras de Osuna, ni oídos que no se estremezcan al escuchar su voz.

—Padre, ¿quien es ese hombre?

—Un hijo indigno de Dios, como vos y como yo.

—¿Nada más podéis decirme de ese ser misterioso?

—Nada más, os quedo reconocido, muy obligado, y no os arrepentiréis de la noble acción que acabáis de practicar con mi sobrino.

Y ambos se despidieron, bajando el conde acompañando al obispo hasta la puerta de su palacio. Después volvió á la mesa, y continuó la comida hasta bien entrada la noche en que se marcharon sus amigos.

Lara conversó un rato con su tío y don

Rodrigo, se vistió después con uno de sus mejores trajes de corte, y cogiendo una linterna, solo y sin llevar arma ninguna, bajó y se encerró en el panteón de sus mayores.

Pedro dejó la linterna en el suelo, miró en torno y halló inmóviles las estatuas, fijas las urnas funerarias, opaca la luz de la lámpara, y todo tranquilo, solitario y mudo. Ya no vagaba su vista errante y temerosa, ni deliraba su mente, ni se apagaban los rayos de su inteligencia ante el pavoroso aspecto del panteón. Ahora lo veía tal como era, como estaba; Lara se rodeó esta noche de veinte tumbas con la misma serenidad de espíritu que penetraba en su oratorio, idéntico respeto al que tenía delante de su Dios. El Temerario del Saucejo, en cuatro meses que llevaba de conde, se había despojado de aquellas rudas costumbres y formas propias de su educación montaraz, y en treinta días que paso al lado de Rodrigo, y noventa entre cortesanos y hombres entendidos, pudo cultivar en otras esferas su brillante inteligencia, desarrollando su admirable talento. El fiero, arrogante y temerario mancebo de los combates, era en la corte dulce, atento, modesto y de unos modales dignos y elegantes. Su epidermis iba perdiendo el tinte negro con que el sol y el aire del campo la habían marcado; y aun cuando moreno, aumentó su varonil belleza lo claro de su piel, con la barba, bigote, cejas y meleta del color y brillantez del azabache. Era muy alto; más su anchura estaba en armonía con su talla, y era proporcionado en todo. La guerra y sus continuas fatigas desde la infancia endurecieron sus carnes y fortalecieron su musculatura hasta el punto de parecer su cuerpo de bronce; sus fuerzas eran hercúleas, y el conjunto propio de un gigante de su época.

Ya en el panteón, nuestro guerrero se fué al altar, se arrodilló y oró con fervoroso acento. Al dirigir su plegaria al Supremo Hacedor parecía su bronca voz más dulce, más cariñosa, más inspirada que nunca; pero al concluir se fué poco á poco ahuecando hasta que exclamó con acento ronco y fuerte:

—Señor, mi único señor, ¿dónde está mi padre?

Y como un grito desgarrador resonaron en las bóvedas estas frases, cuyos ecos parecían repetir las estatuas que rodeaban aquella mansión de los muertos. Pedro se levantó azorado y miro en torno; más los ecos callaron, las figuras de mármol no se movían, y todo continuaba en su anterior estado. El Temerario quedó como meditabundo, y cogiendo la linterna fué reconociendo una por una todas las tumbas, leyendo con ansiedad sus letreros y exclamando á cada momento:

—«Mi quinto abuelo! ¡Mi tío!» etc. Hasta que las revisó todas, quedando parado delante de la urna que contenía los restos de su madre: dejó otra vez la linterna y prorrumpió:

—Aquí duerme doña Laura, y ya no quedan más. ¡No está el cadáver de mi padre, y esto me prueba que vive! Vive, sí, ¿pero dónde se halla? ¡Ay! veinticinco años y medio de horrible orfandad, de negra incertidumbre! ¡Dios mío, Dios mío, cúmplase tu voluntad suprema!

Y Lara abrió la tumba que contenía los restos de su madre, los contempló con amorosa y tierna mirada, inclinó la cabeza, estampó un beso y dijo:

—Madre mía, perdóname la acción que he cometido con los que llevaron tu apellido, pero no tu sangre, tu bondad ni tu virtud. Me insultaron madre mía; recordé que era Lara, y di fin de todos sin acordarme de tí en aquel terrible instante de lucha y de venganza. ¡Perdóname, madre, y ruega á Dios por tu hijo infeliz!

Y Pedro dejó caer sobre aquellos restos humanos dos lágrimas, un beso y un suspiro. Cerró la urna, cogió la linterna, y subió al palacio repitiendo por la escalera:

—Vives, padre mío; y estando en el mundo yo te encontraré aun cuando tenga que buscarte en las entrañas de la tierra.

El conde de Lara pasó seis días más en Sevilla, durante los que armó una parte del pueblo que le era adicta, reforzó los palacios y castillos suyos y de sus amigos, y quedó en reemplazarle como jefe de la rebelión sevillana su tío don

Juan, el cual debía secundarle en el vasto plan que iba á desarrollar.

Don Alfonso X tampoco había permanecido ocioso durante este tiempo, pues cuando trató de marcharse Lara se lo impidieron sus amigos, diciéndole que el anciano rey tenía tomados los alrededores de Sevilla con fuerzas considerables, que hacían completamente imposible la partida de aquel. Pedro les contestó:

—Señores, me sobra gente para abrirme paso por éntre esas apiñadas filas enemigas; más no conviene todavía provocar un sangriento combate á las puertas de la capital. Y no siéndome posible permanecer aquí más tiempo, os advierto que esta noche á las nueve salgo para el Saucejo con mi escudero, según he venido.

—¡Es una temeridad! exclamaron todos.

—No lo creáis; mañana á estas horas estaré en Osuna, sin que me haya ocurrido ninguna desgracia.

La seguridad del conde, unida á los milagros, valor y arrojo demostrados en una de las noches anteriores, enmudecieron á sus amigos, de los que se despidió poco después.

Acto continuo, llamó á su escudero y le dijo:

—Andrés, disfrazate de criado, ve inmediatamente al muelle y compra dos trajes andrajosos de marinero, uno para tí y otro para mí, y vuelve lo antes posible.

Una hora después regresó Correa llevando las ropas encargadas. Ambos se vistieron con los trajes de marinero, se despidieron de D. Juan y de Rodrigo, sin enterarles Pedro de su intento, y cogiendo éste su baston-lanza, y el otro una formidable hacha y su antiguo morral, se marcharon al muelle.

Eran como las nueve, y la noche estaba algo obscura y tranquila. El Temerario y su escudero se acercaron á un extremo del muelle, despacio y procurando no infundir sospechas. Llevaban los rostros recatados, é imitaban perfectamente á los del oficio que fingían; después se sentaron en el suelo, y comenzó Lara á observar varios botes que tenían atracados cerca de sus piés. Cuando hubo concluido su examen, se aproximó lo que

pudo á Correa y le preguntó muy quedo:

—Andrés, ¿sabes remar?

—Admirablemente, señor, pues me he criado en las márgenes de este río y entre marinos.

—¿Ves aquel bote con cuatro remos que está á la derecha?

—Sí, señor; pero notad que tiene las armas reales y las iniciales de D. Alonso.

—Ya lo veo; todos los que hay aquí son suyos ó de sus hijos; pero eso es una prueba de que será bueno aquél.

—Ya lo creo; y ha de ser ligero.

—Mucho mejor. Arrastrándote, corta la amarra, métete en el río, sube al bote y prepara los remos.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

Andrés obedeció, y acto continuo le siguió su señor, que subió al bote y le dijo á Correa:

—Rema sin hacer ruido y vamos hacia Sanlúcar.

—¿Cómo salvamos la cadena, señor?

—¿Hemos llegado ya?

—Sí, señor.

—Tiéndete en el esquiñe.

Y Pedro cogió con una mano la cadena, y apoyando la otra en el suelo de la lancha, hizo un esfuerzo prodigioso, y levantando la una y hundiéndola la otra, pasó el bote por debajo; pero al empuje que le dió fué á parar á cinco varas de la cadena. El Temerario entonces cogió dos remos y le dijo á su escudero:

—Arriba, Andrés, y boga cuanto puedas.

En este instante un centinela gritó:

—¡Al bote! ¡Al bote!— E instantáneamente se llenó el muelle de soldados y marineros, y poco después el río de lanchas tripuladas por marineros reales que salieron en persecución de la barca donde iban Pedro y su compañero. Mas impulsada la frágil nave por las robustas fuerzas del Temerario, cortaba el agua con una velocidad tan prodigiosa, que cinco minutos después se apartó de las miradas de todos sus perseguidores continuaron remando, pero sin ver otra cosa que el agua y los blanquecinos surcos que iba dejando en su rápida marcha el esquiñe que intentaban apresar.

Lara y su compañero se alejaron en un cuarto de hora más de una legua de Se-

villa; en este momento se distinguieron varios bultos que flotaban sobre el agua, y luego vieron cuatro barcos de la marina real, por entre los cuales tenían necesariamente que pasar. Pedro le dijo á su escudero con la mayor tranquilidad:

—Despacio ahora, Andrés, más despacio; pero no sueltes un solo momento los remos pues antes de poco habrá que volar.

En este momento oyeron la voz de un marinero que les dijo:

—¡Ah del bote! ¿Adónde va?

Lara contestó:

—A Sanlúcar.

—¿De quién es?

—Del rey.

—Adelante, y deteneos aquí.

Pedro y su compañero, llegaron hasta el centro que formaban los cuatro buques. El marino añadió:

—¡Alto!

—Bajad pronto— replicó el Temerario, y prosiguió:— por el otro lado, no véis que la marea no me permite acercarme por aquí.

El otro fué á dar la vuelta; mas en el mismo instante los disfrazados marineros salvaron los barcos, y comenzaron á remar con tal ímpetu y velocidad, que en el momento se perdieron de vista. Los del rey se apercibieron del engaño, votaron dos botes, bogaron en persecución de aquéllos. Poco después se retiraron sin haber conseguido nada, y unidos á los que conducían las lanchas que salieron de Sevilla, elogiaron la fuerza y habilidad de los dos famosos navegantes que con tan prodigiosa destreza se burlaron de todos ellos, conformándose con dar parte de lo ocurrido al jefe del puerto, mandando á la vez hacia Sanlúcar el barco más velero que tenían.

Lara y Andrés, continuaron sin descanso otra media hora, hasta que, alejados más de tres leguas de Sevilla, preguntó el primero al segundo:

—¿Conoces bien el sitio en que nos hallamos?

—Sí, señor.

—A pesar de la obscuridad de la noche, ¿podremos dirigirnos á Osuna, alejándonos cada vez más de Sevilla?

—Sí, señor.

—Pues vamos á tierra.

Y llegaron á la orilla izquierda del río, metieron los remos dentro de la embarcación, saltaron al suelo, y cogiendo aquella por un extremo, la sacaron del agua, y la arrastraron hasta esconderla en una hondonada que hallaron á trescientos pasos del Guadalquivir.

El valeroso Pedro iba sudando á mares por los esfuerzos que había hecho con los remos, y los no menos cansados al conducir el pesado buque á tan larga distancia. Ahora caminaban por un extenso arenal, donde era muy difícil dar un paso; más á pesar de todo, los fatigados y supuestos marineros marchaban lo de prisa que podían sobre aquel movedizo é incómodo terreno. El hijo de la montaña no conseguía verse rendido jamás, ni sus fuerzas se amortiguaban nunca. En estos momentos le decía á su criado con acento jovial:

—¡Pardiez, cómo sudarán en este instante los marineros del rey, y qué chasco se van á llevar! Los necios creerán que persiguen á dos consumados en el oficio y no saben que uno de ellos ha sido esta la primera vez que ha cogido los remos.

—Pues cualquiera que os hubiese visto, diría que érais un hábil bogador.

—Me he fijado bastante en el modo de remar durante un mes que paseaba por las márgenes del Guadalquivir, y por los visto aprendí lo bastante para ejercer el oficio.

—¡Ya lo creo! Y luego tenéis una fuerza, que cada empuje vuestro vale por diez del más hábil.

—Andrés, noto que giramos mucho á la izquierda, y te advierto que por ese lado deben hallarse mil caballos del viejo D. Alonso. Mil hombres, Correa, que darían por cogernos la mitad de su vida.

—Lo creo, señor; pero no nos sorprendarán, pues se hallan aún á más de una legua, y solo nos resta seguir en esta dirección unas trescientas varas hasta salvar el cercado que tenemos de frente, el cual no podemos cruzar, á no amenazarnos un peligro que no existe ahora.

Y nuestros dos caminantes continuaron el resto de la noche marchando por terrenos cubiertos de arena unas veces, otras pantanosos, ora tropezando, luego mojándose hasta las rodillas, hasta que

por fin comenzó á amanecer, y los primeros albores de la mañana les proporcionaron una luz que ha tiempo necesitaban. Andrés, no obstante, dirigió bien á su señor, y en este momento se hallaban á ocho leguas de Sevilla y á poco más de seis del Saucejo, libres del principal peligro, pero no de caer en manos de alguna partida de sus contrarios.

Pedro, sin embargo, subió á una altura, reconoció el sitio donde estaban, y satisfecho de su investigación, le dijo á Correa:

—Bien, Andrés: me has guiado perfectamente; pero antes de volver á emprender nuestra marcha, quiero descansar un rato, almorzar, y beber un poco de Jeréz. ¡Pardiez, que me siento algo cansado y con hambre!

Descendieron de la loma, y sobre su verde falda se sentaron tranquilamente, y comenzaron á comer un trozo de ave, otro de sáballo, unas gruesas lonchas de jamón y algunos dulces, dando fin á una botella de Jeréz que les prestó sobrado calor para continuar tan pesada fatiga.

Dos horas después pisaron el camino y terreno de Osuna, y ya por la carretera continuaron marchando con más comodidad y menos prisa, dirigiéndose al Saucejo.

Estarían como á dos leguas del monte, cuando vieron venir en dirección de ellos dos jinetes, en los que Pedro creyó reconocer á sus prisioneros Mendoza y Laguna, y no tardó cinco minutos en convenirse de que eran efectivamente los mismos que él suponía. Entonces se detuvieron y esperaron la llegada de los otros, y cuando se aproximaron á veinte pasos, les gritaron:

—¡Alto!

Aquellos quisieron correr; mas se descubrió el Temerario, y Mendoza le dijo á Laguna:

—Detenéos, que es el conde de Lara. Y los dos jinetes se aproximaron á Pedro sorprendidos al verle con traje de marinero, y lleno de lodo hasta la cintura. Este preguntó á Mendoza:

—¿De dónde venís?

—Del Saucejo—contestó aquél.

—¿Quién os ha puesto en libertad?

—Vuestro escudero Lázaro.

—¿Con quién habéis hablado?
 —Con el abad de San Pablo únicamente.
 —¿Os han dado en mi castillo cuanto habéis pedido?
 —Sí, señor.
 —¿Necesitáis oro ó alguna cosa más?
 —No, señor.
 —¿Adónde vais?
 —A las cercanías de Sevilla.
 —Os advierto que las avenidas de la capital están tomadas por las tropas de don Alonso, y si éstas os cogen y llevan al Alcázar, es fácil os ahorquen. Vuestra llave y pergaminos en mi poder han disgustado mucho al viejo monarca.

—De todo eso me ha enterado el abad, y ya sé que debo huir del rey y de sus partidarios.

—¿Veréis á vuestro tío Mendoza?

—Sí, señor: me espera á dos leguas de Sevilla, á cuyo lado permaneceré interin dure la guerra civil.

—Decid, pues, al obispo que he tenido un placer en servirlo, y que continuó á sus órdenes como antes.

—Gracias, señor: ¿deseáis algo más?

—Que estrechéis su mano de mi parte, y que le obedezcáis en todo.

—Lo haré así.

—Que Dios os perdone y proteja.

—Que el cielo os ayude, noble y poderoso conde.

Y los cuatro partieron en diferentes direcciones.

Dos horas más tarde entró Pedro en su nuevo castillo del Saucejo, reconoció las grandiosas obras mandadas hacer por su antiguo escudero, se mudó de traje, y encerrado con aquél, que á la sazón se hallaba allí, le dijo:

—Señor de Marcia, has cumplido mi encargo como yo esperaba, y gracias á tu celo y buena dirección, tenemos entre nuestras queridas rocas un castillo tan fuerte como las peñas que le circundan.

—Y tan lujoso como el Alcázar del rey.

—Sí, nada falta, y me hallo satisfecho de todo él.

Y tomando el rostro del Temerario un aspecto grave, añadió:

—Haz que suban á mis dos prisioneros.

Lázaro le contestó con resolución:

—Mendoza y Laguna no están ya aquí.

—¿En dónde los has encerrado?

—Los he puesto en libertad.

—¿Te olvidaste acaso que soy yo solo el señor del Saucejo?

—No.



—¿Váis á ver á vuestro tío Mendoza?

—¿Quién ha mandado entonces lo contrario, y por qué obedeciste?

—Nadie ha mandado nada. Vino ayer el abad de San Pablo á rogarte de parte del Solitario que dejases en libertad á esos hombres, y no estando tú, lo hice yo en tu nombre.

—¿Y por qué?

—Porque tú hubieras hecho lo mismo.

—¿En qué te fundas?

—En que ambos debemos la vida al Solitario.

—¿Conoces tú á ese misterioso ser?

—Lo mismo que tú.

—¿Has hablado con él?

—Es mudo, ya lo sabes.

—Mas pudiera no serlo contigo.

—Lo es.

—¿Y con todo el mundo?

—Pedro, yo no soy el confidente del anacoreta.

—Pero le conoces.

—Tú también.

—Menos que tú.

—Lo mismo, poco más ó menos.

—Pues si ambos debemos la vida á tan misterioso ser, que nos la venga á reclamar y se la daremos; pero yo no he ofrecido á nadie mi voluntad.

—Debemos ser generosos con el que tanto ha hecho por nosotros.

—Es que esos traidores que has salvado pueden perdernos: ya sabes que son temibles. Pero, ¿quién es ese anacoreta, Lázaro?

—Nuestro salvador, Pedro; ¿lo olvidaste ya?

—¿Juras por tu honor que no es otra cosa que nuestro salvador?

—Será mucho más; pero no ha llegado á mi noticia.

—¿Ignoras también dónde se oculta?

—Sí.

—¿Lo juras?

—Pedro, ¿desde cuándo dudas de mis palabras? ¿Qué motivo te he dado yo para hacerme esa ofensa?

—Lázaro, me has enseñado todo lo que tú sabes; pero yo he aprendido en la corte mucho más.

—Sé que tienes gran talento, que comprendes más que yo; ¿pero qué relación guarda eso con mi pregunta?

—Quiero decirte que, á pesar de tu veracidad, me engañas en algunas cosas.

—Te equivocas, Pedro; jamás te he mentado.

—Veámoslo. ¿Vive mi padre?

—¡Pardiez! ¿Pues no me estás viendo?

—Digo el que me dió el ser.

—¡Ah! sobre eso no debo decirte nada.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—¿Quién te lo prohíbe?

—Un juramento.

—¿Tiene plazo?

—Sí.

—¿Cuándo concluye?

—Pronto.

—¿Y si muero antes?

—Yo te seguiré, y al salir de este mundo te contaré todo lo que quieras.

—¿Te burlas?

—No; ¡mas estás hoy tan pesado!...

—¡Es, Lázaro que se me acaba la paciencia!...

—Basta, señor conde: en nombre de tu padre te prohibo volver á hablar de él, y ocuparte de si vive ó no.

—Enséñame el poder que te autoriza para mandarme así.

—Ese poder está en los títulos, condado, palacios y grandezas que te he dado; en lo que has sido, en lo que eres; pues todo lo he entregado yo; está en mi honradez, en mi palabra, en mi veracidad; si no sirve para lo uno, ¿por qué lo has admitido para lo otro? ¡Ay de ti, Pedro, el día que te hable á nombre de tu padre y me desobedezcas!

—No temo yo tus amenazas, viejo endiablado y tenaz; lo que me entristece y aburre es tu silencio, el cual estoy seguro que no podría romper ni á puñaladas.

—Sí: puedes estar segurísimo, valiente joven; gracias á mí que te he hecho hombre fuerte, y te he prestado mi arrojo y temeridad.

—¡Pero el discípulo!...

—Es un desgraciado, que amenaza y se burla de su maestro.

Pedro no pudo menos de sonreirse: se levantó, y estrechando á Lázaro, le dijo:

—Vamos á comer perverso cordobés: como tú no has andado por agua y tierra dieciocho leguas como yo, no parece que tienes mucha gana.

—¿Y qué has hecho en Sevilla?

—Ya te lo escribirá tu contemporáneo Rodrigo, en recompensa de lo mucho que tú le cuentas á él.

—Es que quisiera saberlo antes.

—Comamos primero, y luego habrá tiempo para todo. Hoy no salgo de aquí, pues te aseguro que el camino de esta noche me ha quitado la gana de andar más.

Y los dos se sentaron á la mesa, dando luego principio á una animadísima conversación, en la cual se trató de los acontecimientos de Sevilla, de planes futuros, de los montañeses, de sus equipos, armamento y número. Concluyeron de comer, y todavía duró la plática hasta las nueve de la noche, en cuyo instante entró un caballero de los de Lara, y le

dijo á éste que una mulsumana, sola y cubierto el rostro con un tupido y grosero velo, deseaba hablarle con gran insistencia. Pedro la mandó entrar, y poco después apareció en los umbrales de la puerta una mujer de estatura regular, mal vestida, y tapada efectivamente con un velo obscuro y extremadamente ordinario. El conde y Lázaro continuaban sentados en el comedor, el cual se hallaba alumbrado profusamente, conteniendo todavía la mesa ricos manjares. Al ver que la extranjera se acercaba, los dos se volvieron hacia la puerta, y quedaron frente á la recién venida. Pedro la dijo:

—Deseabas hablarme, y aquí me tienes.

—Lo haría con más gusto si te hallases solo.

—Este caballero es mi padre adoptivo, y merece toda mi confianza: puedes expresarte delante de él sin temor alguno; más si lo creyeses indispensable, se retirará.

La extranjera se alzó el velo, presentando su rostro, parte del pecho y las manos; tendría unos veinticinco años, y su piel parecía la corteza de un árbol en lo áspera y oscura, más sus facciones eran perfectas, y su mirada abrasaba como los rayos del sol. Vestía una túnica tosca, ceñida á la cintura por un cordelito, y bastante ennegrecida, sucia y agujereada, y un largo manto, que le servía de velo, completaba su mísero traje, pues iba descalza y con los pies ensangrentados. Pedro y Lázaro quedaron sorprendidos del contraste que formaban su ropaje y tosca piel con lo perfecto de sus facciones y brillantes ojos. Esta mujer se había expresado con calma, mucho aplomo y una languidez horrible. Después que hubo descubierto su faz, le dijo al Temerario:

—He andado cerca de treinta leguas por venir á visitarte, y en todo el tiempo que he emplado en mi viaje no me he alimentado de otra cosa que de yerbas y raíces silvestres; la debilidad ha agotado mis fuerzas, y apenas puedo sostenerme en pie: ¿me das un pedazo de pan y un poco de agua?

Pedro y Lázaro se levantaron á la vez, le acercaron una silla á la mesa, y el primero la contestó:

—Siéntate, come y bebe; ahí tienes sabrosos manjares, buen vino y agua cristalina; y si no te gustan pide otros, que el conde de Lara te los dará, y servirá con gusto.

—Gracias, señor: esas viandas sólo son para los afortunados de la tierra; yo no puedo comer otros manjares que el pan, ni beber otro líquido que el agua.

Y sin aceptar el asiento que le aproximaron, cogió un trozo de aquel, miró al cielo, exhaló un suspiro, y comenzó á comérselo con mucha calma y cortándolo en pedazos muy pequeños. Esta extraña mujer hablaba en árabe, pero expresándose admirablemente, y no accionaba, pues hasta que se acercó á la mesa parecía una inmóvil estatua. Lara y Rueda la contemplaban cada vez más admirados.

La extranjera comió como dos onzas de pan, bebió agua, y acercándose á una ventana arrojó por ella el resto del alimento y la copa que había cogido de la mesa. Pedro la rogó repetidas veces tomara asiento; pero ella rehusó, moviendo la cabeza, y mascando á la vez los pedazos de pan que llevaba á su boca.

Cuando hubo terminado, tornó á su anterior inmovilidad, y con voz clara, sonora y vibrante le dijo al conde:

—Gracias, noble señor. Ahora que he recobrado la fuerza suficiente, voy á enterarte del objeto de mi venida. Más es preciso antes que te diga quién soy, cómo y por qué he llegado aquí.

—El acento de esta mujer penetraba hasta el corazón del que la escuchaba, hiriendo las fibras con su timbre agudo, sonoro y especial. Después que hubo levantado su vista nuevamente al cielo y exhalando otro suspiro, continuó:

—Nací más desgraciada que ningún otro ser; me crié como las fieras entre los árboles de la selva y las grietas de las montañas; y apenas cumplí los veinte años, ya todos huían de mí como de un espíritu maldito por Alá. Desde entonces unos me llaman la bruja, otros la hechicera, y los más la maga!...

—¡La maga de las Alpujarras!—exclamaron á la vez el conde y su antiguo escudero, queriendo devorar con sus miradas el rostro de aquella infeliz.

Ella añadió con voz melancólica:

—¡También á vosotros os causa extrañeza la solitaria de la montaña! ¡También me miráis con asombro! y... ¿os asusto acaso?

Pedro la contestó:

—Hemos oído hablar mucho de ti, de tus milagros y raras apariciones. Nos ha causado sorpresa contemplar un sér extraño y de quien tanto se cuenta; mas Pedro de Lara no teme á los vivos ni á los muertos, á los hombres ni á los espíritus, á los buenos ni á los malos; habla pues, dí lo que quieras, y perdona nuestra curiosidad si ésta te ha ofendido.

—Aun cuando no te he visto hasta ahora, sé que estoy delante del hombre más valiente del mundo; conozco tu corazón, y sé toda la hidalguía y fortaleza que encierra. He venido á pié con las plantas bañadas en sangre, ya lo ves; he andado muchas leguas, y te advierto que no puedo admitir recompensa alguna de tí: ni compro ni vendo nada; cuando mi túnica y mi manto se rompen, la hija de un Zegrí me da otro; me alimento de frutas de la selva, bebo agua del monte, y si estoy enferma, una cabra silvestre me presta su leche. No recibo favores de nadie; se los hago á los elegidos, y todo me sobra en el mundo: luego nada, vengo á pedirte, nada aceptaré, y nada he de llevar. Ahora oye bien mis palabras, conde de Lara. Hace ocho días fuiste á Sevilla, triunfaste de tus enemigos, mataste á uno, avasallaste á un rey, y tu poderosa voluntad imperó allí á medida de tu deseo. Tus contrarios te sitiaron, te cerraron todos los caminos, y no había medio, al parecer, que te pudiera librar de la terrible muerte que te preparaban; más tú, apoyado en una débil tabla, cruzaste por medio de todos ellos, y desafiando el peligro, llegaste á tu fortaleza sano y salvo. Te alumbraba la luz de Alá, y te defendía su poderoso brazo. El universo entero hubiera sido poco para tí, acompañado como ibas del auxilio celestial.

Y calló é inclinó la cabeza, mientras Pedro y Lázaro se miraron sorprendidos y sin acertar á explicarse las extrañas impresiones que acababan de recibir. La maga exhaló un nuevo y ronco suspiro, y con voz terrible y más vibrante que nunca, continuó:

—Conde de Lara, Alá no te protege esta noche, ni mañana, ni al siguiente día: te amenaza una horrible desgracia; si tú no lo precaves, si no lo conjuras, si fiado en la suerte y el valor te entregas á tu insensata temeridad, ¡ay de tí, Pedro! ¡ay de mi bienhechora, la hija del Zegrí!... Asómate á esa ventana, mira al cielo, y ve que sobre tu castillo hay una estrella que parece destilar sangre; ese astro te dice que tu vida está en peligro, y acaso que la muerte te aguarda ya con su fiera gaudaña. Al lado de esa estrella hay un lucero pequeño y brillante: fíjate bien en su centro, y veras que tiene manchas encarnadas, y ese te dice que la hija de Oriente, la sin igual Fátima, está proxima á perecer. ¡Pedro de Lara, sálvate, salva á mi bienhechora!... si no puedo no me dejan decirte más!... si no me crees, asoma, asómate á esa ventana y mira al cielo!

Y con voz parecida á un trueno, concluyó exclamando:

—¡Ay de tí Lara! ¡Ay de la huri, que tanto te ama!

Y fascinados el conde y Rueda por el acento de aquella mujer, enloquecidos y fuera de sí, se acercaron á la ventana y creyeron ver en efecto dos astros ensangrentados. Pedro exclamó, cogiéndose al hombro de su antiguo escudero:

—¡Lázaro, mira el lucero de Fátima; ve las manchas que dice la maga!...

—¡Veo tu estrella; parece que vierte sangre, según lo dice la solitaria!... ¡Hijo mío, no te separes de mi lado que te cerca la muerte!

—¡Rueda, corramos á la torre, veamos si arden las hogueras, y partamos inmediatamente á Mollina! ¡Si muere Fátima, me arranco el corazón!

Y los dos se dirigieron á la torre á pasos acelerados, y se asomaron á una ventana que dominaba el monte y los llanos de Mollina. Una densa obscuridad se presentó á la vista de ambos, y un silencio igual al de la tumba.

Los dos amigos continuaban en su observatorio, cuando les pareció distinguir una fantasma que corría por entre las breñas del Saucejo; se fijaron en ella, y á poco vieron que alzaba los brazos, y dirigiéndose á ellos les decía:

—¡Ay de Pedro de Lara! ¡ay de la hija del Zegrí!

La voz se perdió en el espacio, después de repetir el monte sus ecos; la sombra desapareció, y quedó sólo el negro manto de la noche con su sepulcral silencio.

Pedro cogió á su amigo de una mano, tiró de él, y ambos volvieron al comedor; pero la inmóvil figura de la maga no estaba allí; llamaron, preguntaron por ella, y les contestaron que há poco salió aceleradamente. Pedro, se sentó, limpió el sudor que bañaba su frente, bebió un vaso de agua, se repuso, y mirando á su asustado compañero, exclamó:

—¡Ay, Lázaro, cuán débiles somos aún aquellos que hemos nacido fuertes!... ¡El cuento de una pobre mujer, el torpe relato de una hechicera ó maga, ha bastado para hacernos estremecer!...

—¡Pedro, esa mujer es algo más que una impostora!... El fuego de sus ojos, el timbre de su voz, y la verídica historia que nos ha referido antes, lo dicen bien claramente.

—¡Bah! mi escudero Andrés habrá referido hoy á los montañeses mis hechos

de Sevilla, y han llegado á noticia de esa loca, y el fuego y el metal de su voz son hijos de su exaltación cerebral. Ríete de esos cuentos, y arrepiéntete como yo de haber creído un solo momento el augurio que envuelven.

—Tienes razón; por mi patrón Santiago, que hemos sido tan débiles como un niño; pero si llego á coger á esa bruja, te aseguro que ha de pagar bien cara su audacia.

—Sí; hazla salir de mis estados, no vaya á molestar á nuestros montañeses con sus patrañas. Ahora quiero descansar, que bien he ganado el lecho, señor de Marcia. ¿Me ayudas á desnudar?

—Pues ¿y mi señorío y títulos de nobleza?

—¿No los has archivado tú?

—¿Y de qué me serviría lo contrario?

—Es verdad; más tú me has enseñado á que sólo me valga de tí cuando estas á mi lado; con que no te quejes.

Lázaro se sonrió, desnudó á Pedro, y cuando lo hubo dejado en cama dormido, se retiró á su alcoba.

CAPITULO XX

Las hogueras.—Acción inicua.—Arrojo de Lara.—La muerte.

Amaneció el siguiente día cubierto el cielo de negros nubarrones que escondían los luminosos rayos del sol, obscurecían el espacio y daban tristeza á aquella mañana de primavera. Reinaba un viento Sur fuerte y tan caluroso que parecía venir del corazón de la Arabia. Las flores inclinaban su frente; el canto de los pájaros era monótono, sentimental y agorero, y el murmullo del agua pretendía imitar el gemido de los hombres. Las montañas del Saucejo, envueltas entre las sombras de las nubes, presentaban un siniestro aspecto, mientras sus hijos estrechaban á la esposa querida, á la madre tierna, al hijo adorado ó á la hermana cariñosa para marchar á la guerra; mas ni ellos vertían una lágrima, ni ellas intentaban detenerlos; ni los niños lloraban, ni exhalaban suspiros los ancianos.

nos: hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos exclamaban con acento seguro:—«¡A la guerra, que peligra la patria! ¡Que os llama Pedro! ¡Todo por Pedro y por la patria!» Y estampado el ósculo de despedida, todos los brazos que oprimían contra el corazón un sér idolatrado, corrían los hombres en dirección de Osuna cantando canciones guerreras y vitoreando al padre común, al generoso señor, al más valiente del universo, á Pedro de Lara; y sus roncacos, repetidos por el cóncavo de los montes, atronaban el espacio formando coro con el recio vendaval que batía las rocas, encorbaba los árboles y barría la superficie. En la madrugada de este día todo era guerrero, imponente y pavoroso desde las cumbres más elevadas del Saucejo á los confines de Osuna; hasta

la naturaleza parecía triste y como que presentía y auguraba una próxima catástrofe.

El conde de Lara despertó al asomar el primer albor, llamó, entraron dos pajes y les pidió una cota de malla, una gorra y su manto blanco. Al abrir los ojos tenía el Temerario la frente contraída, la mirada severa y el rostro encendido. Durmió intranquilo y despertaba triste y enojado. Primero se sentó sobre la cama y meditó; después le vistieron, y llegando á la vez su antiguo escudero, le dijo:

—Lázaro, dos caballos para tí y para mí, un saco lleno de oro y que avisen en la montaña que voy á partir. Saldremos solos, pues vamos á ejercer la caridad y no quiero que lo vean los del castillo. Deja aquí la fuerza necesaria y que mis restantes caballeros, heraldos, pajes y soldados nos sigan una hora más tarde á Osuna, donde serán todos revistados para que en la aurora de mañana podamos ir á la costa á recibir al rey de Fez. A mis montañeses quiero verlos antes y después de vestidos con sus nuevos trajes de guerra. La gente de armas se hospedarán en los edificios públicos; mis hijos del Saucejo y de la selva en mi palacio; si no basta la parte baja, que ocupen hasta mi alcoba; que nada falte á esos valientes, y en el combate vela por ellos, Lázaro, más que por mí. Marcha.

Poco después anunciaron varias bocinas que el señor de aquellas tierras partía á la guerra, y ancianos, mujeres y niños, corrieron á despedirlo, formando dos largas hileras en las orillas del camino.

Pedro, después que salió Rueda, entró en la capilla, asistió al santo sacrificio de la misa y oró; mas en esta ocasión se distraía bastante con las continuas ideas que se agolpaban á su mente, ideas y pensamientos profanos al acto y sitio donde se hallaba; él quería rezar, pero con tanto sentimiento suyo se olvidaba continuamente de las oraciones que sus labios articulaban, como impulsado por un poder que á cada paso lo vencía.

Eran las seis de la mañana, y el día continuaba triste, nublado y ardoroso por el viento abrasador que seguía reinando.

Lara bajó, cogió el talego con oro que llevaba su amigo Lázaro y le dijo á éste.

—Monta, coge del diestro á mi caballo y sígueme.

Y partieron yendo delante y á pie Lara, y Rueda en la forma que dejamos expresada. Poco después entraron en las dos filas de mujeres y ancianos montañeses, recibiendo una ovación tan tierna como merecida.

Allí había cojos, mancos tullidos y hasta enfermos que llegaron unos arrastrándose, y otros apoyados en sus mujeres; éstas y los ancianos alzaban á los párvulos y les decían con los ojos húmedos:

—Ved á vuestro padre, hijos míos; á ese se lo debéis todo, echadle besos. Y los niños llevaban sus manecitas á la boca y arrojaban al aire tiernos ósculos, que el Temerario recibía con dulce sonrisa y mirada paternal. Lara iba muy despacio, dirigiendo preguntas y consuelos á las mujeres y á los enfermos, y alargando puñados de oro á los ancianos; á estos últimos les repetía al darle las monedas:

—Tomad, amigos míos, repartidlo entre los más necesitados, y cuidado con que sepa yo que alguno de mis montañeses pasa hambre. Socorred y velad á los enfermos, dad buenos consejos á los jóvenes, que amen todos á Dios, que no hagan nada contrario á la justicia; y ¡ay del que no os obedezca!

A las mujeres les decía:

—Dormid tranquilas; sed honradas, y no temáis por vuestros padres, hijos y hermanos; van á mi lado, yo los protejo, y Dios nos ayudará á todos.

A los enfermos, inutilizados y paralíticos les aconsejaba con el mayor cariño:

—¡Hijos míos, tened paciencia; Dios es justo y un día no lejano os llevará á su paraíso, donde todos seréis felices!

Y besaba á algunos niños, acariciaba á otros, y á todos los demás los llamaba por sus nombres, estrechando las manos de algunos valientes que á su lado cayeron heridos y ahora se acercaban á él cojos, mancos ó con heridas abiertas.

Toda, absolutamente toda la gente útil del Saucejo, había partido á Osuna al primer llamamiento de su señor. De quince

años arriba no quedó un solo hombre, á excepción de los imposibilitados, y hasta se incorporaron algunos de trece y catorce, habiendo también más de doscientas mujeres que no teniendo hijos menores de edad, quisieron seguir la suerte de sus maridos.

Pedro concluyó de repartir su talego lleno de monedas de oro, y estaba sobre una altura á la conclusión de las dos filas de montañeses hablando con un herido, mientras que Rueda acariciaba á un robusto ahijado suyo, al que tenía en los brazos, cuando vió al primero alzarse una densa humareda á gran distancia y luego aparecer las llamas de una hoguera. Lara fijó su atención en aquel sitio, se contrajo su rostro, sus cabellos se encrespaban, y con voz atronadora exclamó:

—¡Lázaro, mira hacia Oriente! ¿Qué quiere decir esa hoguera?

Rueda arrojó el niño á su madre, y viendo las llamas, gritó:

—¡Pedro, esas terribles llamas dicen que la vida de Fátima peligrará!

—¡Maldición!—volvió á exclamar el Temerario fuera de sí.—¡La maga, Lázaro, tenía razón! ¡Mi caballo, tu escudo y mi bastón-lanza! ¡Rueda, valiente amigo, vuelve al castillo, y al frente de mis caballeros y gente de armas, corre á Mollina!

—¡Pedro—exclamó éste azorado—, que vas sin armadura! ¡Espera un momento! ¡Por tu padre!...

Era ya tarde. El Temerario, de un salto montó en su caballo, cogió el bastón-lanza, le quitó á Lázaro su escudo, y saltando montes, lagunas y precipicios, corrió hacia el campo moro con una velocidad indescriptible. Rueda lo vió partir, vaciló, obedeciendo la orden de Pedro, picó á su potro, exclamando á la vez:

—¡Montañeses, rogad á Dios por la vida de nuestro señor que está en grave peligro!

Y encendido como Pedro y corriendo como él, continuó hasta el castillo. Los hijos é hijas del Saucejo cayeron de rodillas, y bañados sus rostros por el llanto, alzaron su voz al cielo implorando la protección de Dios para tan generoso y noble guerrero. En estos momentos varios

ancianos creyeron distinguir una estrella de color de sangre.

Dejemos á Rueda, que bien á pesar suyo tuvo que dejar partir solo á su hijo adoptivo, para de este modo poder serle más útil, y continuó caminando en busca de sus bravos compañeros; abandonemos á los que postrados en tierra miran al cielo, gimen é imploran la protección del que todo lo puede, y sigamos al valeroso amante, que presintiendo una horrible desgracia, sin reparar en peligros ni asechanzas, obliga á su caballo poco menos que á volar, con exposición á cada momento de despeñarse y hallar una muerte segura.

Así era efectivamente; el Temerario buscaba el camino más breve, aun cuando éste fuese inaccesible; miraba al terreno por donde podía acortar, y sin fijarse en los riesgos, oprimía el vientre de su potro, le gritaba, le imprimía su aliento, y el animal saltaba, escapaba de nuevo y con una agilidad, brío y fortaleza incomparables evitaba la catástrofe, hasta que por último, y dejando atrás la muerte que tantas veces había amenazado la existencia del huérfano, entró en el llano, y arrojando al suelo su manto, siguió con paso más acelerado todavía. Mas ¡ay! que su mirada ansiosa, fija siempre en la primer hoguera, vió que el fuego de ésta acrecía por momentos, contemplando después una hilera de ellas, cuyas llamas se multiplicaban continuamente. De esto deducía el mancebo, con sobrada razón, que su bella huri se hallaba cada vez más próxima á perecer, ó por lo menos, aumentaba más y más el peligro que la amenazaba.

Lara cruzó la Barba y se dirigió á la Roda, dejando asombrados á cuantos encontraba á su paso por la carrera que llevaba su caballo y por el sudor con que éste tenía cubierta la piel. Media hora después subió una empinada cuesta y desde lo alto distinguió la Roda; mas creció su admiración al notar que partiendo desde Mollina y en dirección de Ecija, había otra hilera de hogueras, cuyas llamas se elevaban más aún que las de las anteriores. El conde se detuvo un momento, vaciló, pero su clara inteligencia no le prestaba en esta ocasión medio alguno

para comprender la causa que motivaba aquella nueva línea de señales. Volvió á correr hacia Molina, cuando de pronto vió un negro que se dirigía hacia él con paso tardo, oprimiéndose el pecho con las manos y cubiertas de sangre sus vestiduras. Pedro corrió; el africano quiso hacer lo mismo, pero á los cinco pasos cayó en tierra sin sentido. Un minuto después llegó Lara; y reconociéndolo, exclamó tirándose del caballo:

—¡Alí! ¡mi pobre Alí!...

La voz del Temerario penetró hasta el corazón del africano, devolviéndole un instante de razón. Alí lleno de heridas, deshecho el rostro y arrojando sangre por costados, cara y cabeza, levantó ésta un poco, y oprimiendo con la suya la mano que alargaba el amante de su señora, le dijo:

—¡Señor, por allí se la llevan!..., ¡la han robado!; ¡yo herí á muchos!..., y me dejaron por... muer... to..., muer... to... ¡ay!... Y el infeliz dejó caer nuevamente la cabeza, perdiendo otra vez el conocimiento. Lara lo levantó, lo movió, y viendo que no volvía á la razón, montó nuevamente á caballo y torciendo á la izquierda se dirigió al sitio por donde le había indicado Alí, que era el mismo que trazaba la segunda hilera de hogueras; mas á los cien pasos se halló á cuafro musulmanes que trabajaban en el campo; los llamó, y les dijo:

—Soy Pedro el Temerario; id al camino, coged á un africano que veréis tendido en medio de él, llevadlo á la Roda y curadlo. Tomad ese bolsillo y si salváis la vida de ese hombre, contad con mil doblas cada uno. Y sin resperar respuesta partió en la misma dirección que llevaba.

El conde dedujo de las palabras de Alí que muchos hombres armados habían robado á su amada, y que éstos, por la dirección que llevaban, no eran musulmanes; pero nada más comprendía, ni podía explicarse la causa ni quién sería el atrevido que osó acometer tal empresa. La razón de Lara se ofuscaba á la par que crecía su dolor y coraje; y ya su mente dejó de prestarle ideas, resumiéndolo todo la ira y el pesar que le atormentaba. Para colmo de desgracias veía

á cada momento la inmóvil figura de la maga, pareciéndole escuchar aquellas terribles voces: «¡Ay de tí, Pedro, y de la hija del Zegrí!» Si este recuerdo molestaba mucho al infortunado joven, no por eso aminoraban sus bríos ni amenguaba su valor; antes por el contrario, y con tal de ver á su Fátima, ansiaba el peligro y hasta deseaba la muerte.

Corrió dos horas más sin ver otra cosa que cielo, árboles y campo, pues hasta había dejado atrás la última hoguera de la segunda hilera. En este momento distinguieron sus ojos un grupo de castellanos entre los cuales estaba el posadero de la venta del Judío, y dirigiéndose á ellos, les preguntó si habían visto á varios hombres que corrían en su misma dirección llevando consigo una hermosísima mora. El ventero reconoció á Lara y le dijo:

—Señor conde, hace un cuarto de hora que acaban de cruzar por ahí en frente quinientos jinetes musulmanes llevando en medio una litera cerrada; los que la conducen van á pie, por cuya razón no caminan muy de prisa.

—¿Hacia dónde se dirigen?—les preguntó Pedro.

—Han tomado el sendero de Ecija; ¡pero nota!, señor, cómo va vuestro caballo!... No pudo continuar, el conde espolé á su potro, y dirigiéndose á donde le había indicado el ventero, partió con la misma velocidad. Un cuarto de hora después subió una loma y desde su parte más elevada distinguió claramente una cohorte de moros que caminaban por la falda de una cordillera próxima á distancia de unas mil varas de donde él estaba. Pedro entonces detuvo á su caballo, miró con fijeza el grupo de albornoces blancos y le pareció que efectivamente conducían una litera; Lara respiró fuertemente y asomó á sus labios una satánica sonrisa. Luego pasó la mano por la cabeza de su potro, le miró un ojo y exclamó:

—Bien, aún puedes resistir media hora con esto tengo bastante. Volvió en seguida la vista á la espalda y á los costados, y apercibiéndose de que nadie corría en su auxilio, tornó á picar á su caballo, se dejó el camino, giró á la derecha

y continuó, no tan deprisa como antes, ganando terreno á los de la litera y acercándose á la vez á ellos. En estos momentos se decía:

—¡Quinientos hombres!... ¡La maga tenía razón; mas no he de volver atrás estando delante Fátima rodeada de enemigos!... ¡Dios mío, cúmplase tu voluntad!

Al acabar de expresar estas frases se hallaba á la derecha de los musulmanes y como á doscientas varas de ellos y distinguió perfectamente la litera donde iba encerrada su amada. De pronto hizo girar

Ni la pena, el dolor ni la fatiga habían debilitado sus varoniles fuerzas, ni amornado su omnipotente habilidad arrojo. Ciego de ira, valeroso como nunca, prestándole doble aliento la voz de su amada, mataba á sus contrarios, los maldecía, los injuriaba, los llamaba y hasta corría en busca de ellos.

Al principio, durante el primer momento de sorpresa, quedaron asombrados los raptos de Fátima; mas luego, viéndose tantos contra uno solo, oyendo las imprecaciones que éste les dirigía y notando que en pocos instantes había derribado diez ó doce, y que uno, al parecer jefe y señor de todos, les gritaba llamándoles cobardes é incitándoles á que acometiesen al Temerario, hicieron un remolino,

rodearon al huérfano del Saucejo y le embestían por todas partes, cerrándole el paso con sus nutridas filas.

Fuera de este terrible círculo había efectivamente una litera guardada por cuatro esclavos y un hombre que corría de un lado para otro animando á los suyos, obligándoles á que acometiesen, ofreciendo grandes recompensas al primero que derribase en tierra al conde. Era de notar que este hombre vestía también el traje musulmán y hablaba á los suyos en castellano; andaba muy diligente y afanoso, mas re-

husaba aproximarse á Lara, y era, sin duda alguna, el que mandaba á aquella disfrazada tropa.

Pedro el Temerario más hábil que sus enemigos y mucho más osado que lo había estado jamás, cuando se vió encerrado entre aquel círculo de hierro, giró adelante, volvió de pronto atrás, y derribando á seis, intentó inútilmente abrirse paso por aquella masa tan compacta y apinada. Entonces comprendió que no podía salvar á Fátima, y que no le quedaba otro remedio que morir matando. Cobró, pues, en aquellos supremos instantes la reflexión y serenidad que había perdido,



... distinguió claramente una cohorte de moros...

á su caballo á la izquierda, le dió una voz que el animal comprendió admirablemente, y cayó como un rayo en medio de los quinientos árabes, gritando cuanto pudo:

—¡Fátima! ¡Fátima!

Una voz dulce, pero vibrante y fuerte, le contestó hiriendo su corazón como pudiera hacerlo el dardo de una flecha:

—¡Pedro, sálvame!

Lara acabó de perder el resto de su muy extraviada razón; dejó de pensar, y en brazos de la más inaudita temeridad, llegó hasta el centro de sus enemigos hiriendo y matando á cuantos encontraba delante.

y trató, ya que no de librar su vida por serle imposible, de hacer pagar bien cara su muerte. Y dando principio al remolino, que practicaba con destreza sorprendente, comenzó á herir y matar á derecha é izquierda, por delante y por la espalda, con una ligereza diabólica, aturdiendo á los contrarios que formaban la primera fila y derribando en tierra a la mayor parte; mas este inimitable juego vino á redundar en perjuicio suyo: el suelo se cubrió de cadáveres, los caballos de los desmontados ayudaban á éstos á obstruir el paso; su bastón-lanza era ligero, pero muy corto; las picas de sus contrarios largas, y resguardados éstos con la muralla de cadáveres y caballos que tenían delante, comenzaron á tirarle botes de lanza que llegaban á su pecho, espalda y cabeza. La sangre del huérfano infeliz corría por todo su cuerpo, y hasta tenía que sacudir la cabeza para que no le cubriese la luz de sus ojos. Quince heridas había recibido ya y todavía paraba algunos golpes con su rodela, matando ó hiriendo al valiente que se le aproximaba. Aunque débil por la falta de sangre, casi agotadas sus fuerzas y sin aliento su mutilado caballo, aún le temían; todavía era un león próximo á exhalar el último suspiro, pero arrogante y valeroso hasta caer.

En este momento el jefe de aquellos sicarios se abrió paso, y mirando el lamentable estado de Lara, gritó á los primeros que rodeaban al conde:

—¡Mladitos, acabad de una vez con ese hombre, que llegan los suyos!

El debilitado Lara abrió cuanto pudo los ojos, sacudió la sangre que cubría su vista, y reconociendo en el que acababa de hablar al infante D. Juan, hizo un esfuerzo desesperado, ese esfuerzo al que parece prestar ayuda la muerte en el último instante de la vida, encabritó su caballo y dominando á cuantos le rodeaban, arrojó su bastón-lanza, clavándolo en el costado derecho de D. Juan exclamando: —¡Muere, traidor! ¡Adiós, Fátima!—Este supremo acto dió fin del resto de sus fuerzas y Lara y su caballo cayeron al suelo exánimes, y al parecer, sin vida.

Sus enemigos le juzgaron muerto y mirando á la espalda vieron, aunque muy

lejana, venir hacia ellos una partida de caballería. Cuatro jinetes cogieron la litera, y Ferrán, el escudero del infante, tendió sobre su caballo á su amo, que iba gravemente herido, y gritó á los cuatro esclavos que quedaban en pie:

—Coged esa peña, dejadla caer sobre la cabeza del Temerario y huid luego de aquí. Y alzando su voz cuanto pudo dijo á los sicarios:

—¡A Ecija! ¡Corred cuanto podáis, que se acerca el enemigo! Y él y sus restantes compañeros, partieron como exhalaciones.

Los robustos africanos, obedeciendo la orden de Ferrán, levantaron una gruesísima peña que había cerca de allí y se dirigieron al cuerpo inanimado del Temerario con ánimo de aplastarle la cabeza y concluir de deshacerle el cráneo. En este instante oyeron próxima una voz que salía de la montaña, á cuya falda estaban; miraron, y vieron un fantasma que, á pesar de sus blanquecinos cabellos, su arrugada y tétrica faz, descendía por el monte con una rapidez prodigiosa en actitud amenazadora, y acercándose á ellos les dijo:

—¡Deteneos, hijos del desierto!... ¡Ay de vosotros si mi aliento llega á tocaros!

—¡El Solitario! ¡Mahoma nos proteja!

Un segundo después llegó el anacoreta, miró el rostro de Lara, se arrodilló, palpó su costado izquierdo, oprimió su muñeca derecha, aplicó la cara á la boca del conde, acompañando estas pruebas con las siguientes frases:

—¡Vive!..., ¡no!..., ¡está muerto!... ¡Dios mío!..., ¡mi vida por la suya!

Y con una fuerza impropia de su edad y de su demacrada musculatura, levantó al Temerario, le agarró como á un niño, le oprimió contra su corazón y desapareció por entre las rocas gritando:

—¡Justo cielo!, ¡mi vida por la suya! Y como un trueno hueco y sonoro, fué repitiendo el monte los ecos de su voz, hasta que se perdieron con el Solitario entre las peñas, los precipicios y las malezas.

Minutos después que huyó de allí el anacoreta, llegaron al sitio de la catástrofe ochocientos jinetes, cuyos caballos iban cubiertos de espuma.

—¡Alto!—dijo el que los mandaba.— Y tirándose de su potro se dirigió al círculo de muertos que tenía frente á él, contando quince cadáveres y otros tantos heridos que demandaban á voces, unos confesión, otros agua y todos socorro. El jefe de los recién venidos volvió á gritar:

—Veinte hombres á tierra y aquí. Y comenzaron á buscar inútilmente entre los muertos y heridos el cuerpo de Pedro el Temerario. Visto que no estaba, exclamó nuevamente el jefe:

—Acabad de matar á esos miserables si no declaran en el acto qué ha sido del conde de Lara. Y los desmontados, fijando las puntas de su aceros en los pechos de los heridos, les intimidaron á que contestasen qué era del Temerario. Uno de ellos, medio ahogada la voz por la sangre que vertía su boca, dijo:

—Yo le ví caer muerto á mi lado...; se marcharon los míos, y cuatro negros cogieron una peña para arrojársela; pero al mismo tiempo llegó un hombre que parecía un fantasma, le levantó, y... creo que se lo llevó por el monte...; me pareció que volaban, pero iba muerto...

—¡Mientes!—dijeron varios de los otros.

—Callad—exclamó el jefe—; y arrodilándose junto al herido, añadió:

—Si me dices la verdad, te perdono y te mandaré curar inmediatamente. Ese hombre, ¿tenía la barba y el pelo blancos y llevaba una túnica de pieles?

—¡Sí, sí!

—¿No oíste que dijera nada?

—No; solo ví que lloraba.

—¿Era alto y anciano?

—Sí, parecía un hechicero.

—¿Quién mandaba los tuyos? Dí la verdad ó te mato.

—El infante D. Juan.

—¡Maldición sobre ese miserable! ¿A dónde ibais?

—A Ecija.

—¿Llevábais una mujer?

—Sí, una mo... mo... ra..., no puedo más. Y el herido cerró los ojos perdiendo el conocimiento.

El jefe se incorporó y volvió á gritar:

—Treinta de vosotros coged á esos heridos y partid á la Roda; depositad en una camilla al negro Ali; llevadlo con mucho cuidado á Osuna, y que le sigan curando con el mismo esmero que si fuese á mí. A esos miserables conducidos también y haced que los curen; mas que no se escape ninguno. Y dirigiéndose á los restantes, prosiguió:

—¡Compañeros, en este sitio, y hace pocos instantes, ha sido muerto ó herido el conde de Lara; solo él ha podido derribar treinta hombres, batiéndose contra quinientos ó mil enemigos; salvémosle si aún es tiempo, y si fuese tarde, le vengaremos, aun cuando hayamos de luchar contra todo el universo! ¡Guerra eterna á los enemigos de Lara mientras uno de nosotros aliente, mientras viva un montañés!

—¡Morir por Lara!—respondieron todos.—¡Lo juramos!

El jefe añadió:

—¡A escape, y al monasterio de San Pablo!

Y picando á los caballos, corrieron en la misma dirección que habían llevado los de D. Juan. Eran Lázaro y varios caballeros y gente de armas de Lara.

CAPITULO XXI

Los monjes de San Pablo.—Fallo terrible del abad.—Resolución de Rueda.—El sabio musulmán.—Un átomo de esperanza.

El valeroso Lázaro Rueda, ahora señor de Marcia, corría por la falda de aquellas montañas, llevando húmedos los ojos, el rostro contraído y el corazón angustiado. Su pena, el dolor que atormentaba á su alma, se igualaban únicamente á la

ira, al encono que en él germinaban contra el infante D. Juan y los que le obedecían.

—Muerto ó vivo, se decía en estos momentos, ¡juro por el alma de mi madre matar á ese hombre y á cuantos le si-

guen y le defiendan, hasta perecer yo ó dar fin de todos! Y oprimía fuertemente la empuñadura de su espada y aguijoneaba á su potro. Luego suspiraba, dejaba las riendas, miraba al cielo y se limpiaba los ojos con su mano derecha. El Temerario, á quien él quería como á un hijo, se le presentaba en su imaginación convertido ya en cadáver ó lleno de crueles heridas que pondrían en peligro su preciosa existencia. Estos lúgubres y fatídicos pensamientos torturaban el paternal corazón del cariñoso Rueda.

Los que seguían á Lázaro, caballeros y soldados, iban sin excepción alguna, encendidos por el coraje y la ira, no siendo solo el antiguo escudero quien llevaba los ojos nublados por el llanto.

Un cuarto de hora después tomó Rueda á la izquierda y entraron en un sendero de difícil acceso, el cual los condujo por medio del monte á un monasterio situado entre las rocas, tan triste y solitario como los negros peñascos de que estaba rodeado. Delante de su fachada principal había una esplanada donde fueron situándose, ó mejor dicho, apiñándose los ochocientos caballos que llevaba Rueda, pues apenas cabían en aquella especie de plazoleta. Este se apeó, dió las riendas á un soldado y llamó fuertemente en la puerta del convento; pasó un rato y volvió á golpear, mas tampoco le contestaron. Lázaro extrañaba que á aquella hora estuviesen cerradas la puerta de la iglesia y la portería del monasterio, y sospechó que algo extraordinario ocurría entre los reverendos padres; pero deseando él entrar y no saliendo ningún monje á abrir, tomó la acertada determinación de trepar por una reja; de ésta subió á una ventana que no tenía hierros, la abrió de un golpe con el pomo de su espada y entró en una celda pequeña, y tan modesta, que solo contenía una tarima con un jergón, una mesa con pergaminos manuscritos, un Crucifijo y dos taburetes; alzó el picaporte que cerraba su angosta puerta y salió á un claustro largo, estrecho y oscuro; se detuvo allí y escuchó; mas reinaba un completo silencio. Entró en otro claustro, y nada oyó tampoco; llamó al abad, y nadie le contestó; y desesperado de aquella

soledad, corrió de un lado para otro dando fuertes voces, hasta que oyó le apostrofaban en estos términos:

—¿Quién es el osado mortal que se atreve á profanar esta mansión?

Lázaro miró por todas partes, pero nada veía, y creciendo su desesperación, tornó á gritar:

—¿Dónde estáis?, ¿quién sois? ¡Pardiez!, hablad pronto.

La misma voz le contestó:

—Bajad.

Lázaro bajó nuevamente por los claustros hasta hallar una escalera estrecha que le condujo á un patio rodeado de otros claustros. En medio de estos estaba un monje con los brazos cruzados, calada la capucha, y en actitud humilde. Al ver á Rueda alzó la frente, lo miró, y pausadamente le dijo:

—¿Por dónde entrásteis?

—¡Pardiez! por una ventana. No habéis querido abrir la puerta, y por alguna parte había de penetrar hasta aquí.

—¿A quién buscáis?

—Al padre abad.

—¿Para qué lo queréis?

—Para hablarle.

—Ahora no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Padre, avisad que está aquí el escudero del conde de Lara, y no abuséis por más tiempo de mi paciencia. Os advierto que tengo ahí ochocientos hombres, que estamos todos desesprados, y que... ¡Dios me perdone lo que iba á decir! Padre, avisad al abad pronto, al instante, ó...

—¿Sois efectivamente el escudero del conde?

—Sí, padre, sí; soy Lázaro Rueda, señor de Marcia...

—Basta. Esperad un poco.

Y el monje abrió una puerta, entró, la cerró, y desapareció por ella. Rueda quedó paseando, ansioso y agitado por una impaciencia que le devoraba. Cada minuto, cada instante que pasaba, era un año de vida para él, un siglo de zozobra y de martirio. Por fin se abrió la puerta que dió salida al monje, el cual dijo á Rueda:

—Seguidme.

Lázaro marchó con él por un pasillo oscuro, cruzó después por delante de

una capilla, abrió su guía una gran puerta que ésta tenía al frente, y se presentó á sus ojos un salón, en cuyo centro estaba una cama, y alrededor de ella el abad y todos los monjes de San Pablo. Rueda cruzó por medio de los frailes, y cayó de rodillas al pie del lecho, exclamando:

—¡Hijo mío!... ¡Sólo la traición y la infamia consiguieron vencerte!

Sobre aquella cama se hallaba tendido el cuerpo inanimado del conde de Lara, presentando un cuadro que sólo excitaba llanto y compasión; estaba desnudo, y tenía la cabeza, espalda y parte del pecho llenos de heridas más ó menos profundas, pero casi todas graves. Los monjes en aquel momento las lavaban y sacaban los pedazos de hierros de la cota de malla que había dentro de algunas, mientras el abad iba reconociendo y examinando con escrupulosidad, juntando los bordes de las más largas, aplicando á unas bálsamo que llevaba en la mano, y á otras el zumo de varias plantas machacadas. Cuando el superior acababa de aplicar á una herida el remedio que juzgaba conveniente, dos monjes la cubrían con hilas, y encima fijaban las compresas y el vendaje apropiado.

Lázaro, después que hubo bañado con llanto el cadavérico rostro de su amigo, se retiró un poco para no estorbar á los frailes, y desde allí contemplaba con dolor los destrozos que habían hecho en su antiguo señor los malvados secuaces de D. Juan. Lara estaba sin conocimiento y á las puertas del sepulcro.

Media hora más tarde terminó la primera cura del herido, taparon á éste con una sábana y manta, entornaron las ventanas de aquel salón, y entonces el jefe de la comunidad, dijo á los monjes:

—Quedaos uno conmigo; los demás podéis pasar al refectorio; á mí me servirán la comida en esta habitación.

Y los padres fueron saliendo, excepto uno que cruzó los brazos, se recostó sobre una de las paredes del salón, y esperó. Lázaro preguntó con ansiedad al anciano abad:

—¿Y bien, señor, ese cadáver volverá á la vida?

El fraile, después de meditar, le contestó:

—Rueda, el conde de Lara vive hoy; pero mañana á estas horas habrá dejado de existir, á no hacer Dios un milagro.

—¿Luego está herido de muerte?

—En mi opinión tiene tres heridas mortales en la espalda; ha perdido además casi toda la sangre de su cuerpo.

—¿Y no tenéis, en fin, ninguna esperanza?

—No.

—¿Lo sabe el Solitario?

—Sí.

—¿Qué hace ahora?

—En su escondida gruta llora, y ruega al Altísimo haga un milagro con ese joven.

—Padre, vos tenéis mucho talento, conocéis las plantas y la mayor parte de las enfermedades físicas; mas esa ciencia está muy atrasada entre nosotros; los árabes la conocen mejor que los castellanos.

—¡Es verdad!—dijo el monje con sentimiento.

—¿Tendréis inconveniente en que lo reconozca uno de ellos?

—No; pero esos entendidos mulsumanes están lejos de aquí, y cuando lleguen ya habrá espirado el conde de Lara.

—¿Conocéis el mago Isac?

—Dicen que es el primer sabio de Granada.

—Pues bien; ese hombre fué llamado hace poco por Mahomad Zegrí, y debe continuar en Mollina, pues no hace quince días me aseguró que aún permanecería un mes estudiando no sé qué plantas que había hallado á la orilla de la gran laguna.

—Traed á Isac al momento, Lázaro; no tengo esperanza alguna; mas quién sabe...

—Vendrá, padre, inmediatamente. Voy además, con vuestro permiso, á encerrar en este convento quinientos montañeses; perdonadme, abad; pero Lara tiene muchos enemigos, puede hacer Dios un milagro, y quien sabe si habrá que defenderle.

—Los recibiré con gusto; pero no hay lechos ni alimentos bastantes.

—Ya traerán ellos cuanto les pueda hacer falta. Padre, si no queréis que entren, habitarán entre las rocas; son hijos de ellas, tan fuertes como sus madres, y adorarán á su señor.

—Que entren, Lázaro, que habiten en el monasterio, y que guarden á su amo, si un milagro de Dios nos lo devuelve.

—Regresaré inmediatamente.

—El cielo os acompañe.

Y salió Rueda seguido del monje que quedaba esperando las órdenes de su superior, se adelantó luego, abrió las puertas de aquel santuario, y preguntó á Lázaro:

—¿Cierro?

—No; ya podéis dejarla así día y noche sin cuidado alguno.

El reverendo se retiró, y el señor de Marcia salió al monte, y acercándose á los suyos, le dijo á D. Rodrigo:

—Amigo mío, el conde no ha muerto, pero se halla á las puertas del sepulcro; que os sigan veinte caballeros, cincuenta, ó los que queráis, y partid á Molina: á la derecha del palacio Zegrí veréis una casa pequeña pintada de amarillo, y en ella encontraréis al mago Isac; decidle que vais de mi parte, que Pedro el Temerario está herido de muerte, y que sólo su sabiduría podrá salvarlo; rogadle que os acompañe, trayendo consigo lo necesario para curar veinte ó treinta heridas hechas en la cabeza, la espalda y el pecho. Creo que el sabio atenderá mis ruegos; pero si se negase...

—Vendrá, Lázaro, vendrá. Y D. Rodrigo gritó:—Vosotros diez, seguidme. Y sin perder un instante, partieron los once por entre aquellas agrestes breñas con la mayor velocidad.

Rueda meditó, y alzando otra vez su voz, le dijo á un capitán que tenía á la derecha:

—Vivar, con la mitad de la fuerza marchad á Osuna, y conducid aquí inmediatamente quinientos montañeses de los mil que tenía destinados para que formasen la vanguardia del Ejército; que venga con vosotros el equipo, lo necesario para dormir quinientas veinte personas, y para alimentarse por algunos días. En cuanto regreséis, que entren mis montañeses, y que no quede aquí más fuerza que ellos y ocho ó diez de vosotros; en este monasterio no hay sitio para la caballería; ya veremos si se halla medio de colocar á vuestros potros fuera de la intemperie. Os advierto que el Ejército permanecerá, según está

esperando mis órdenes. Partid inmediatamente.

Luego se dirigió á los que quedaban, y añadió:

—Vosotros, amigos míos, echad pie á tierra, poned algunas centinelas avanzadas, y que ayunen los caballos; en cuanto á vuestras raciones, también habréis de tener paciencia. Ya sabéis que este sitio es sagrado; si conseguís algún refrigerio de los monjes, bien; y si no, componéos como podáis.

Y regresó al convento, entró en el salón donde estaba el abad, y le preguntó:

—Padre, ¿cómo sigue el herido?

—Lo mismo; ni ha vuelto al conocimiento, ni tengo esperanzas de que lo recobre en mucho tiempo.

—¿Su rostro sigue tan pálido como antes!

—Sí, la falta de sangre retardan el calor y la fiebre que habría de presentarse.

—¿No ha vuelto el Solitario?

—No.

—¿Me dáis permiso para que pase á verle?

—Sí. Entrad en esa galería de la derecha; á la conclusión hallaréis una linterna encendida; cojedla y bajad la escalera que veréis á continuación; empujad luego una puerta de hierro que encontraréis al pie; entrad por allí, y seguid adelante.

Rueda lo hizo así, y al poco tiempo penetró en una especie de cueva extensísima, abierta por la naturaleza en las entrañas de la tierra. Todo estaba allí desnivelado é irregular; y lo mismo lo que formaba techo que el suelo y las paredes se hallaban salpicadas de salientes pedruscos, siendo por unas partes muy ancha, por otras muy estrecha, por algunas alta, y por casi todas muy baja: Lázaro caminó más de quinientos pasos por aquella terrible y desigual grieta, distinguiendo al fin la luz del día, que entraba apagada por un agujero de una vara de diámetro que había en un lado de la roca. El señor de Marcia fatigado por la falta de aire, y tropezando cada momento, anduvo treinta pasos más que le separaban de una pequeña gruta en la que, á diez varas del agujero ó grieta, halló una tarrina, un jarro de agua, unos pedazos de pan muy negro, un precioso Crucifijo, y al pie de él al Solitario orando con ascó-

tico fervor y bañadas en llanto sus descarnadas y arrugadas mejillas. Tan embebido estaba en su tierna plegaria, que no notó la llegada de Rueda. Este dejó la linterna en el suelo, cruzó los brazos y esperó. El anacoreta continuó orando, prorrumpiendo al poco tiempo en tristes sollozos y gemidos desgarradores, que estremecieron á Lázaro, hasta el punto de verse obligado á interrumpir al habitante de las entrañas de la tierra. El Solitario volvió la cabeza, lo miró, se enjugó las lágrimas, besó tres veces la cruz del Redentor, se sentó en la tarima y meditó; luego alzó la frente, sacó una piedrecita, cuya parte inferior concluía en punta aguda, trazó sobre un pergamino con mano convulsa varias líneas, y se lo dió á Rueda, el cual besó la diestra que le alargaba; después leyó el escrito, se lo guardó, cogió la linterna, y miró al anciano; éste exhaló un suspiro é hizo un ademán para que el otro se retirase; ademán que fué obedecido inmediatamente, volviendo Lázaro por el mismo camino á la presencia del abad.

—Padre—le dijo entrando—, necesito recado para escribir.

—Pasad á mi celda, que allí lo hallaréis; luego os servirán la comida, y cerca del mío os pondrán vuestro lecho.

—Gracias por lo primero; lo demás no lo necesito.

—Alimentáos, Lázaro, y descansad; el poder de Dios es inmenso, y no se debe dudar de él ni un solo instante. Hoy está agonizando Lara, pero el Ser Supremo sana á los enfermos y hasta resucita á los muertos. ¡Acordáos del santo que llevó vuestro nombre!

—Comeré, señor.

Y tornando á mirar al herido, salió moviendo la cabeza, guiado por un monje que lo llevó á la celda del abad. Más de una hora pasó escribiendo dos pliegos, uno para Sancho IV y el otro para la reina, enterándoles de todo lo acontecido, y concluyendo por manifestarles que así como el conde de Lara había sido víctima de la infamia de su hermano D. Juan, y quedado inútil para defender la causa de Sancho, lo mismo lo estaba él, los montañeses, parientes, amigos y vasallos de Pedro, los cuales tenían que velar día y

noche por la débil existencia de éste, puesto que se hallaba amenazada por los partidarios, amigos y deudos del infante.

Lázaro no conocía la forma cortesana; y si su criterio era atrevido, impropio y hasta descortés, en cambio tenía sentidas verdades, que necesariamente debían herir el corazón del bravo rey. Cerró, pues, los dos pliegos, encargó á un caballero que los condujese á su destino; bebió una taza de caldo, un poco de agua, comió un pedacito de pan, y regresó al lado de Pedro. Este ni había vuelto en sí ni daba esperanza alguna de recobrar el conocimiento. Rueda y el abad, sentados á la cabecera del lecho, miraban al herido, y así permanecieron otras cinco horas aplicándole con intervalos un elixir á su nariz, y dejando caer del mismo algunas gotas en su boca.

Estaba anocheciendo, y en nada había variado la escena anterior, cuando entró un monje y avisó á Lázaro que D. Rodrigo acababa de llegar. Este pidió permiso al abad y corrió á la portería, donde halló y estrechó al mago, el cual se prestó gustoso á ir al convento y curar al conde si llegaba á tiempo. Inmediatamente Lázaro é Isac, en unión de un árabe que con éste venía conduciendo un cajón cerrado, entraron en el salón donde aguardaba el abad. Este se levantó, alargó su mano al mago, le habló sobre las heridas y estado del paciente, haciéndole un relato circunstanciado de todo.

Isac tendría ochenta años de edad, era bajo de estatura, muy calvo, y su frente ancha y recta demostraba ese vasto talento que, cultivado con incansable estudio y una meditación profunda, hacen del hombre esa rara y sublime excepción de los restantes seres de la tierra. La acción y movimientos del mago eran pausados, su mirada penetrante, hablaba poco, y comprendía con una facilidad admirable.

Cuando terminaron los cumplimientos entre el abad y el sabio, se dirigió éste á Lázaro, y le dijo:

—Luces, muchas luces, y que vengan cuatro hombres. Y mientras fué obedecido, cogió el cajón que llevaba el árabe, lo abrió, sacó varios instrumentos, eligió algunos de ellos, y esperó.

Un instante después estaba aquel salón-

cito profundamente alumbrado, y cuatro monjes aguardando las órdenes de Isac. Este miró fijamente al herido, escuchó su lenta y apenas perceptible respiración, levantó los párpados para examinar las pupilas, oprimió luego una de sus muñecas, después la otra, aplicó una mano á la región del corazón, y por último dijo á los frailes:

—Descubrid una por una todas las heridas del conde.

El abad y Lázaro observaban con ansiedad el semblante del sabio, queriendo averiguar por las impresiones que éste re-

herido el pulmón, aun cuando no es mucha la profundidad; por eso ha sido escasa la cantidad de sangre que ha salido por la boca. Las otras heridas, aunque profundas, no han interesado las entrañas. Lo más grave ha sido la hemorragia, tanto exterior como interior y la gran conmoción cerebral. ¡Será una prodigiosa curación si consigo volverle á la vida!

—¿Creéis posible sanarlo?—se apresuró á preguntarle Lázaro lleno de ansiedad.—El sabio meditó, y con voz solemne dijo:

—Rueda, ¡sólo tengo un átomo de esperanza!

—¡Un átomo nada más!

—¡Oh, y es mucho! El padre abad sabe muy bien que se me entregó un cadáver. Cherif—gritó después al árabe—, la caja, y ayúdame. Y con una agilidad y limpieza impropias de su edad, fué él mismo lavando las heridas con otros líquidos que traía preparados, aplicando en muchas de ellas polvos hemostáticos, y cubriéndolas luego con hilas y sus correspondientes apósitos, terminando por atar fuertemente unos cordones de seda á los brazos y muslos del herido, para evitar que en la reacción se produjera la hemorragia. En seguida le hizo aspirar al conde unas esencias y puso en su lengua algunas gotas de un licor que sacó de su caja.

En este instante se oyeron el estrépito de muchas voces,

ruido de armas y carreras por los claustros del monasterio. El abad exclamó asombrado:

—¿Qué podrá ser?

Y el mago, sin interrumpir su operación, añadió:

—¡Que callen! Ese ruido perjudica al enfermo.

Lázaro, sorprendido también por aquella inesperada algarabía, corrió inmediatamente á los claustros, y vió á los quinientos montañeses que mandó venir, levantando las armas y pidiendo ver á Pe-



... alargó su mano al mago...

cibía el estado del enfermo; mas el rostro del mago, impasible á todo, permanecía envuelto en el espeso velo de su invariable gravedad.

Isac cogió una sonda, á favor de la cual fué reconociendo con mucha calma todas las heridas de Pedro. Cuando hubo concluido tan larga y penosa observación, exclamó lleno de asombro:

—¡Qué destrozo tan terrible!... No hay sin embargo fractura de huesos; sólo incisiones en los del cráneo, pero son superficiales, ni ruptura conminuta ni hundimiento de esquirlas en el cerebro. Está

dro. Los hijos de la montaña llegaban amenazantes, con rostros aterradores, y poseídos de la más terrible desesperación. Ni hacían caso de las palabras del capitán Vivar, ni querían otra cosa que ver á Pedro y vengarlo. Estremecían las miradas, actitud y aliento de aquellos hombres.

Rueda penetró en medio de ellos, y con acento fuerte les dijo:

—¡Montañeses, callad! ¡Ved que vuestras voces acabarán de matar á vuestro amo y señor!

Las oportunas y bien dirigidas frases de Lázaro hicieron enmudecer á los recién venidos que rodearon á aquel, y á media voz le preguntaron:

—¿Vive, Lázaro? tú no nos engañas.

—¡Sí, vive, lo están curando; y dice el sabio que hay aún un átomo de esperanza!... ¡Ay, hijos míos, cuántas heridas tiene! ¡Cómo lo han dejado!

—¡Venguémosle!... tú nos guiarás, Lázaro, y no descansen mientras viva uno de sus enemigos.

—Sí, hijos míos, sí, lo vengaremos; más ahora velemos por él; permanezcamos á su lado, no regresen sus contrarios y... Si llega á morir, mataremos á sus sicarios, á los hijos de éstos, á sus mujeres, á sus parientes y á sus amigos; mas si vive... si vive lo vengaremos también, quiera ó no quiera él; no dejando uno solo de sus enemigos, no volverá á ser herido traído-

ramente. El es demasiado generoso... pero yo... vosotros me seguiréis, ¿no es verdad?

—Sí, Lázaro, sí, á todas partes; porque tú lo quieres como nosotros.

—¡Que si lo quiero! ¿Pues no me véis llorar? ¿Hago otra cosa desde que fué herido? ¡Pardiez, si creo que me he vuelto un niño!

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ahora rogad á Dios por él. Entrad, hijos míos, en la iglesia, que voy á llamar á los monges para que, unidos á esos santos varones, elevemos nuestras voces al cielo, pidiendo por el más noble y generoso de los hombres.

Media hora después toda la comunidad con el superior, varios caballeros de Lara, Lázaro y sus quinientos montañeses, postrados en tierra, imploraban el auxilio divino en favor del valeroso joven que yacía exánime y casi sin vida. También el Solitario desde una tribuna, oculta á las miradas del público, unía su voz á las de los otros.

Al postrarse Rueda, se acordó de la pobre Fátima, y exclamó:

—¡Pobre angel, aprisionado entre las garras del demonio! ¡Oh! en concluyendo este acto me ocuparé de ti, virgen inocente!

Isac, sentado al lado del enfermo, velaba por éste, mientras aquellos rogaban á Dios por su vida.

CAPITULO XXII

Alonso X y su hijo D. Juan. — Preparativos. — Robo de Fátima. — Consecuencias del

atentado contra Lara.

Es preciso, querido lector ó bellísima lectora, volver á Sevilla y retroceder á aquel momento en que dejamos al desesperado y anciano monarca encerrado con su perverso hijo D. Juan. Mucho sentirás, estoy seguro, salir del monasterio de San

Pablo, dejando en él al héroe de nuestro libro casi sin esperanza de que torne á la vida; mas es indispensable abandonarlo sin que yo pueda decirte si bastará la ciencia del sabio Isac para salvarlo, ó si Dios, más poderoso que todos los magos

del mundo, determinará llevárselo á la celeste mansión, en cuyo caso asistiremos á sus funerales á nuestro regreso.

Dichó esto, prosigamos nuestra historia.

El infante D. Juan entró en la cámara real asustado, muy excitados sus nervios y con una palidez extremada, preguntando á su padre:

—¿Qué ocurre, señor, en la capital de Castilla?

—Ya nada, hijo mío; pero hace poco llegó hasta mí Pedro de Lara, me insultó, me amenazó, se llevó á su tío y ha vengado bárbaramente la ofensa que dice haber recibido la primera vez que se presentó en palacio.

—Lara, señor, es el hombre más malo de la tierra; y estoy seguro que acabará con todos nosotros, si antes no damos fin de él.

—¿Odias mucho á ese Temerario?

—¿Que si le odio? Con toda mi alma. Con gusto daría mi vida por verlo morir.

—Ya lo suponía yo y para eso te he llamado.

—Pues aquí me tenéis dispuesto á todo lo que queráis, con tal de vengaros de ese miserable.

—Muy bien, siéntate y hablemos. Me has dicho que Lara ama á la hija de Mahomad Zegri.

—Y no os quede duda alguna de que es cierto.

—¿Esa mora, según mis noticias, se quedó en el palacio de su padre, guardada únicamente por unos pocos musulmanes?

—Creo que sí.

—¿Te atreves á robarla?

D. Juan volvió á palidecer; brilló en sus ojos una halagüeña esperanza, y respondió con resolución:

—Sí, señor.

—¿De qué modo?

—Atacando su palacio, entrando en él y llevándomela.

—No; así era dudoso el éxito. Lara tendrá tomadas sus medidas para en el caso de que el alcázar sea asaltado; y estando su gente tan cerca, podría muy bien costarte la vida sin conseguir tu intento.

—¿Qué he de hacer entonces?

El rey quedó meditando, y al cabo de un rato, le dijo:

—No basta con robar á esa mora; es preciso que muera su amante.

—Así lo deseo yo también.

—Veamos antes: Sancho te ha mandado aquí para librarse de tí; su arrepentimiento es fingido, ¿no es eso?

—Sí, señor; suponía rehusar el hacer armas contra vos, y á la vez ordenaba que atacasen á vuestros soldados.

—Y tú ¿me estás engañando también?, ó...

—Padre, yo no puedo vivir á su lado, ni asociado á la causa de un hombre que proteja á Pedro de Lara. Hoy aborrezco á mi hermano y á su mujer. Señor, perdonadme la acción que cometí obligado por Sancho y por vuestros desvíos y contad con mi amor, respeto y completa sumisión.

—Muy bien; si no faltas á tus palabras y llevas á cabo la misión que te voy á encargar, te vengarás de Lara y á mi muerte serás rey de Murcia.

—Gracias, señor; mucho os agradezco esa corona; mas antes pensemos en robar á Fátima y en matar al Temerario del Saucejo.

—Sí, pero es preciso gran reserva, mucha agilidad y bastante valor.

—Lo tendré todo eso.

—Entonces sales esta madrugada para Ecija, reunes tu mejor gente de armas, eliges cuatrocientos ó quinientos hombres, no es menester más; os disfrazáis de moros, y ganando horas, llegáis al palacio de la hija del Zegri; procurad que sea de noche, ó todo lo más al amanecer. Llamáis, te finges un walí que llega de parte del califa, os abrirán, penetras con la mitad de la fuerza que habrás desmontado, sorprendes la casa y robas á la mora. Todo con el mayor acierto, calma y discreción. Cuatro robustos esclavos la meten en una litera, y en medio de los tuyos la conduces á Ecija y la encierras en la torre de Ismael que, como sabes, es inexpugnable. Cuando llegues, ya tendrás en la ciudad diez mil hombres de todas armas que, unidos á los tuyos y ocultos en las casas, esperarán la inmediata aproximación del

Temerario para caer sobre él y aniquilarlo. ¿Te atreves?

—Sí, señor, y me parece el plan admirable y de éxito seguro.

—Mientras tú partes, yo haré rodear á Sevilla por fuerzas numerosas que impedirán la pronta salida de Lara ó lo matarán si intenta pasar; mas esto es eventual, atendido el valor, talento y suerte maravillosos de ese hombre. Si yo consigo que aquí acaben con él, nada se habrá perdido; mas si logra evadirse del peligro con que le cerco y marcha á Osuna, es menester que tú no pierdas tiempo y ejecutes mi plan, según deseo antes que se ponga al frente de los suyos y ataque al rey de Fez, el cual debe desembarcar en breve. Cuenta, Juan, que la mayoría de la nación nos ha abandonado, y que si los soldados de Jacob son derrotados por Lara, estamos perdidos.

—Señor, me acabáis de dar una misión fácil; pero aun cuando fuese la más arriesgada, la llevaría á cabo con un placer indecible.

—Lo sé; por eso te la he confiado.

—Habéis hecho bien, y estad seguro de mí y del éxito.

Poco después se despidieron padre é hijo y ambos comenzaron á desarrollar su inicuo plan, con un celo y ardor dignos de mejor causa.

Al día siguiente supo el rey que sus soldados eran insultados y apedreados por las calles de la capital y no hizo caso; después le dijeron que D. Nuño había sido ahorcado por Lara, y exclamó con glacial indiferencia:

—Ya lo sabía por el mismo que lo mató.

Y cuando le dijeron que dos, al parecer marineros, le robaron su propio bajel y habían escapado por entre los buques de la marina real con un valor, arrojo y habilidad sorprendentes, despidiendo fuego sus ojos, dijo á los marinos que le llevaron la noticia:

—¡Miserables, os tenéis por diestros y entendidos, y no sabéis ni remar!

—¡Señor!

—Sí; ¿de qué os sirve el talento y la experiencia, cuando dejásteis pasar á un hombre que se embarcaba por primera vez?

—¡Señor, eran dos hábiles remeros que bogaban de un modo prodigioso!

—Sí, sí; el conde de Lara que aún no había visto el mar, y algún otro montañés tan marino como él!

—¡Parece increíble!

—¿Y quién sino él se atrevería á robar mi mismo bote y á pasar por entre vosotros á esas horas? ¿No os lo advertí con tiempo? ¡Y aún os tendréis por entendidos y hábiles! ¡Salid de aquí!

Y el rey exclamó para sí:

—Gracias á que había previsto este caso, y á que mi hijo se portará en esta ocasión como yo y él deseamos. Ama á Fátima, aborrece á Lara y es vengativo hasta el extremo, por lo que no se puede dudar de su empeño é interés. Habrá una víctima inocente, es verdad, la hija de Mahomad; pero al fin es mora y... ¡bah!, eso no merece la pena de detenerse á discutir.

Sigamos á D. Juan. Este marchó á Ecija acompañado de mil jinetes; allí tuvo que perder cinco días, interin le proporcionaron quinientos trajes musulmanes. Habilitados ya, eligió la gente más audaz y en quienes tenía mayor confianza; se llevó cuatro africanos fuertes y leales y partió en cuanto fué de noche. Por veredas y caminos, los más excusados, anduvo nueve horas, hasta que llegó al palacio del Zegrí, que aún permanecía cerrado. Llamó, le preguntaron quién era y contestó con el mayor aplomo que iba de parte del califa y de Mahomad á enterar á Fátima de un asunto que la interesaba y que era el walí de Granada. Inmediatamente avisaron á la inocente hurí, que cayó en el lazo; mando abrir las puertas, se vistió y rodeada de algunas damas, cuatro soldados y del valiente Ali, dispuso que pasase el supuesto generalísimo musulmán. Este entró seguido de una comitiva formada por cincuenta guerreros, ó mejor dicho, sicarios; y mientras se quitaba la capucha de su jaique, los suyos cayeron sobre Ali y soldados que le acompañaban, sujetaron á Fátima, dejaron por muerto al negro, que se defendió heroicamente hiriendo á tres de los que le atacaron, y los soldados y damas que acompañaban á la damasquina fueron atados por los de D. Juan. Este se acercó á la bella Fátima, cuando ya es-

taba la inocente aprisionada, y la preguntó:

—Y ahora, ¿seréis mía ó de Lara?

—De tí nunca, miserable raptor y asesino. Del valiente y noble Lara, aquí, en el cielo ó en ambos parajes.

—Lo veremos.

La infeliz no pudo contestarle, porque al ir á hacerlo le tapó la boca uno de sus villanos sicarios. El infante gritó entonces:

—Matad á ese negro, y cuidado con volver á tocar á la hurí. Esa mujer es solo para mí.

Mientras acontecía en el salón principal tan terrible escena, pasaba otra casi igual en el resto del palacio; esparcidos por él trescientos hombres de los de D. Juan, mataban moros, forzaban moras y robaban lo que les parecía, hasta que, apercibido el jefe de tal desorden, temeroso de que llegase á Molina la noticia y de que Lara le saliese al encuentro, corrió por todas partes, mandó sujetar á cuantas personas había en el alcázar, y encerrando á Fátima en una litera, partió de allí con la velocidad que le fué posible. En esta ocasión, el malvado infante salió con su intento mejor aún de lo que él supuso; y ahora estaba embriagado de alegría, saboreando el placer de la venganza, halagado por la idea de poseer á Fátima en cuanto llegara á Ecija. Nada más risueño que el presente y porvenir que se le presentaba á tan desnaturalizado y miserable sér.

El primero que dió señales en el palacio, luego que salió D. Juan, fué el que parecía más muerto: el desgraciado Alí. Lleno de heridas y vertiendo sangre por todas partes, se levantó, corrió á la torre y asomó un farol encarnado que tenía preparado y encendido. Después miró y vió á gran distancia la litera y acompañamiento de su señora, retiró el farol de la parte de Occidente, donde lo asomaba, y lo puso hacia el Norte. Poco después notó que había sido comprendido y que sus vigías, siempre alerta, daban fuego á las dos filas de hogueras que ya conocemos. El noble, el leal, el fuerte africano, sin temor á la muerte, y á pesar de sus agudos dolores y de la debilidad que la falta de sangre le iba produciendo, sin cuidarse de otra cosa que de salvar á su ama, abando-

nó el palacio y se dirigió á Osuna. El infeliz corrió media hora, cayendo al fin sin sentido ni fuerzas. Volvió luego á la razón, se incorporó, caminó de nuevo y tornó á caer, y así siguió cayendo y levantándose, hasta que se encontró con Pedro y pudo á medias palabras enterarle de lo ocurrido, según lo referimos en otro capítulo. Después fué trasladado á la Roda sin sentido por los cuatro moros que Lara le mandó; le hicieron la primera cura, y horas después lo condujeron en una camilla á Osuna, donde fué asistido con el mayor esmero y cuidado, si bien presentaba su estado una gravedad terrible. En estos momentos habitaba el palacio del conde, y aun cuando continuaba muy mal, no se perdía la esperanza de salvarlo, para lo cual se contaba con la exquisita asistencia que tenía y con su naturaleza tan fuerte como una roca. ¡Bien merecía su valor y lealtad los muchos cuidados de que era objeto por los criados, caballeros y dependientes del conde! Algunos lo conocían, contaron á los demás quién era y por qué estaba allí, y el negro Alí era asistido con placer hasta por las personas más distinguidas.

El infante D. Juan continuó corriendo y saboreando su dicha hasta que vió acercarse á Pedro el Tomerario. A su vista tembló, y se quedó sin aliento para hablar. Si Lara lo hubiera conocido al principio, lo mata sin hallar resistencia y acaso su nombre, arrojo y temeridad hubieran espantado á sus contrarios que, traidores y cobardes, huirían ante la presencia de Pedro; y el infante, sin corazón y sin valor, habría dado el primero el ejemplo de la fuga. Se puede asegurar que el disfraz de D. Juan y de los suyos fué la causa única que perdió á Pedro y á Fátima. Mas era día aciago para el noble conde y vió tarde el engaño de que fué víctima. Su amada, encerrada en una estrecha litera, oyó las voces del joven, los golpes de su lanza, los ayes de los que caían, el relincho de los caballos, y sin poder ver ni escuchar otra cosa que el confuso rumor que llegaba hasta allí, levantó su vista al cielo, se arrodilló sobre el pequeño asiento de la prisión, llamó á su madre, cruzó las manos é imploró el auxilio de Dios. Luego sintió que la llevaban muy de prisa y creyó muerto

á Pedro. Entonces se secaron sus ojos, contempló un agudo puñalito que encerraba en su seno, lo volvió á guardar y quedó como resignada con su suerte. Así siguió hasta que la encerraron en otra prisión más espaciosa y solitaria. La valerosa Zegrí, solo articuló las siguientes frases:

—¡En el momento que tenga la evidencia de que ha muerto Lara ó en el instante que alguno atente contra mi honor, dejaré de padecer!

Y con una fortaleza digna de la hija de doña Blanca, se reclinó sobre un sofá de su nueva estancia y esperó tranquila; pero siempre alerta, cuidando con incansable afán de su honra sitiada por todas partes.

Sepamos ahora el efecto que hizo en Sancho IV y en su esposa la noticia del atentado contra Lara.

Se hallaban el rey y la reina en la cámara de ésta, comentando las gratas nuevas que tenían de todas partes. D. Lope de Haro era vencedor en Castilla y en el reino de León; los restantes grandes que partieron á la guerra, también habían derrotado las partidas de hombres que hallaron al paso y que obedecían á D. Alonso; el número de sus parciales se aumentaba, disminuía el de sus contrarios, y, por último, el rey padre reconcentraba sus fuerzas en Sevilla y sus alrededores, con el objeto de unirse á Jacob y dar la única, la gran batalla que debía decidir la suerte futura del pretendiente. Mas para este caso contaba Sancho con la incomparable lanza, valor y talento del apuesto y leal conde de Lara, con sus invencibles montañeses y gentes de armas que le obedecían, y el rey y su esposa no dudaban un solo instante de que la victoria coronaría los esfuerzos del temerario caudillo, á quien nadie pudo vencer, y el cual hizo correr varias veces á la caballería zegrí, que era la primera del mundo. Sancho le decía entusiasmado á su esposa:

—He oído contar á valerosos capitanes, que Pedro de Lara no tiene igual en los combates; dicen que maneja el caballo y la lanza de un modo, y que es tal su habilidad, fuerza y bizarría, que parece un Hércules despidiendo la muerte por todas partes hallándose doquier, animando á los suyos, guiándolos, defendiéndolos y triun-

fando, sin que haya nadie capaz de detener su atrevida planta. Pero lo que más me ha llamado la atención, es el remolino que practica, según dicen, con su caballo y lanza cuando se ve acorralado, obligando de este modo á sus contrarios á que ensanchen el círculo, en cuyo instante toma carrera y hace saltar á su potro por encima de sus aturdidos rivales, verificado lo cual, ataca por la espalda, descompone la maniobra contraria y vence, poniendo á sus enemigos en el aprieto en que ellos creían tenerle á él.

La reina escuchaba con alegría los elogios que su esposo hacía del conde y participaba á la vez de las seguridades de aquél. Usando luego de la palabra, dijo:

—No te extrañe, esposo mío, la habilidad del conde; le otorgó el cielo una fuerza superior á la de los demás hombres, un talento grande, y estando desde sus más tiernos años guerrearando noche y día, tiene precisamente que ser una excepción, puesto que reúne las cualidades necesarias: conoce la ciencia y está apoyado por una práctica que pocos llegan á conseguir.

—Cuentan que á los doce años de edad ya se batía á la cabeza de sus montañeses y que iba delante de todos; y á los catorce, dicen que atacaba el frente de los moros y se abría paso hasta salir por la retaguardia.

D. Sancho y doña Alfonsa continuaron hablando así satisfechos del presente y del porvenir que se les presentaba, cuando entró un mayordomo de palacio y les anunció que un caballero, con las insignias de la casa de Lara, deseaba entregarles con urgencia dos pliegos cerrados.

—Que suba y pase al instante—contestó el rey, añadiendo:—O ha desembarcado ya Jacob, ó, lo que es más probable, el conde al salir de Sevilla se ha despedido con otro hecho igual al que practicó al anunciar su arribo, como él decía, á la metrópoli de Alonso X.

En este instante se presentó el caballero, se alzó la celada, saludó y esperó. El rey le dijo:

—Acercaos. ¿Cómo está el conde?

—Señor, si Dios no ha hecho un milagro, ya habrá dejado de existir.

—¡Qué decís!—exclamaron á la vez los reyes pálidos y azorados.

—La verdad, señor; á mi salida del monasterio de San Pablo estaba expirando, según me dijo el señor de Marcia, su antiguo escudero, al entregarme estos dos pliegos que tengo la honra de poner en manos de VV. AA. Y Sancho y María arrancaron el lacre de los escritos y devoraron con la vista su terrible contenido. Según iban leyendo se aumentaba la palidez de

manó y mi deseo de que lo inutilizases para lo sucesivo?

—¡Sí, María, sí; tienes razón de sobra! He sido débil, tolerante y hasta torpe en mi conducta con ese tigre; pero vive Dios que ha de morir á mis manos. Hoy mismo salgo de Córdoba, y aun cuando esté en Sevilla y tenga que atropellar por todo, juro...

—¡Sancho, detente! No vayas á cometer una imprudencia en pos de una debilidad.

Sigue mis consejos siempre, y acaso podamos remediar el daño causado, ó al menos, evitar que en lo sucesivo nos veamos humillados y abandonados por todos.

—Manda, esposa mía; me inclino ante tu talento; mas ¡ay María!, muerto Lara y sin el apoyo de los suyos, no tengo esperanzas de triunfar; tú misma lo decías, acuérdate; si el conde es nuestro, tendrás el trono; si muere, ó abandona nuestra causa, no intentemos nada, todo será inútil; ¿te acuerdas?

—Sí, pero Lara no nos ha abandonado, ni se sabe de un modo positivo que haya muerto. Sancho, no exageremos el peligro. Y doña María llamó y le dijo á un paje, que fué el primero que se presentó:

—Que pase inmediatamente el caballero que ha salido antes.

Poco después entró éste; la reina le preguntó:

—¿Quién se ha encargado de curar á vuestro jefe?

—Los monjes de San Pablo.

—¿Y qué opinan?

—Que morirá, si Dios no hace un milagro.

—¿En qué se fundan?

—En que tiene varias heridas mortales.

—¿A nadie más han buscado para que le vea?

—Sí, señora; han ido por el mago Isac, que se halla en Mollina.



—¿Ves cumplido mi vaticinio, Sancho?

ambos, marcándose en sus altivos rostros el pesar que les causaba tan infausta nueva.

Concluyó el rey la lectura, suspiró y le dijo al caballero:

—Descansad en mi palacio y esperad mis órdenes. Este saludó y se retiró en el acto. La reina, contraído su rostro, temblando de ira y frotando con sus blancas y pequeñas manos el pergamino que le mandó Rueda, exclamó:

—Ves cumplido mi vaticinio, Sancho? ¿Comprendes ahora la maldad de tu her-

—¿No había llegado á vuestra salida del convento?

—No, señora.

—Está bien. Descansad y partid cuando gustéis.

El caballero salió y la reina volvió á llamar:

—Que venga Ramiro—dijo al que entró.

Y cuatro minutos después apareció el jefe de la escolta de S. A. Doña María lo hizo llegar hasta ella, diciéndole luego:

—Tengo entendido que sois buen jinete, Ramiro.

—Dicen eso, señora.

—Y que hacéis correr á los caballos admirablemente.

—Será así.

—¿Conocéis el monasterio de San Pablo?

—Sí, señora.

—¿Cuántas leguas dista de aquí?

—Doce, poco más ó menos.

—¿En cuánto tiempo se pueden andar? Calculad el ménos posible.

—Con un solo caballo, siendo ligero y fuerte, en cinco horas.

—¿Hay algún soldado en mi escolta, fuera de vos, que sea capaz de andarlas en ese tiempo?

—Hay varios, señora.

—Pues bien, Ramiro, que os acompañen dos y partid ahora mismo al monasterio de San Pablo; allí encontraréis al conde de Lara; enteraos si vive aún, si hay esperanzas de que sane ó si ha dejado de existir. En este último caso, volvedos inmediatamente; si vive y no hay esperanzas de que sane ó dudan los que le asisten del éxito de sus remedios, quedaos vos y no venid hasta que las lesiones presenten señales evidentes de un éxito funesto ó favorable. Partid y obrad según mis instrucciones, y lo que os aconsejen acontecimientos futuros que yo no puedo prever.

Mientras la reina habló con el jefe de su escolta, había recibido D. Sancho varios pliegos que el monarca estaba leyendo con bastante ansiedad. Cuando hubo concluido, le preguntó su esposa:

—Malas nuevas recibo, María. Oye, y juzga tú:

—¿Qué te dicen en esos pergaminos?

«Confidencial.—Señor: el infante D. Juan llegó ayer á Ecija muy mal herido. Salió

la noche antes con quinientos jinetes disfrazados de musulmanes; robaron una mujer, y cuando volvían se encontraron con el valeroso conde de Lara. Ignoro quién fué el agresor y si era ó no casual este encuentro; pero es lo cierto que mataron al conde, después de haberse batido con los quinientos y dejado en tierra treinta hombres, sin contar á D. Juan, que fué conducido á Ecija. Creo que el robo de esa mujer y la terrible lucha que siguió luego, deben ser hijos de un plan combinado entre el infante y D. Alonso, pues á poco de salir aquél disfrazado de árabe, entraron en la ciudad y se alojaron cautelosamente diez ó doce mil hombres de los que obedecen al rey de Sevilla. D. Juan y su prisionera están en la torre de Ismael, rodeados de tres mil soldados; los de don Alonso toman en este momento posiciones en Ecija. Van y vienen correos y vuestro padre se apresta á la lucha con más bríos que nunca. Enteraré á V. A. de todo cuanto en lo sucesivo ocurra y me participan mis confidentes.—Soy etc.»

—Este otro no es menos interesante. Oye, María:

«Señor: el rey Jacob desembarca en estos momentos; trae fuerzas considerables y escogidas; calculo que pasan de veinte mil hombres los que le acompañan; dicen que se dirigen á Zerha, si antes no son batidos, según creo, por el conde de Lara. Soy etc.»

—Hé aquí lo que ahora dice el último:

«Acaba de morir el conde de Lara. Su tío D. Juan se ha puesto al frente de esta poderosa familia y de los partidarios de V. A. en Sevilla; es valiente y arde en deseos de vengar á su sobrino, pero dista mucho del talento y bizarría del conde. D. Alonso y sus parciales están muy ufanos y se preparan á una lucha terrible; nos defenderemos cuanto sea posible, y Dios hará lo demás.—Soy, etc.»

—Ha bastado—dijo la reina con tristeza—la sola noticia de que ~~ha~~ muerto Lara, para animar y dar vida y aliento á nuestros contrarios, para anonadar á los que defienden nuestra causa. Sancho, peleemos y sucumbamos si Dios lo ha dispuesto así; pero en el campo de batalla y después de haber intentado el último esfuerzo. Ya que te apellidan el Fuerte, pruébale al mundo

que lo eres. Si necesario fuera, yo también iré á la guerra y lucharé hasta perecer á tu lado.

—Eso, nunca; exponer tu preciosa vida, jamás. María, puesto que me llaman Bravo, ¡lo seré, vive el cielo, hasta vencer ó morir! No he de cejar una línea, ni he de volver la espalda mientras aliente mi espíritu y me quede un átomo de fuerza, aunque tenga que luchar solo contra ciento. ¡El último ejemplo que nos acaba de dar el conde de Lara será mi guía en los combates, mi modelo en la arrogancia y temeridad! ¡Uno contra quinientos, y se mata y se hiere hasta acabar con todos ó besar la tierra rodeado de treinta enemigos que cayeron antes al terrible bote de la única y poderosa lanza que allí había! Mientras tanto, y si ya has dejado de existir, noble y valiente amigo mío, ¡duerme en paz, ocupando tu nombre el primer puesto en las páginas de los héroes! Pronto seguiré tu camino y te imitaré en la tierra, ya que no pueda sobreponerme á tu incomparable arrojo!

Pronunció D. Sancho las anteriores frases con un sentimiento y fuerza de voluntad que, entusiasmada su atrevida esposa, lo estrechó afectuosamente diciéndole:

—Bien, esposo mío; un rey con esos bríos y fortaleza de espíritu no puede ser vencido; creí que habíamos perdido al único campeón de Castilla y veo con placer que hay á mi lado otro que puede competir con aquél. Mañana partirás de Córdoba; cita, reúne á tus parciales en un punto conveniente y luchemos, á no ser que el enemigo fuese poderoso en dema-

sía, en cuyo caso te retiras á Córdoba, que aquí te será fácil vencerlo.

Doña María Alfonsa de Molina previó, según demostró en sus últimas palabras, lo que debía sucederle. La supuesta muerte de Lara aumentó considerablemente las filas de Alonso X, dió á los enemigos de Sancho un ánimo de que carecían antes; el ejército marroquí, mandado por Jacob, llegó sin impedimento á Zerha, allí se reunió con los del rey de Sevilla y formando entre todos una fuerza de setenta mil hombres aproximadamente, marcharon en busca del pretendiente. Alonso X no quiso ir en persona á perseguir á su hijo, y regresó á la capital confiando el mando de sus tropas al famoso capitán Hernán Ponce de León.

D. Sancho reunió escasamente, y con gran trabajo, la mitad de las fuerzas que tenían sus contrarios; por cuya razón, y atendiendo á que el califa de Granada no le mandaba los jinetes ofrecidos, contuvo su valeroso intento, siguió los consejos de su esposa y se retiró á Córdoba, donde esperó á que lo sitiase.

Mahomad II despidió á tiempo á su hermano Muza al frente de los diez mil jinetes ofrecidos; mas llegando el príncipe á Mollina, y enterado en parte de la iniquidad cometida por el hermano de Sancho en la persona de su querido amigo el conde de Lara, acampó en aquellas cercanías y no quiso pasar adelante hasta enterarse de las causas verdaderas que tenían á su leal compañero á las puertas del sepulcro, en cuya averiguación tardó mucho tiempo, en razón al estado de rebelión completa en que se hallaba Castilla.

CAPITULO XXIII

El conde de Lara y el mago Isac.—Milagro de Dios.—La reina.

En la conclusión del anterior capítulo, avanzamos demasiado al hablar del estado político del país y de los acontecimientos que se iban sucediendo con una rapidez asombrosa. Es necesario retroceder, y al entrar nuevamente en el monasterio de San Pablo, saber qué ha ocurrido en los días que lleva Lara postrado en el lecho del dolor.

Practicada la primera cura por el sabio musulmán, continuó haciendo tomar al herido algunas gotas de los licores que llevaba preparados; y con su especial virtud apareció la calentura, restableciéndose con ella el calor y la circulación que la falta de sangre no dejaba desenvolverse, y Lara dió señales de vida á las veinte horas de haber perdido el sentido; pero este

cambio amenazó con otros peligros, que pusieron en grave alarma á cuantos le rodeaban, á excepción del mago, que por lo visto preveía la marcha de la enfermedad.

Puesto en una sobreexcitación extraordinaria el sistema nervioso, y hecho el cerebro el foco principal de la flogosis, ya por su estado general, ya por la influencia de las heridas de la cabeza, al desaparecer la postración y el estupor comenzaron el delirio y las convulsiones. El abad opinaba que esta nueva situación era tan grave como la anterior, y que el conde sucumbiría de todos modos. El mago escuchaba con indiferencia estos pronósticos; no volvió á tocar las heridas en varios días, pero sí cambió los medicamentos que hacía tomar á Lara. Sus amigos y servidores, y en especial Lázaro y Rodrigo, suspiraban, maldecían y les desesperaba el estado horrible del doliente. Este, en su delirio, dirigía batallas, acometía á sus contrarios, animaba á sus montañeses, los defendía, y por último, suponía caer mortalmente herido, exclamando:

—¡Adios, Fátima; al lado de tu madre y la mía te espero; no tardes, esposa mía!... ¡Y tú, padre mío, vela por ella y defiéndela; es tan buena!... tan buena!... Y á pesar de su falta de razón, solía pronunciar las frases el infeliz joven con un acento tan tierno, dulce y apasionado, que en más de una ocasión arrancaba las lágrimas del impassible mago. Otras veces suponiendo que la herida se la hacía don Juan, gritaba con voz aterradora:

—¡Soltadme, villanos! ¡No me sujetéis así; eso es cobarde y menguado; soltadme!... ¡Ah, sí, vienes tú, miserable don Juan! ¡Eran los tuyos todos esos!... hiere... así, fuertemente... aprieta, infame sicario... ¡Ay! me hirió en el corazón... yo muero... adiós, padre mío!... me voy sin conocerte!... Adiós!... Adiós!... Y volvía á caer por otro rato en la postración.

A los ocho días de estar así el conde de Lara, comenzó á disminuir la fiebre y el delirio; pero sin amenguar la gravedad ni el peligro; á los catorce, por la mañana, llamó el mago al abad y á Lázaro, y les dijo:

—Traedme una ligera comida, pues hoy

no puedo salir de aquí. Entornad esas ventanas y que nadie, absolutamente nadie entre, y procurad que reine el mayor silencio. Antes de la noche os diré si se salva el conde de Lara ó si le habréis de enterrar mañana, porque hoy se juzga su grave enfermedad, y la crisis será arriesgada.

Todo se hizo como el sabio lo había dispuesto; y después de poner éste los maderos de la ventana según quería para que entrase la luz sin molestar al enfermo, se sentó al lado de la cama, aproximó varios frascos que contenían diferentes medicinas, de una de las cuales le hizo tomar una cucharada, y comenzó á observar los latidos del pulso, el semblante y la respiración.

Durante seis horas lo menos estuvo el conde en una gran inquietud, moviéndose, agitándose y balbuceando palabras incoherentes, más luego fueron cediendo tales fenómenos, y quedó sumergido en un sueño, al parecer tranquilo. El mago, tomó otro frasco y lo aproximó á la nariz del enfermo, haciéndole aspirar su esencia por algunos segundos; le volvió á pulsar largamente y exclamó:

—¡Bien! ¡Podrá ser que el átomo de esperanza, se ensanche prodigiosamente! El pulso, aunque confusamente, indica crisis por hemorragia nasal. Sigamos observando.

El sueño del conde era cada vez más profundo, y se asemejaba más á un letargo que á otra cosa. El sabio Isac, hizo varias pruebas con el enfermo, tales como pellizcarle, moverle fuertemente, levantar los párpados y observar sus pupilas; y satisfecho, al parecer, de su obra, se sentó con cierta expresión de fruición en su rostro, diciéndose:

—La naturaleza no es ingrata con quien la estudia, y le pide el descubrimiento de sus arcanos. Si yo no la hubiera interrogado con constancia, no poseería estos remedios, que van á dar un giro favorable á una enfermedad tan grave como esta, cuyo termino hubiese sido inevitablemente la muerte. Y con mucha tranquilidad tomó su frugal comida, echando de vez en cuando una mirada al rostro del enfermo, que se iba poniendo algo encendido, y la respiración anhelosa. Pasado un rato, se

acercó otra vez á la cama y cogió una mano al conde para volver á pulsarle.

—¡Se aproxima, dijo, el instante deseado! Y brilló en la arrugada faz del mago, una ráfaga casi imperceptible de alegría.

Después de otra hora, una línea roja, á manera de cinta, teñía la mitad derecha de la cara del herido; era la sangre que salía á gotas por la nariz y mojaba su barba, según el vaticinio del sabio. Este observaba la hemorragia, y después de algunos minutos limpió al herido, comprimió la nariz, y viendo que no salía más sangre, le pulsó de nuevo, añadiendo estas frases:

—Ha concluido la epistaxis y realizado su crisis la enfermedad. Ahora el sueño será tranquilo, y dentro de poco todo peligro habrá pasado.

Entre tanto reinaba en el monasterio un profundo silencio. Los montañeses, por orden de Lázaro, se había retirado á un extremo del convento, y sus labios estaban como sellados; los monjes oraban en el coro articulando las frases de sus rezos sagrados; los caballeros salieron al monte; y Rueda, en la capilla contigua al saloncito donde se hallaba Pedro, pedía á Dios por éste, miraba por la cerradura, y de vez en cuando suspiraba.

Eran como las cinco de la tarde; el sol extendía sus dorados y vivificadores rayos; los pájaros entonaban sus armónicos gorgoros; el agua se deslizaba con ruido por entre las agrestes montañas que rodeaban el monasterio de San Pablo, y una brisa tibia y perfumada, formaban la decoración de este hermosísimo día de una primavera que caminaba á su ocaso. El anciano y entendido Isac seguía observando el pulso, el rostro y la respiración del enfermo, y Lara continuaba durmiendo tranquilamente, desapareciendo el encandimiento de sus mejillas, para ser sustituido por cierta palidez que se iba graduando lentamente. De pronto, movió la cabeza, exhaló un suspiro, y abrió sus negros y hermosos ojos. El mago, sin dejarle la mano, se sentó sobre su cama, y esperó. Pedro miró á Isac, y con voz melancólica y débil, le preguntó:

—¿Quién eres, anciano? ¿Qué vas á hacer conmigo?

Por fin, el rostro del sabio demostró

una completa alegría, y sin dejar la mano del conde, le contestó:

—Soy el mago Isac de Granada; ¿no habéis oído hablar de mí?

—Sí; dicen que eres sabio. ¿Qué me vas á hacer?

—Os estoy curando las heridas que tenéis.

—¡Con que me han herido!... ¡Ah!, sí; lo recuerdo! Aquellos miserables me tiraban los golpes por la espalda; eran quinientos, y aún me tenían miedo... ¡Cobardes! Esperad... yo arrojé mi lanza al infante D. Juan, y se la clavé en el costado... ¿sabéis si murió?

—Creo que sí; mas no penséis en eso...

—¡Puede que no muriese!... recuerdo que me faltaban las fuerzas... Mago, ¿sabes tú qué es de Fátima?... Y Lara hizo un esfuerzo, quiso incorporarse y llamar; pero Isac lo contuvo, diciéndole:

—No os mováis, cristiano; si hacéis otro esfuerzo como ese, perderéis á Fátima, y con ella la vida. Contestad á mis preguntas... así, quieto, miradme bien: ¿sentís dolores?

—Sí.

—¿En dónde?

—En el pecho y en la espalda.

—¿Son profundos?

—No mucho.

—Bien. Pedro de Lara, si queréis vivir, si deseáis volver á mirar á Fátima, es preciso, indispensable, que hagáis todo lo que yo os mande.

—Sí. ¿Qué debo hacer?

—Decidme antes, qué sensaciones experimentáis ahora.

—Ligeros dolores, picañón en las heridas, y además cansancio y deseos de dormir.

—Bueno, ya dormiréis.

—Dadme algo, sabio anciano, para cobrar fuerzas.

—Levantad un poco la cabeza... así... bebed... ¿Tragáis con facilidad?

—Sí.

—Bebed más... todo. Ahora dormid.

Y el mago volvió á tapar al enfermo y observó. Este cerró los ojos, y poco después tornó á dormir con el mismo tranquilo sueño que anteriormente. Isac lo pudo, escuchó su respiración, abrió la puerta que daba á la capilla y fué á sa-

lir; mas un hombre anegado en llanto le echó los brazos al cuello, y le besó, exclamando:

—¡Gracias, sapientísimo Isac, cuánto tengo que agradecerle!

—¡Sí, hijo mío, sí, pero no aprietes tanto!

Era el noble Lázaro, que por la cerradura había visto y oído á Lara y lo juzgó fuera de peligro. Cogió las manos del mago, que estrechaba con extraordinaria efusión, y ambos salieron de la estancia en que quedaba el enfermo. Pero éste no estuvo mucho tiempo solo, pues al instante penetró allí otro anciano, se arrodilló delante de la cama, vió el profundo sueño del conde, estampó un beso en su frente, y exclamó alzando los ojos al cielo:

—¡Vida por vida, señor; si la de Pedro no pelagra ya, he aquí la mía! Y en aquella postura, dirigiendo á Dios sus fervientes votos y devorando con su mirada al herido, siguió, hasta que oyó las pisadas de gente que se acercaba, y entonces desapareció con los ojos húmedos. Era el Solitario, el primer salvador de Lara.

Lázaro y el mago entraron en la celda del abad, y allí se reunieron con éste y con D. Ramiro, jefe de la escolta de la reina, el cual hacia ya nueve días estaba en el monasterio, esperando el resultado de la curación entablada por el árabe, según le encargó su señora. Isac se sentó, y con una seguridad que alegró á los restantes, les dijo:

—Señores, tengo el placer de participaros que todas las probabilidades están en favor de la vida de Lara; abrigo el convencimiento de que lo he salvado y de que vivirá, si bien su convalecencia tendrá necesariamente que ser larga.

—¡Parece increíble!—exclamaron los tres.

—La ciencia es muy poderosa; en esa curación tenéis una prueba.

—Es verdad—contestó el abad—, Dios realiza sus designios más milagrosos por medio de las profundidades de la ciencia, que permite lleguen á poseer algunas privilegiadas criaturas.

—Señores—añadió D. Ramiro—, parto á Córdoba á llevar á mis reyes tan grata nueva, la cual ha de influir poderosamente en los futuros acontecimientos políticos del reino. Y estrechando las manos

de los tres, montó en un ligero y fuerte caballo, y marchó de allí con toda la velocidad posible.

Lázaro había quedado triste y meditabundo, hasta el punto de llamar la atención de Isac y del padre superior. Este último le preguntó:

—¿Qué tiene el señor de Marcia que le hallo muy taciturno?

—Padre abad, medito que aún no hemos salido de un peligro y nos amenazan ya otros dos.

—¿Qué decís?

—Digo que D. Sancho y su esposa harán público el alivio del conde, lo cual ha de llegar á oídos de D. Alonso, y temo que nos mande quince ó veinte mil hombres en su busca. Ya sabéis lo que ha ganado su causa con solo el anuncio de su muerte.

—Cierto. ¿Y qué hacer?

—Lo que es ese peligro tiene remedio, si vos quisiérais consentir...

—¿En qué? Hablad; me ofrezco á todo lo que pueda contribuir á la seguridad y salvación de Lara.

—Poca cosa, señor: sólo pretendo que me permitáis aumentar el número de mis montañeses.

—¿Cuántos váis á traer?

—Trece ó catorce mil nada más.

—¡Diantre! ¿Y dónde los vamos á meter?

—Los que no quepan en el convento, estarán en el monte; ¡son tan humildes!...

—¿Humildes? ¡Santísima Trinidad, y parecen panteras!

—Son rudos, es verdad; pero en el fondo son mansos como ovejas.

—Ovejas, sí, delante de vos. ¡Si los hubiéseis oído, como yo, echar ternos y amenazas contra mí y los monjes!

—¡Contra vos! ¿y por qué?

—Decían que si moría el conde, no iban á dejar una piedra de este monasterio, y que habían de armar una degollina terrible.

—Bah, eso no vale nada; es un desahogo de inocencia salvaje. ¡Quieren tanto á su señor!

—Sí; ¡pero si éste hubiera muerto!

—Quedaba yo, padre; y, ¡ay del que os hubiera amenazado, ó profanado este santo lugar!

—Ya sé que en presencia de vos están como corderos; ¡pero á la espaldas!

—No los temáis, señor; habrán podido en un momento de exacerbación amenazar ó echar votos; mas el día que sepan lo que habéis hecho por Lara, besarán la huella que deje vuestra planta. ¿Con que me permitís?...

—Sí, Lázaro, sí; traed la gente que queráis y haced cuanto se pueda porque no vuelva á peligrar su existencia.

—Estando aquí todos los míos, no hay cuidado alguno.

—¿Y el otro peligro que decíais?

—El otro es más difícil de conjurar, por no decir imposible.

—¿Cómo es eso?

—Sí. Figuráos que todo lo que ha sucedido al conde lo motivó el querer salvar á una mujer, á quien ama con delirio. Esta hermosa joven fué robada, y continúa en poder de sus raptos; figuráos, repito, que sigue el alivio y se acuerda de ella... dará al traste con los vendajes, saltará de la cama y volverá á exponer su vida.

—Esa mujer de quien habláis—preguntó el mago—, ¿es Fátima?

—Sí, señor.

—Creo lo que dice Lázaro; y es preciso evitar á todo trance ese nuevo peligro.

—¿Y cómo?—preguntó el abad.

—Marchando yo en busca de ella—contestó aquél—; y cuando la nombre diciéndole que estoy á su lado...

—¿Y me dejáis solo con los catorce mil?...—volvió á preguntar el abad.

—No temáis á los montañeses, padre superior; estarán más subordinados que vuestros monjes.

Pero el conde no nos creerá—dijo el sabio—, y querrá levantarse.

—No viéndome junto á él, no le quedará duda alguna de que he ido á salvar á Fátima, y de que estoy cerca de ella.

—Pues partid inmediatamente.

—Ahora mismo.

—Y que vengan los otros montañeses cuando gustéis.

—Mañana estarán aquí.

—Encargadles la compostura debida en este sagrado recinto.

—Pasarán el día rezando, padre abad.

—No exijo tanto; pero que no juren, ni echen votos, ni...

—Estad sin cuidado, que no tendréis queja de ellos.

Lázaro salió de allí, el mago volvió al lado de su enfermo, y el abad fué á preparar caldo para que Lara lo tomase aquella misma noche.

Cuando entró Isac en el aposento en que se hallaba el conde, aún dormía éste; el sabio notó que sudaba un poco, y le pasó la mano por la frente, frotándose luego los dedos, como para apreciar mejor la calidad del sudor. Le pulsó otra vez con detenimiento, y pidió luces, colocándolas de modo que no molestasen directamente la vista del herido. Poco después entró el abad, y seguidamente un monje conduciendo un hornillo con lumbre, una vasija con caldo, dos tazas y una cuchara. El mago probó el líquido, y mereciendo su aprobación, lo colocó en sitio conveniente; acto continuo se sentó á la cabecera del lecho y al lado contrario del lugar en que se había puesto el superior.

—¡Es admirable—dijo—, la naturaleza de este hombre! Con menos de lo que él tiene hubiera muerto cualquier otro hace muchos días. Verdad es que han influido los medicamentos; tuvo la suerte de que vos llegáseis muy pronto, y de que yo no le viese tarde; pero todo sería inútil sin esa fortaleza admirable de su organización.

—Isac, el conde de Lara tiene un alma angelical; es el más noble de este país, y su corazón no abriga nada que no sea grande y generoso. Yo, que conozco todos sus hechos, os aseguro que, prescindiendo de su valor y de los escollos y que éste le conduce durante la guerra, no hay nada en él que pueda ser vituperable; no hay acción que no merezca el aplauso y la consideración del más virtuoso. Es sobrio, caritativo; y á su lado ni puede haber vicio, ni nada artero y ruin. Isac, un hombre así ha debido ser protegido por la Divina Providencia; un rayo de luz celestial ha iluminado en esta ocasión vuestro claro entendimiento; no lo dudéis, sabio amigo.

—¿Quién sabe! ¡Acaso Alá le haya protegido! Y me fundo en que desde el primer momento que ví á ese hombre, á pesar de los signos de muerte, únicos que entonces se apreciaban; á pesar de su desesperada situación y de vuestro terrible y bien fundado pronóstico, concebí la idea

de salvarlo. ¡Quién sabe!... ¡Sólo Alá es grande! ¿Qué somos nosotros ante el Omnipotente Señor que todo lo puede?

En este instante se movió el enfermo, abrió sus rasgados ojos, miró en torno, y con voz suave y triste á la vez, exclamó:

—Gracias, noble mago, tu bálsamo me ha dado la vida; mas ¡ay! las fuerzas tardan en volver; ¡ellas se fueron pegadas á mi lanza!

—Ya las recobraréis, amigo mío. ¿Cómo os sentís?

Pedro entreabrió sus pálidos labios, asomó á ellos una melancólica sonrisa, y contestó:

—¡Me hallo bien! Tengo vida, y es todo lo más á que yo puedo aspirar.

—¿Os duele la cabeza?

—No.

—¿Y las heridas?

—Anciano, desde la cintura al cuello me molestan bastante.

—También os aliviaréis.

—Dadme fuerzas, que el dolor no me aflige.

—Os las daré, pero muy poco á poco. En este instante váis á empezar á recobrarlas.

El mulsumán se levantó, enfrió un poco de caldo, y alzando la cabeza del enfermo se lo dió á beber. A esta operación ayudó el monje; Pedro reparó en él y le dijo:

—¿También vos veláis por mí, padre abad?

—Sí, hijo mío; estáis en mi convento y rodeado de toda mi comunidad, que os asiste y cuida como vos merecéis.

—¡En vuestro convento! ¡Ah, sí! Es decir, que vosotros me sacásteis de entre mis enemigos.

—No, hijo mío; yo os recibí después de herido, pero fué otro el que os trajo aquí; de esto ya hablaremos cuando estéis más aliviado.

—Y de mi pobre Fátima, ¿tenéis alguna noticia? ¿De poco os servirá haberme curado si ese ángel me llama desde el cielo!

—No paséis cuidado—se apresuró á responderle el mago—, por la suerte de la hija del Zegrí: básteos saber que vela por ella vuestro escudero Lázaro.

—¡Lázaro Rueda! ¡Y me había olvidado

de mi noble amigo! Si él ha corrido en su auxilio y llegó á tiempo, nada temo.

—Así lo creo, puesto que no ha regresado todavía.

—¿Y el infante D. Juan, murió ó curó de su herida?

—Sé que ayer estaba peor que vos.

—Pues entonces se habrá salvado la inocente Fátima. Yo recuerdo, aunque confusamente, que le dirigí muy bien mi lanza; mas como me hallaba ya tan falto de fuerzas, acaso no le hiciese mucho daño!

—Pues llevó la bastante—replicó el superior—, para clavarse en un costado de ese perverso. Dios os prestó el suficiente brío en tan supremos momentos.

—Sí, lo creo, porque el Todopoderoso no podía consentir que uno de sus ángeles sucumbiera á los inicuos planes de aquel hijo de Satanás.

Al llegar aquí, interrumpió Isac la conversación, diciendo al enfermo:

—Es preciso, señor conde, que dejéis de hablar y os recojáis un poco; no debéis fatigar vuestra cabeza ni vuestro pecho.

—Como vos queráis; pero advertir que me siento mejor que al despertar.

—Sé que hemos dado fuerzas á vuestros órganos y á vuestro espíritu; mas no es conveniente abusar del buen estado en que os halláis. Os prohibo hablar ya por esta noche.

—Bien, pero no tengo sueño.

—No tardará en dominaros.

Y el doliente se recogió un poco, y permaneció por espacio de media hora intentando inútilmente dormirse. Abría sus hermosos ojos, miraba al sabio mulsumán, y viéndolo impasible tornaba á cerrarlos, hasta que se levantó Isac, cogió un frasco, le hizo tomar unas gotas de medicamento, diciéndole á la vez:

Ahora descansaréis, y al despertar estaréis más fortalecido.

Una hora después recobró Lara el sueño; el abad marchó al coro, y el mago se acostó vestido y cerca del paciente, según lo hacía las noches anteriores. Este durmió á intervalos hasta las seis de la mañana, tomando algún caldo ó medicina que Isac le daba de hora en hora.

Al siguiente día se hallaba algo más

fuerte; pero las heridas le incómodaban bastante. El mago le dijo:

—Os aliviaré esas molestias; pero os advierto que váis á pasar un mal rato. ¿Tendréis valor para sufrirlo?

Lara le contestó sonriéndose:

—Anciano, no sé si lo he perdido en la última jornada: hasta entonces me sobró para todo.

—Probemos: y llamó á cuatro monjes para que le ayudasen á curar al enfermo. Estos fueron á levantarlo, mas él los contrató; apoyó sus manos en la cama, hizo un esfuerzo, y quedó sentado. El musulmán exclamó lleno de admiración:

—¡Por Mahoma que no creí fuéseis capaz de tanto!

—Cortad, señor, si tenéis necesidad de ello; pues, por lo visto, me ha quedado aquel valor de que os hablé antes.

—¿No se os va la vista?

—No, señor.

—Y en la cabeza, ¿qué sentís?

—Nada; ¡oh! ¡si tuviese la espalda lo mismo!

—Veámosla; y ayudado por los monjes, fué levantando los apósitos y reconociendo y curando las heridas. A cada momento exclamaba:

—¡Bien!... ¡muy bien!... ¿Os hago daño?

—Sí, pero no cuidáos de eso.

—Tened un poquito de paciencia.

—Toda la que vos queráis.

—¡Cede la inflamación!... Algunas están cicatrizadas. Esta, que es la más grave, dejará pronto de supurar. ¡Alá, conde, os ha dado una naturaleza envidiable!

—No, anciano, no; ha sido Dios y la madre del Redentor, la cual intercedió por mí, cuando salí al mundo, y también en el momento en que caí en tierra exánime.

El mago calló, y Lara continuó pausadamente:

—Que los hijos del desierto rindan culto á Mahoma, se comprende perfectamente; pero que el primer sabio de Granada se humille ante un hombre que acaso sabía menos que vos, y que era positivamente mucho más malo, esto no me lo puedo explicar.

—Conde, profeso la religión de mi padre, de mis abuelos, de mis conciudadanos... Amo á Alá, que es el mismo Dios

que vosotros adoráis; prescindo de las formas, sin detenerme á analizar quién fué Mahoma, qué hizo, ni quién le facultó para llamarse profeta.

—¿Y por qué no habéis de ser católico?

—Otro día os contestaré. Estáis muy débil aún para sostener conmigo una cuestión sobre un tema tan delicado. ¿Os hago mucho daño?

—Abreviad en lo posible, y no temáis por mí.

El mago terminó su cura, asombrado del valor y fortaleza de Pedro; le dió una taza de caldo, á la hora una toma del medicamento, y cuando se hubo quedado dormido cerró completamente las ventanas, hizo ir al abad, le encargó le siguiese cuidando, y salió del convento. Era el decimoquinto día que el sabio no veía otra luz ni respiraba otro aire que el de aquella silenciosa habitación del enfermo. Abandonó el monasterio con ánimo de pasear y distraerse entre las rocas, contemplando los preciosos panoramas que desde allí se presentaban á sus ojos, y no pudo conseguirlo: en cuanto llegó al monte y vió la superficie de éste cubierta de flores y plantas extrañas, nuevas algunas para él, dejó de mirar en torno, se fijó en aquellas, y comenzó á examinarlas una por una guardando en los bolsillos de su marlota, todas las que hallaba desconocidas. Así continuó, hasta que un monje fué á avisarle de parte del abad, que habían transcurrido más de cuatro horas, y que aun cuando el doliente seguía bien, era llegado el momento de darle medicina.

Concluyó el día sin que ocurriese nada de particular, á excepción de la llegada de catorce mil montañeses que, por orden de Lázaro, entraron unos en el monasterio, y otros acamparon sobre las alturas que dominan el edificio.

Eran las nueve de la noche, y un gran silencio reinaba en todos aquellos contornos, á pesar de la mucha gente que se hallaba aglomerada; silencio que vino á interrumpir la voz de un montañés que con robusto acento gritó:

—¡Gente armada se acerca!— Esta voz fué repetida por veinte más, llegando hasta los claustros del convento. A pesar de no estar allí Lázaro, todas las avenidas del

monasterio se cubrieron de valientes montañeses, á cuyo frente se encontraban varios caballeros, dispuestos á defender dedo á dedo el terreno, en el caso de ser atacados. La noche estaba clara, y bien pronto los montañeses que formaban la vanguardia, distinguieron á más de cien caballeros que, armados de punta en blanco, corrían hacia allí. Cuando estuvieron próximos, gritó uno:



... y comenzó á examinarlas una por una...

—¡Viva el conde de Lara!— Y esta exclamación fué repetida instantaneamente por catorce mil voces, cuyos ecos estremecieron el monte y aturdieron el espacio.

—¡Alto!—dijo un caballero á los guerreros que se acercaron á cien pasos; y ¡alto! repitió el jefe de éstos, deteniéndose todos, y adelantándose únicamente el que dió la voz. Pronto le salió al encuentro el jefe de la avanzada montañesa, cruzó algunas palabras con el recién venido, y alzando cuanto pudo su acento, exclamó:

—¡Montañeses, paso á los soldados del rey D. Sancho, á los amigos del conde vuestro señor!

Y los guerreros que acababan de llegar, cruzaron por entre dos compactas filas de audaces partidarios de Lara hasta la puerta del monasterio, donde todos se detuvieron.

En este instante se encontraba el enfermo conversando con Isac, bastante aliviado de sus agudos dolores. Poco después entró el abad, y tomada la venia del mago, se acercó al oído de Pedro y le hizo dos preguntas, las que éste contestó afirmativamente. Luego se dirigió al musulmán y le dijo:

—Acaba de llegar el jefe de la escolta de S. A. y desea hablar á solas con Pedro de Lara: ¿creéis que pueda tener lugar esa entrevista?

—Sí el conde no se violenta, sí, ¡mas temo!...

—Marchad tranquilo, amigo mío, es sólo una visita de atención.

—Por Alá os ruego no cometáis imprudencia alguna; ved que aún tenéis á vuestros pies la tumba.

Y ambos salieron retirándose á la celda del padre superior.

Cinco minutos después se abrió la puerta que daba paso á la estancia de Pedro, y entró, en vez de D. Ramiro, una señora, cubierto el rostro con un tupido y riquísimo velo. Al mirarla el conde, se incorporó un

poco, y la dijo:

—Señora, ¿por qué os exponéis por mí?

La dama descubrió su faz, se sentó al lado del lecho, miró con angustia y dolor el cadavérico semblante de Lara, y le contestó:

—Vengo á devolveros la visita que me hicisteis en el palacio del Califa. Vengo, Lara, á saber si me han engañado al decirme que sanábais, y vengo, por último, á haceros presente la tristeza y la pena que ha causado al rey y á mí la miserable con-

ducta observada con vos por el más villano de los hombres.

La reina doña María Alfonsa de Molina, pues no era otra la que acababa de entrar, tenía el rostro sumamente encendido, demostrando en sus ojos húmedos el gran pesar que le producía el grave estado del Temerario, quien le inspiraba ahora más tierno interés que nunca. Este le contestó:

—Gracias, señora, por el bondadoso afecto que me profesan mis amados reyes, del que procuraré hacerme digno, si si Dios sigue protegiéndome como hasta aquí.

—Lara, vos que tanto talento tenéis, ¿cómo os dejásteis sorprender por el cobarde y miserable D. Juan?

—No me sorprendieron: iban él y sus sicarios disfrazados de moros; acababan de cometer una villanía que no tiene igual; los ví, no pude contenerme, y caí sobre ellos como un rayo, sin contar el número ni medir el valor de tales hombres. Señora, yo no he sumado nunca el número de los traidores, ni me ha detenido jamás la mucha ó poca fuerza de que dispongan. Eran quinientos, maté cuantos pude, y no dí fin de todos porque no estaba bien armado, ni mi caballo podía resistir más tiempo, ni le dejaban moverse los cadáveres que le rodeaban. Si yo hubiera sabido que eran cristianos mandados por D. Juan, y mi lanza, en vez de concluir, principiara por éste, otra sería mi suerte y otro el fin de aquél. Se reunieron tantas circunstancias contra mí, y ellos eran tan malvados, que por primera vez en mi vida besé el polvo que pisaron mis enemigos.

—De todos modos, fué temeraria vuestra empresa.

—Es verdad, pero ¿que le he de hacer yo, si nací Temerario!

—Contener los ímpetus de vuestro valor, con el gran talento que brilla en vuestra frente.

—Eso lo haré siempre que no me halle delante de asesinos.

—Contra el traidor toda precaución es poca.

—Lo mismo puede herirle á uno un malvado que ciento. Para la traición y el engaño no hay precaución posible; no pienso yo nunca en los torpes hechos del

hombre menguado sin que una voz oculta me diga: «Tienes un destino trazado por Dios y al final de él está la muerte.» Y como esa voz no miente, la escucho y la obedezco.

—Con esas ideas os guardaréis muy poco, y un día, acaso no lejano, concluirán con vos.

—Cien veces han atentado ya traidoramente contra mi vida, y jamás conseguieron tocarme: sólo en esta ocasión, en que yo los busqué, acertaron á herirme mortalmente; y á pesar de eso, Dios ha querido que viva y viviré, ¡ya lo véis! ¿Sabe V. A. si curó el hermano de D. Sancho?

—Dicen que ha mejorado algo; pero que su herida continúa siendo grave.

—Tuvo la suerte de que yo no le viera sino un momento antes de cerrar los ojos y perder la razón. ¿Tendrá V. A. inconveniente en decirme en dónde se halla?

—En Ecija, en la torre de Ismael. Preguntadme sin reparo lo que queráis, que á todo os contestaré gustosa.

—Gracias, señora. ¿Le defiende mucha gente?

—Diez mil soldados de D. Alonso, y todos sus parciales y amigos.

—¿Sí, se pasaría al bando de su padre, y de común acuerdo dispondrían matarme; ahora todo lo comprendo!

—¿Queréis saber más?

—Gracias, señora.

—Conde de Lara, el tiempo corre, el peligro avanza, y debo partir. ¿Os permite vuestro estado el que os haga una explicación y una pregunta?

—Sí, señora.

—Pedro, vuestra supuesta muerte ha dado aliento á mis enemigos, han engrasado sus filas mientras que nuestros parciales se ocultan unos, languidecen otros, y callan los más. Jacob está ya en Castilla; tienen reunidos sesenta mil hombres y piensan caer sobre mi esposo, que no podrá presentarles la mitad de la fuerza que ellos traen. Los jinetes granadinos no llegan; y temo, Lara, que Sancho sea vencido y muera en el campo, ó tengamos que demandar un vergonzoso perdón. ¿Queréis ayudarnos con algunos de vuestros parciales, ya que á vos os es imposible?

—¿En dónde está Jacob?

—En Zehra.

—¿Y D. Sancho?

—A quince leguas del enemigo.

—¿Qué gente ha podido reunir?

—Cerca de treinta mil hombres.

—¿Queréis tomar mi consejo?

—Hablad.

—Disponed que inmeditamente se retiren el rey y los suyos á Córdoba; fortaleced la capital y defendéos: así podéis permanecer un mes, dos ó tres.

—Eso pensaba yo; ¡mas ya encerrados en Córdoba y sitiados!...

—Yo romperé el cerco, y destruiré á nuestros enemigos al pié de las murallas.

—Disponéis de poca gente para eso.

—¿Habéis visto á mis soldados?

—Sí: al entrar aquí contemplé retratada la audacia, el valor, en los negros semblantes de vuestros feroces montañeses.

—Cada uno de esos vale por dos castellanos y por cuatro marroquíes.

—Aún así, puede que sean pocos. Sitios nosotros, aumentará considerablemente el número de nuestros enemigos.

—Me acompañarán además, diez mil de los mejores jinetes que tiene el reino de Granada, mandados por el valeroso Muza.

—¡Tardan mucho en venir!

—Yo haré que lleguen á tiempo.

—¡Conde, se va encendiendo vuestro rostro!

—Sí: creo que me vuelve la fiebre, mas no os asuste. Mi mago tiene un agua prodigiosa que apaga este fuego.

—¡Oh! ¡sentiría haberos causado daño!
—Vos, señora, solo podéis esparcir el bien.

—¿Queréis estrechar mi mano?

—No merezco la honra, pero la acepto.

—¡Vuestra piel abrasa, conde!

—Dejad que arda el fuego que prendió D. Juan; con él quemaré al padre, al hijo segundo, y á todos sus parciales y amigos

—Os espero en Córdoba, sitiada y confiada en vos.

—Iré á Córdoba, levantaré el cerco, y os devolveré esta visita.

—Vine abatida y sin aliento; mas ahora llevo valor y un caudal de esperanza.

—Hacéis bien: el que confía en mí me encuentra siempre.

—Pues confió en vuestros consejos y promesas.

—Me hallaréis siempre dispuesto á sacrificarme por mi reino y señora.

—¡Dios os sane pronto!

—¡El os acompañe y os premie la bondad con que me tratáis!

Salió la reina, se cubrió el rostro y partió de allí, reemplazándola el mago, el cual se asustó al ver el estado del enfermo; le reprendió duramente; aquél se sonrió, se echó, y poco después comenzó á delirar. El sabio juró no tener otra condescendencia con Lara; éste al día siguiente despertó mejorado de la leve calentura que tuvo. Dios continuaba protegiendo al noble mancebo.

ÍNDICE

	Páginas.
Capítulo XV. —Un incógnito.—Regia entrevista.—Virtud de Pedro.—Debilidad de una mujer.—Valor de la reina.....	5
XVI. —Llegada del conde de Lara.—La reina y el rey.—Presentación de Pedro en la Corte.—Desorden en la Cámara Real.....	14
XVII. —Los dos hermanos.—La reina y D. Lope de Haro.—Sancho, María y el Temerario.—Despedida de éste.....	21
XVIII. —Un espía de Alonso X.—La venganza.—Temeridad de Pedro.	26
XIX. —Comentarios y actitud de los habitantes de Sevilla.—El obispo Mendoza.—Regreso de Pedro á Osuna.—La maga de la montaña.....	49
XX. —Las hogueras.—Acción inicua.—Arrojo de Lara.—La muerte...	59
XXI. —Los monjes de San Pablo.—Fallo terrible del abad.—Resolución de Rueda.—El sable musulmán.—Un átomo de esperanza.	65
XXII. —Alonso X y su hijo D. Juan.—Preparativos. — Robo de Fátima.—Consecuencias del atentado contra Lara.....	71
XXIII. —El conde de Lara y el mago Isaac. — Milagro de Dios. — La reina.....	78

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

POR

Miguel de Cervantes Saavedra.

La casa editorial Calleja ofrece al público once preciosas ediciones de esta joya de la literatura, que ningún español debiera desconocer.

Todas ellas (excepto la núm. 10, para niños) son completas, tal como Cervantes escribió su inmortal obra, ilustradas profusamente por Manuel Angel con arte tan elevado que, á juicio de personas competentes, no ha habido nunca ilustraciones del *Quijote* tan magistrales ni que tan acertadamente interpreten el pensamiento del Príncipe de los Ingenios como las creadas por este inspirado artista.

En las ediciones Calleja de *Don Quijote* hay tamaños, formas y precios para llenar todas las necesidades y satisfacer todos los gustos, como puede comprobarse en la siguiente relación:

Detalle de las once ediciones del QUIJOTE

EDICIÓN NÚM. 1.—**Microscópica A.**—Correctísima, completa é ilustrada. Un tomo de 668 páginas en rústica, **50 céntimos**. (Las ediciones microscópicas, son de capricho y propias para personas de buen gusto; su mérito principal está en lo pequeñísimas que son.)

EDICIÓN NÚM. 2.—**Microscópica B.**—Correctísima, completa, de todo lujo y muy ilustrada. Un tomo de 668 páginas, perfectamente encuadernado, con cromos alegóricos, **1 peseta**. (Es la edición más pequeña que se ha publicado en el mundo.)

EDICIÓN NÚM. 3.—**Microscópica C.**—Un tomo lindamente encuadernado en tela flexible, planchas y rótulos en negro y oro, **1,50 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 4.—**Económica.**—Elengantísima, impresa sobre papel satinado con tipos claros, ilustrada con 316 preciosos grabados, y encuadernada en pasta con cromos alegóricos, **2 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 5.—**De bolsillo.**—La más elegante de todas y del *Quijote* no conocemos ninguna que reúna condiciones iguales. Está impresa en riquísimo papel y de tan poco cuerpo, que á pesar de la multitud de grabados con que va ilustrada, y de estar impresa con tipos muy claros, abulta lo que un devocionario no muy grande; su encuadernación, propia para el objeto á que se destina, es en tela flexible, planchas, cortes dorados y puntas redondas: **3 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 6.—**De la Biblioteca Perla.**—Un tomo en 4.º de 896 páginas, con hermosos tipos y más de 300 grabados nuevos y originales, encuadernado en pasta al cromo, **4 pesetas**. (Esta edición núm. 6 es el modelo más perfecto y más cómodo para leer en casa, y la edición núm. 5, es la mejor para viaje entre todas las ediciones publicadas en el mundo.)

EDICIÓN NÚM. 7.—**De gran lujo.**—Un tomo en 4.º de 896 páginas y 316 grabados, lujosamente encuadernado en tela con planchas de oro y negro y cortes dorados, **6 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 8.—**Extraordinaria.**—Un tomo en 4.º de 896 páginas y 316 grabados, sólidamente encuadernado en medio chagrín, tapas de tela, nervios, planchas y cortes dorados, **8 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 9.—**Popular.**—Un tomo en 4.º menor de 900 páginas, letra clara, buenas ilustraciones, bien impreso en papel satinado, sólidamente encuadernado en cartóné con elegantes cubiertas, **1,50 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 10.—**Para niños.**—Un tomo en 8.º de 682 páginas con grabados: en pasta al cromo, edición elegante para libro de lectura en colegios; un ejemplar, **1,50 pesetas**.

EDICIÓN NÚM. 11.—**Barata.**—Un tomo en 4.º menor de 900 páginas, impreso en papel ordinario y ligeramente ilustrado, encuadernado en rústica, **1 peseta**.

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS DE AUTORES CÉLEBRES

La **Biblioteca Calleja** publica novelas interesantes, literarias, cultas y siempre morales, escogidas entre las mejores de todo el mundo, formando tomos en 8.º mayor de 300 páginas aproximadamente (175 por 144 milímetros), con láminas finas, impresas cuidadosamente sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen.

PRECIOS.—En pasta al cromó: Tomo, **1,25 pesetas**. Tomando más de cincuenta, **1 peseta** cada tomo. Tomando más de ciento, á **0,80** cada tomo.

Van publicados los siguientes tomos:

1. **Jaccoliot.**—El crimen del molino de Udsor.
- 1 bis. **Souvestre.**—Memorial de familia.
2. **Bouvier.**—Colette ó la Cayenita.
- 2 bis. **Saint-Aubin.**—La heredera de Birague.
3. **Noir.**—La reina de los gitanos.
- 3 bis. **Maël.**—Lo que canta el amor.
4. **Salgari.**—Los pescadores de ballenas.
- 4 bis. **Salgari.**—Invierno en el polo norte.
5. **Féval.**—El juramento de Lagardere.
6. **Féval.**—Aurora de Nevers.
7. **Feuillet.**—La novela de un joven pobre.
8. **Toudouze.**—Las pesadillas.
9. **Salgari.**—La Soberana del campo de oro.
10. **Salgari.**—El rey de los cangrejos.
11. **Belot.**—El parricida.
12. **Belot.**—Lubin y Dacolard.
13. **Maël.**—La Gaviota.
14. **Canivet.**—Hijo del Mar.
15. **Salgari.**—Los naufragos de Liguria.
16. **Salgari.**—Devastaciones de los piratas.
17. **Silvestre.**—Rosa de Mayo.
- 17 bis. **Maël.**—La mujer del capitán.
18. **Pont-Jest.**—De princesa á modelo.
19. **Vas Ricouard.**—Conflicto entre dos amores.
20. **Salgari.**—Sandokan.
21. **Salgari.**—La mujer del pirata.
22. **Enne et Delisle.**—Aventureros del crimen.
23. **Bernard.**—La piel del león.
24. **About.**—El hombre de la oreja rota.
25. **Tony-Révillon.**—El proscrito.
26. **Busnach.**—Yerros policíacos.
27. **Pothey.**—Malambó.
28. **Ponson du Terrail.**—Diana de Lancy.
29. **Vialon.**—El hombre del perro mudo.
30. **Salgari.**—Los extranguladores.
31. **Salgari.**—Los dos rivales.
- 32 y 33. **Walter Escott.**—Quintin Durward.
34. **Ponson du Terrail.**—El capitán Coquelicot.
35. **Maël.**—El torpedero 29.
36. **Salgari.**—Los tigres de la Malasia.
37. **Salgari.**—El Rey del Mar.
38. **Gautier.**—La novela de la momia.
39. **Barbey d'Aurevilly.**—La virgen viuda.
40. **Salgari.**—El capitán Tormenta.
41. **Salgari.**—El león de Damasco.
42. **Wilkie-Collins.**—La muerta viva.
43. **Champol.**—La hermana Alejandrina.
44. **Champol.**—Las que vuelven.
45. **Assollant.**—Dos amigos en 1792.
46. **Cherbuliez.**—Miss Rovel.
47. **Salgari.**—La hija de los Faraones.
48. **Salgari.**—El sacerdote de Phtah.
49. **Dickens.**—El hilo de oro.
50. **Dickens.**—El eco de la tormenta.
51. **Davidson.**—El misterio de la calle Harley.
52. **Gaboriau.**—El legajo núm. 113.
53. **Gaboriau.**—El hijo falso.
54. **Monteil.**—Juan de las Cadenas.
55. **H. de Sair Aubin.**—El cura de aldea.
56. **Pradels.**—Agencia matrimonial.
57. **About.**—Treinta y cuarenta.
58. **Salgari.**—Los solitarios del Océano.
59. **Salgari.**—El Estrecho de Torres.
60. **Féval.**—El castillo maldito.
61. **Féval.**—Los vampiros. — Segunda parte de El castillo maldito.
62. **Opale.**—La princesa Helga.
63. **P. Lebrun.**—Un tío á pedir de boca.
64. **P. Lebrun.**—El simpático Cascarrabias.
65. **Féval.**—Los mercaderes de plata. — Tercera parte de El castillo maldito.
66. **Féval.**—La casa de Geldberg. — Cuarta parte de idem.
67. **Féval.**—Los tres hombres rojos. —

- Quinta parte de ídem.
68. **Féval.**—El misterio de la Trinidad.—
Sexta parte de ídem.
69. **Féval.**—Los bastardos de Bluthaup.
Séptima parte de ídem.
70. **Féval.**—El barón de Rodach.—Octa-
va parte de ídem.
71. **Salgari.**—La Perla roja.
72. **Salgari.**—Los pescadores de perlas.
73. **Daudet.**—Tartarin de Tarascón.
74. **About.**—Germana.
75. **Walter Scott.**—Guy Manering.
76. **Walter Scott.**—Enrique Beltrán de
Ellangowan.
77. **Chavette.**—La bella Aliette.
78. **Cardona.**—El primo.
79. **Giurana.**—Una penitencia.
80. **Salgari.**—El corsario negro.
81. **Salgari.**—La venganza.
82. **Davidson.**—Dorina.
83. **Féval.**—El lunar rojo.
84. **Féval.**—El Fantasma.
85. **Maël.**—Caridad.
86. **Salgari.**—La reina de los Caribes.
87. **Salgari.**—Honorata de Wan-Guld.
88. **Maël.**—Soledad.
- 88 bis. **Maël.**—Pedro de Trémur.
89. **Salgari.**—Yolanda, la hija del corsa-
rio negro.
90. **Salgari.**—Morgan.
- 91 y 92. **Sienkiewicz.**—¿Quo vadis...?
93. **Giurana.**—El debut de un juez.
94. **Salgari.**—La capitana del Yucatán.
95. **Martínez Zuviria.**—Alegre.
96. **Cherbuliez.**—El conde Kostia.
97. **Maël.**—Siempre tuya.
98. **Conan Doyle.**—La sombra grandiosa.
99. **Dickens.**—Oliverio Twist.
100. **Dickens.**—Premio y castigo.
101. **Salgari.**—Los horrores de Filipinas.
102. **Salgari.**—Flor de las Perlas.
103. **Salgari.**—Los cazadores de cabezas.
104. **Conan Doyle.**—Rodney Stone.
105. **Conan Doyle.**—Estudio en rojo.
106. **Maël.**—Las que saben amar.
107. **Poë.**—Narraciones extraordinarias.
108. **Salgari.**—Al Polo Norte.
109. **Féval.**—El juego de la muerte.
110. **Féval.**—El capitán Mazurka.
111. **Féval.**—El último superviviente.
112. **Salgari.**—Las panteras de Argel.
113. **Salgari.**—El filtro de los califas.
114. **Socias.**—Celia.
115. **Souvestre.**—El mendigo de San Ro-
que y Un filósofo en una guardilla.
116. **Mie d'Aghonne.**—El niño abandonado.
117. **About.**—La novela de un hombre
honrado.
118. **Enault.**—Rolando.
119. **Davidson.**—La mujer de Rómulo Wi-
ssart.
120. **Reade.**—Aventuras de Elena Rolles-
ton.
121. **Reade.**—Roberto y Arturo.
122. **Assollant.**—El doctor Judassohn.
About.—El rey de las montañas.
123. **Enault.**—Historia de una conciencia.
124. **Musset.**—Una vida del diablo.
- 125 á 156 bis. **Ponson du Terrail.**—Colec-
ción Rocambole. (En prensa.)
- 157 y 158. **E. Sienkiewicz.**—La familia Po-
laniecki. (Dos tomos.) (En prensa.)
159. **A. Belot.**—El secreto terrible. (En
prensa.)
160. **P. Féval.**—La cosaca. (En prensa.)
161. **E. Souvestre.**—El pastor de hombres.
(En prensa.)
- 162, 163 y 164. **E. Souvestre.**—El Rey del
mundo. (Tres tomos.) (En prensa.)
165. **Saint Pierre.**—Pablo y Virginia. (En
prensa.)
- 166 y 167. **E. Salgari.**—El hombre de fue-
go. (Dos tomos.)
168. **Polo y Peyrolón.**—Alma y vida se-
rranas.
- 169 y 170. **Frontaura.**—El hijo del sacris-
tán. (Dos tomos.)
171. **Rahavanez.**—Pasiones.
172. **González y Rodríguez.**—Memorias
de un ministro.
173. **Davidson.**—El precio de una vida.
174. **Souvestre.**—La gota de agua.
175. **Maël.**—Lo que puede la mujer.
176. **Salgari.**—Los dramas de la esclavi-
tud.
177. **Autran.**—¡O témpora! ¡O mores! (En
prensa.)
178. **About.**—El marido imprevisto.
179. **About.**—Las vacaciones de la Con-
desa.
180. **About.**—El marqués de Lanrose.
- 181 y 182. **Manzoni.**—Los novios. (Dos to-
mos.)
183. **Salgari.**—El Continente misterioso.
- 184 y 185. **Salgari.**—Los horrores de la
Siberia. (Dos tomos.) (En prensa.)
- 186 y 187. **Salgari.**—Un drama en el Océa-
no Pacífico. (Dos tomos.) (En
prensa.)

COLECCION DE DICCIONARIOS CALLEJA

DICCIONARIO COMPLETO

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

POR

M. Rodríguez-Navas y Carrasco.

Doctor en Filosofía y Letras y ex-presidente del Círculo Filológico Matritense.

Contiene aproximadamente **120.000 voces explicadas y definidas**, es decir, más del doble de las que comprende el Diccionario de la Academia, y cerca del duplo de los Diccionarios más modernos.

ES EL DICCIONARIO MAS COMPLETO Y BARATO DE LA LENGUA

Un tomo en folio de 1.500 páginas, cuerpo seis, encuadernación de lujo en medio chagrín y tela, **DIEZ PESETAS.**

Diccionario Manual Enciclopédico ilustrado

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

PUBLICADO POR SATURNINO CALLEJA

Esta obra, publicada recientemente, y de la cual se han agotado ya dos copiosísimas ediciones, es una verdadera excepción entre las de su género. Se ha impuesto en el mercado rápidamente, porque ninguna hay que pueda competir con ella en mérito, en presentación y en economía. Ha venido á llenar un vacío, por cuanto no existía DICCIONARIO alguno que, con los caracteres de MANUAL ENCICLOPÉDICO é ILUSTRADO, reuniera las cualidades de verdadera solidez científica, agradable amenidad y coste reducido al alcance de todos.

Contiene todos los artículos comprendidos en el Diccionario de la Real Academia, y, además 25.000 voces de ciencias puras, de ciencias aplicadas, de artes, de industrias y de oficios, admitidas por personas cultas y por el uso popular en las naciones hispanoamericanas.

En la nueva edición se ha corregido escrupulosa y esmeradísimamente el texto artículo por artículo, ampliando acepciones, enmendando otras, omitiendo las repetidas, é incluyendo más de mil artículos y definiciones nuevas, sin olvidar las voces relativas á los últimos descubrimientos científicos, biografías de personajes contemporáneos, palabras americanas y las relacionadas con nuevos datos arqueológicos, geográficos etc., etc.

En cuanto á la parte gráfica, baste indicar que está ilustrado con más de 4.000 grabados, 500 retratos, láminas enciclopédicas, reproducciones de monumentos célebres (de los cuales se han añadido más de MIL en la nueva edición), mapas y cuadros en colores, etc.

Es un libro indispensable para literatos, maestros, escolares, seminaristas, etc.; útilísimo para toda clase de personas, y constituye un regalo valioso é insustituible como obra de consulta ó como libro instructivo y de agradable esparcimiento.

Forma un tomo en 8.º mayor de 1.400 páginas aproximadamente. Edición corriente, sólida y elegantemente encuadernada en tela, **OCHO PESETAS.**

Para facilitar su adquisición, se ha hecho una edición ECONOMICA encuadernada en cartón y sin cuadros en colores, que vale **CINCO PESETAS.**

DICCIONARIO POPULAR DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Segunda EDICION MINERVA de bolsillo.

Aunque de poco volumen, es completísimo este Diccionario: contiene igual número de vocablos que el de la Real Academia; se han suprimido las 4.000 voces anticuadas que éste contiene, las cuales se han sustituido por igual número de palabras de ciencias ó industrias vulgarizadas en el lenguaje usual.

Es un libro utilísimo y muy práctico, por su tamaño reducido, para oficinas, colegios y, en general, para todos los que necesiten un verdadero Diccionario **de bolsillo**, cuya cualidad no perjudique á su solidez científica ni á la abundancia de vocablos. Bajo este aspecto es un libro modelo.

Un tomo en 8.º de 1.000 páginas aproximadamente, en tela inglesa, **tres pesetas.**

Diccionario Inglés - Español y Español - Inglés

POR D. JULIO J. CASARES

Oficial de la interpretación de Lenguas en el Ministerio de Estado.

Dos tomos en un volumen de 1.500 páginas del cuerpo cinco; encuadernación elegante de tela con planchas de oro y negro, **seis pesetas.**

Es el mejor y el más moderno entre todos los manuales.

DICCIONARIO FRANCES-ESPAÑOL

POR

M. RODRIGUEZ NAVAS

Con la nueva ortografía adoptada oficialmente por la Real Academia Española

Un tomo en 8.º de 1.600 páginas, cuerpo cinco; edición elegante en tela con planchas y rótulos dorados, **tres pesetas.**

Diccionario general de la Lengua Castellana.

POR VELEZ DE ARAGON

Comprende todas las voces sancionadas por la Academia de la Lengua y los términos más usuales en Historia, Biografía española y extranjera, Mitología, Geografía universal, Artes y Oficios, Ciencias físicas y exactas, Astronomía, Química, el Diccionario geográfico y el Diccionario completo de Historia Natural, etc.

Un tomo en 4.º de 2.278 páginas á dos columnas, perfectamente encuadrado en tela con planchas en oro y negro. **Diez pesetas.** En pasta española, **11 pesetas.**

Obras de la baronesa Staffe.

Estos libros, que contienen multitud de útiles y sabios consejos, han sido escritos por la baronesa Staffe, conocida por el sobrenombre de *La educadora de la mujer moderna*. Formar madres, esposas y mujeres capaces de ocupar su puesto en todas las clases de la sociedad: tal ha sido el deseo, la ambición de la autora.

Los casos difíciles y espinosos que ocurren en la vida reclaman previsión y decisión seguras. Excelentes consejos se dan á la mujer en estas obras para hacerla adquirir cierta gracia sencilla, cierto velado encanto que la envuelvan y la impregnen de misterioso perfume, inculcándole aquella poesía exquisita que es por dicha del género humano, más necesaria de lo que se presume.

Las obras de la baronesa Staffe son eminentemente morales y educadoras.

LA ELEGANCIA EN LAS COSTUMBRES DE LA VIDA SOCIAL.—Reglas para saber vivir en la sociedad.—Traducción de la 135 edición francesa; dos tomos con 206 y 218 páginas.

EL TOCADOR DE LAS DAMAS.—El santuario de la mujer.—El tocador: su mobiliario y su adorno.—Accesorios.—Cuidados corporales.—El arte del baño.—Consejos y recetas.—Alhajas, dijes, juguetes, trajes, cintas, encajes, etc., etc.—Versión castellana de la 50 edición francesa; dos tomos con 254 y 272 páginas.

LA DUEÑA DEL HOGAR.—Arte de recibir en su casa.—Modo de gobernarla.—Arte de amueblar las habitaciones.—Educación de los niños.—Cuidado á los enfermos, etc., etc.—Versión castellana de la 30 edición francesa; dos tomos con 278 y 266 páginas.

TRADICIONES CULINARIAS Y ARTE DE SERVIR LA MESA.—La cocina.—Sopas y potajes.—Aderezos, salsas y condimentos.—Carnes.—Caza.—Volateria.—Pescados.—Legumbres.—Huevos.—Entremeses.—Postres.—Bebidas y licores.—Repostería.—Versión castellana de la 18 edición francesa; dos tomos con 302 y 274 páginas.

LA CORRESPONDENCIA FEMENINA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA.—Cartas de la infancia.—Primera comunión.—Desposorios.—Vida conyugal.—Nacimientos.—Afecciones de familia.—Vida social.—Criados.—Cartas comerciales, etc., etc.—Versión castellana de la 38 edición francesa; dos tomos con 238 y 206 páginas.

MIS SECRETOS PARA AGRADAR Y

PARA SER AMADA.—La salud.—La gracia del cuerpo.—La belleza de la mujer.—Los ejercicios.—El arte de vestirse.—La gracia moral.—La palabra.—Las relaciones.—La edad madura.—Versión castellana de la 26 edición francesa; dos tomos con 270 y 232 páginas.

LA MUJER EN LA FAMILIA.—La hija.—La esposa.—La madre.—Padres, hermanos, cuñados, parientes, enfermedades, relaciones, novio, prometido, filosofía femenina, celos, familia del marido, arreglo de la casa, hijos, cuidado de los niños, educación, trabajo, hijos casados, yernos y nueras, etc., etc.—Versión castellana de la 4.ª edición francesa; dos tomos con 186 y 318 páginas.

AUMENTO DE BIENESTAR.—La vida en el campo.—Guía de la mujer en la casa rural.—La vida mediocre en la ciudad y la vida tranquila del campo.—Pequeña explotación modelo.—El corral.—El establo.—El cultivo de la tierra.—Datos acerca de algunos animales útiles.—Las abejas.—Un poco de piscicultura.—En los días de invierno.—Potpurri de recetas.—Versión castellana en dos tomos con 238 y 230 páginas.

LOS ADORNOS FEMENINOS.—Piedras preciosas.—Joyas.—Encajes.—Bordados.—Abanicos.—Cintas.—Flores.—Plumas, etcétera, etc.—Versión castellana en dos tomos, con 238 y 246 páginas.

INDICACIONES PRACTICAS PARA BRILLAR EN EL MUNDO.—Un tomo con 216 páginas.

INDICACIONES PRACTICAS PARA ALCANZAR REPUTACION DE MUJER ELEGANTE.—Un tomo con 254 páginas.

De estas utilísimas obras, que son inapreciable regalo para señoritas, se han hecho dos espléndidas ediciones.

La primera forma tomos en 16° (85 por 130 milímetros), lujosamente impresos sobre magnífico papel y encuadernado en rústica con cubiertas á dos tintas. Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. La colección, **30 pesetas**.

La segunda, de lujo, encuadernada en tela inglesa con planchas, rótulos y cortes de oro fino, forma tomos en 16° (85 por 125 milímetros), á 2,50 pesetas cada tomo y **45 pesetas** la colección completa.

El Cocinero Práctico

NUEVO TRATADO DE COCINA, REPOSTERIA Y PASTELERIA

Con interesantes artículos de economía doméstica y horticultura.

Describe minuciosamente el servicio de la mesa, el arte de trincar y todo lo referente á la cocina económica y á la de lujo de todos los pueblos civilizados. Contiene gran número de interesantes fórmulas de fácil ejecución, recomendadas por los más afamados cocineros, el arte completo del pastero y repostero, un manual de economía doméstica en que se expone la manera de conservar las substancias animales y vegetales, dirigir la matanza y salazón del cerdo, reconocimiento de las carnes triquinadas, elaboración del pan, práctica del lavado y planchado, etc., etc., terminando con un completo tratado de floricultura. Un tomo en 4.º, con 380 grabados, perfectamente encuadernado en tela, con planchas alegóricas en negro, **4 pesetas**. En cartóné, con preciosa encuadernación al cromo, **3 pesetas**.

Nuevo Manual del Juego del Tresillo

El más completo y necesario para el jugador entre los publicados hasta el día
por **A. G. Ch.**

Edición rosa.—Caprichosa y elegante impresión sobre papel de clase especial, lujosamente encuadernada en tela, con planchas alegóricas y cantos dorado; ejemplar, **2 pesetas**.

Edición de lujo.—Impresa sobre papel riquísimo, encuadernada con exquisito gusto en tela, con planchas alegóricas en oro y negro; ejemplar, **1 peseta**.

Edición corriente.—Con preciosos grabados, impresa en papel elegante, satinado, encuadernación esmeradísima en pasta, con cromos alegóricos; ejemplar, **50 céntimos**.

Edición microscópica.—De gran lujo y de capricho. Consta de 128 páginas, impresas en papel finísimo; puede llevarse en la caja de cerillas, en la cartera ó en los pequeños portamonedas de las señoras; encuadernado en pasta elegante al cromo; ejemplar, **50 céntimos**.

Industrias lucrativas

TOMOS PUBLICADOS EN PASTA AL CROMO

- | | |
|-----------------------------------|------------------------------------|
| 1 Cría de gallinas. | 18 Caballos de lujo y de carrera. |
| 2 Cría de conejos. | 19 Caballos de tiro y de carga. |
| 3 Palomas y tórtolas. | 20 Cría de faisanes. |
| 4 Cría de cabras. | 21 Cultivo del tabaco. |
| 5 Ganado lanar. | 22 Las flores y sus perfumes. |
| 6 Cría de pavos. | 23 Cultivo de la patata. |
| 7 Cría de gansos. | 24 Cultivo del trigo. |
| 8 Cría de patos y cisnes. | 25 Arboles resinosos. |
| 9 Cría de cerdos. | 26 El pino y sus productos. |
| 10 Explotación de vacas lecheras. | 27 Las féculas y sus aplicaciones. |
| 11 Gusano de seda. | 28 Productos forestales. |
| 12 Peces de agua dulce. | 29 Industria algodonera. |
| 13 Peces de mar. | 30 Industria azucarera. |
| 14 Crustáceos y moluscos. | 31 Industria vinatera. |
| 15 Toros, bueyes y vacas. | 32 Industria corchotaponera. |
| 16 Productos del ganado vacuno. | 33 Industria alfarera. |
| 17 Cría de canarios. | 34 Cultivo y comercio del azafrán. |

PRECIO DE CADA TOMO, UNA PESETA

ANO CRISTIANO

0

EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS

POR EL

P. Juan Croisset, de la Compañía de Jesús.

Traducido por el P. J. F. de Isla; adicionado con las vidas de los santos y las festividades que celebra la Iglesia española; cuidadosamente corregido y convenientemente arreglado por el presbítero D. Anastasio Machuca Díaz, licenciado en Derecho civil y canónico.

Esta edición, ilustrada con 489 grabados, perfectamente impresa, con tipos muy claros y papel de lujo, consta de cinco tomos en 4.º; de 1.000 páginas cada uno proximamente (cuatro con las vidas de los santos del año y uno con las Dominicas), lujosamente encuadernado en tela con lomos de chagrin, planchas en relieve y rótulos dorados 35 pesetas.

Tarjetas postales artísticas españolas

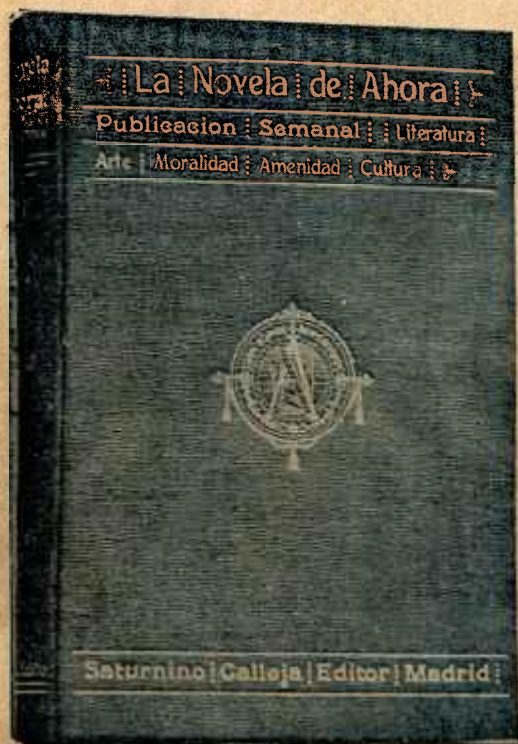
Se han publicado 50 lujosas tarjetas diferentes, todas originales, ó sea 50 series de 10 elegantísimas tarjetas de cromotipia, en cartulina superior, en la forma siguiente:

- Tarjetas 1 á 100.—Retratos de los reyes españoles.—Forman las series 1.ª á 10.
— 101 á 150.—Tipo hermoso de mujer española.—Forman las series 11 á 15.
— 151 á 200.—Tipo cómico de hombre español.—Forman las series 16 á 20.
— 201 á 250.—Tipos y escenas militares.—Forman las series 21 á 25.
— 251 á 300.—Cantares populares.—Forman las series 26 á 30.
— 301 á 350.—Literatos célebres.—Forman las series 31 á 35.
— 351 á 400.—Jeroglíficos.—Forman las series 31 á 35.
— 401 á 450.—Chascarrillos populares.—Forman las series 41 á 45.
— 451 á 500.—Caricaturas artísticas, por Cilla.—Forman las series 46 á 50.

Cada serie de 10 tarjetas, 1 peseta.

La colección completa, 30 pesetas.

TAPAS PARA ENCUADERNAR LA NOVELA DE AHORA



Reducción fotográfica de un tomo encuadernado de
LA NOVELA DE AHORA.

Están á la venta las magníficas tapas que ofrecemos á nuestros lectores para encuadernar LA NOVELA DE AHORA.

Con las tapas, que son elegantísimas, de lujosa tela inglesa con rótulos en oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo.

**Precio de cada tapa,
UNA PESETA**

Los suscriptores actuales ó los que en adelante se suscriban, y á quienes sirva directamente la Administración, obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

Inclúyase el importe con los pedidos, y si suman menos de cinco pesetas, aumentense cincuenta céntimos para gastos de envío y certificado.

LA NOVELA DE AHORA

Administración: Casa editorial SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
Calle de Valencia, 28.—Madrid.